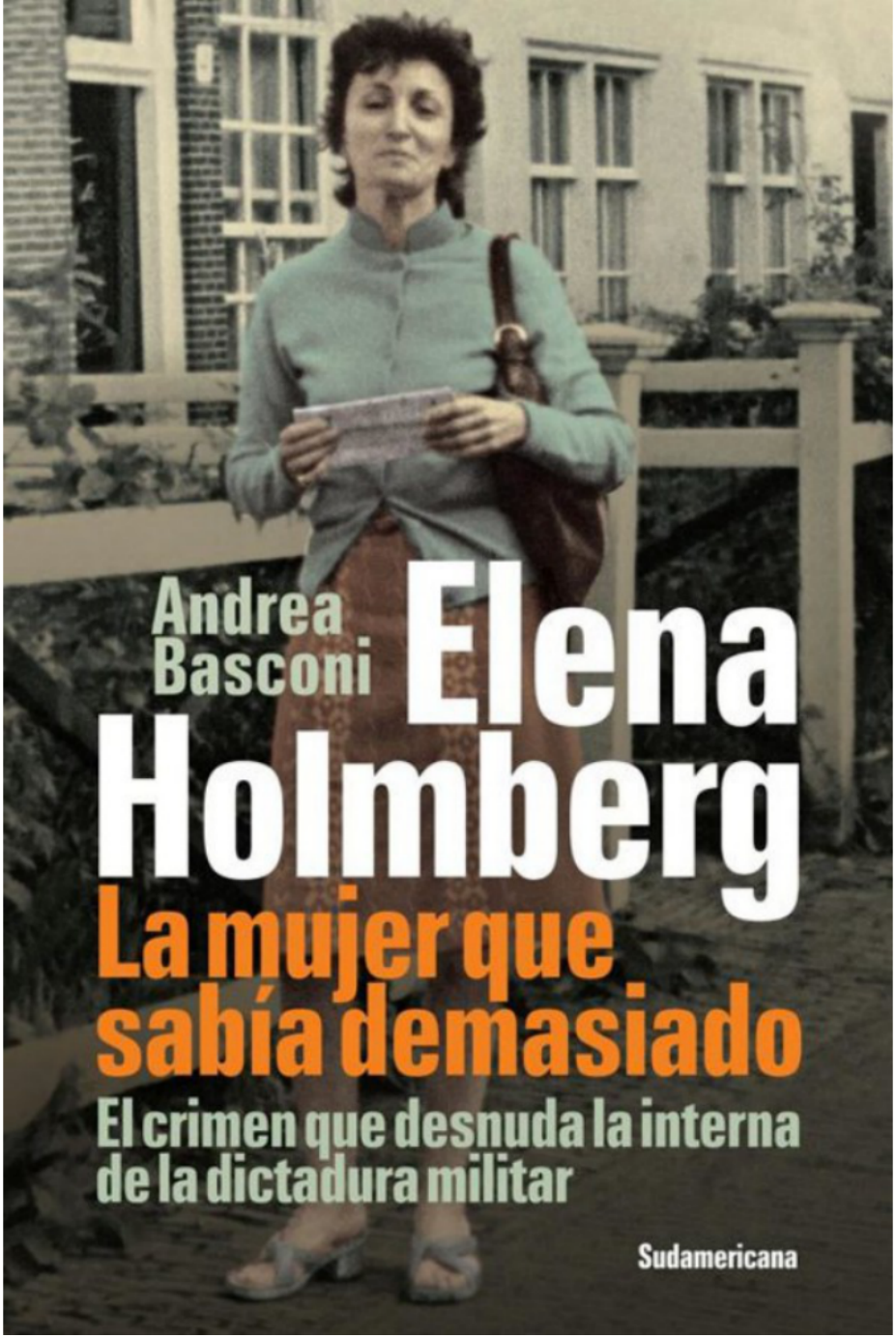
Andrea Basconi
Elena Holmberg
La mujer que sabía demasiado
El crimen que desnuda la interna de la dictadura militar
Sudamericana

Andrea Basconi

Elena Holmberg

La mujer que sabía demasiado

El crimen que desnuda la interna de la dictadura militar

Sudamericana

A Antonio, por lo que fue.
A Antonia, por lo que vendrá.

CAPÍTULO I

Un rapt

I

La mañana del miércoles 20 de diciembre de 1978, Elena Holmberg se levantó temprano. Revisó su rutina del día: debían plastificar el parqué de su departamento del octavo piso de Uruguay 1127 y tenía que comunicarse con una abogada para terminar los trámites de transferencia de su Fiat 128 Rural. Se puso un solero con falda paisana de seda natural con tréboles, y las sandalias Petunia de taco chino, en pos de superar su metro sesenta y cinco. Peinó su pelo corto, intentando esconder las canas entre los mechones castaños. El verano en Buenos Aires no era como en París, pero ella intentaba mantener el *charme* francés con unas gotitas del perfume Hermès que llevaba siempre en el auto. Repitió el ritual de sus accesorios: el anillo con el escudo de la familia, la cadena de oro y el reloj Movado al que le había hecho grabar sus iniciales. Salió hacia el Ministerio de Relaciones Exteriores. Había arreglado con su amigo y compañero de trabajo Gustavo Urrutia para llevar a los periodistas franceses, la aristócrata Laure Boulay y el fotógrafo Bruno Bachelet, a almorzar al Club Náutico de Olivos. Los periodistas, que trabajaban para la revista *Paris Match*, estaban en la Argentina con la intención de hacer una nota sobre la "verdadera historia" y "no sobre esas patrañas" que los "subversivos" gestaban en el exterior sobre el país.

Las violaciones a los derechos humanos de la dictadura militar comenzaban a conocerse en Europa. Las embajadas acumulaban denuncias sobre secuestros y desapariciones de personas y se lo hacían saber a aquellos militares o funcionarios argentinos que se acercaran a las sedes diplomáticas. Las masacres de Fátima y la Noche de los Lápices se conocían más en Europa que en la Argentina, y los exiliados habían iniciado una campaña de difusión sobre lo que pasaba en el país, logrando llegar a los principales diarios del mundo. La Junta Militar estaba preocupada por el alcance que estaban teniendo las actividades de los exiliados

y de las organizaciones internacionales de derechos humanos. Buscando la forma de tapar el sol con un dedo, decidieron implementar lo que se conoció como la lucha contra la "campaña antiargentina". El objetivo de la dictadura era revertir los efectos de la difusión que tenían las torturas, los secuestros, las desapariciones y los asesinatos convirtiéndolos en las llamadas "operaciones del terrorismo internacional". Todo lo que se dijera o se publicara sobre la Argentina en relación con los derechos humanos sería, entonces, una serie de mentiras, patrañas y falacias.

La base de esta estrategia sería el Centro Piloto de París, una dependencia de la embajada argentina en la capital francesa. Elena Holmberg fue, en un principio, quien estuvo al frente de ese centro y trabajó duramente para contrarrestar la "campaña antiargentina". Hasta que fue enviada de vuelta a su puesto en la Cancillería. El Centro Piloto de París nació luego de que el comandante en jefe de la Armada, Emilio Eduardo Massera, realizara un viaje personal a Italia entre fines de 1976 y principios de 1977. El Almirante estaba convencido de que sería recibido como un héroe, pero tuvo una profunda decepción al notar que los medios europeos les daban mayor importancia a las denuncias sobre las violaciones a los derechos humanos que a su presencia. De regreso a Buenos Aires, lo habría comentado en una reunión de la Junta Militar, lo que dio origen al desarrollo del Centro Piloto en la embajada parisina.

Elena era diplomática de carrera, hija de una familia patricia argentina y prima hermana del ex presidente de facto Alejandro Agustín Lanusse. Fue la primera mujer en graduarse del Instituto del Servicio Exterior de la Nación. En 1972 había estado destinada a la embajada argentina en París, donde más tarde estuvo al mando del Centro Piloto, hasta que en los últimos meses de 1978 se ordenó sorpresivamente su traslado a Buenos Aires sin que se cumpliera el período completo de destino en el exterior.

Gracias a las gestiones de Elena, los periodistas franceses de *Paris Match*, recién llegados a Buenos Aires, habían logrado acceder a la Casa Rosada y planeaban entrevistar al presidente de facto, Jorge Rafael Videla.

Cuando arribó ese día al ministerio, Elena se encontró con los problemas que se repetían desde que había vuelto de París, pero a esa altura —llevaba cuatro meses en el área de Ceremonial de Cancillería, después de seis años en la embajada argentina en Francia— había decidido que hacerse "chiquitita" era lo mejor

para evitar un sumario administrativo. Curiosamente, temía que los marinos del ministerio siguieran interfiriendo en su trabajo. Ella, que no se caracterizaba precisamente por ser miedosa, les temía a los hombres de la Armada.

Cerca del mediodía, pasó a buscar a los franceses por el Hotel Presidente y los llevó a Olivos, donde se encontraría con Urrutia quien, como socio del Club Naútico, había tramitado el acceso para el almuerzo.

La comida transcurrió sin sobresaltos ni conversaciones de tono político. Fue, más bien, un intercambio de experiencias entre París y Buenos Aires. Cuando terminaron, Elena les prestó su auto a los periodistas y se volvió con Urrutia en uno de los Ford Falcon del ministerio. Pasaron por San Fernando porque ella debía retirar unos vestidos y cerca de las 16 se bajó del auto oficial en la intersección de avenida Alvear y Rodríguez Peña pues tenía que pasar por el médico. Era un día complicado: también había acordado ir a cenar a la casa de su amiga Josefina con los periodistas franceses. Pero ella estaba acostumbrada al trajín de los protocolos sociales. Sabía cómo estar siempre impecable y llegar a horario a todos lados. Le debía ese aprendizaje a su trabajo en Prensa de la embajada en París.

Salió del médico y volvió al trabajo. Tenía que revisar su agenda para el día siguiente y, además, los periodistas le dejarían el Fiat en el estacionamiento del ministerio. Se fue alrededor de las 19. Saludó a sus compañeros de oficina y se despidió de Urrutia, luego de arreglar que él la llamaría cerca de la una de la mañana, después de la cena en lo de Josefina, para encontrarse.

Desde su regreso a Buenos Aires, Elena y Urrutia tenían una amistad íntima.Aunque ambos eran solteros, a ella, que pisaba los 48, le preocupaba un poco la diferencia de edad —él era casi diez años menor—. Pero por entonces tenía preocupaciones más angustiantes, como sus desinteligencias con los marinos del ministerio.

Desde la ventana de su oficina, Urrutia la vio conversando con un embajador y su mujer, la miró subirse al Fiat 128 y saludarlo con la mano. Algo lo distrajo y desvió la vista. Cuando volvió a la ventana, Elena ya no estaba. Y ya no volvería a estar.

Entre las 20 y las 21, Elena volvió a su departamento.

Estacionó su auto sobre la calle Uruguay, entre avenida Santa Fe y la calle Arenales, donde lo dejaba habitualmente, y salió otra vez. Esa noche de verano porteño, Elena se cruzó con una pareja joven, él de traje claro y ella, una rubia de pelo largo.

En un edificio vecino, un hombre y su empleada,Mónica,se preparaban para cenar. De pronto, en medio del ruido de los colectivos, se escuchó un grito: “¡Socorro!” El hombre se asomó a la ventana del cuarto piso de Uruguay 1064, y vio cómo un Chevy celeste encerraba a un Fiat 128 Rural justo en la entrada del garaje Uruguay. Víctor, el encargado del garaje, también presenció cómo subieron por la fuerza a Elena a la parte trasera del Chevy y se fueron a toda velocidad por la calle Uruguay hacia la avenida Córdoba.

La pareja se quedó mirando la escena. Cuando Mónica bajó para enterarse de lo que había pasado, el joven de traje claro curioseaba alrededor del Fiat. “Secuestraron a una mujer”, le dijo a la empleada. No sabían quién era ni por qué se la habían llevado, y no se hacían demasiadas preguntas.

El auto de Elena quedó atravesado en la entrada del garaje con las luces encendidas. Eran las 21.15 del 20 de diciembre de 1978. Mientras algunos se acercaban a ver qué había pasado, el encargado del garaje se apuró a llamar al 44-3333 del Comando Radioeléctrico, y minutos después tenía un patrullero de la Comisaría 17ª en el lugar.

Víctor relató a la policía lo que había sucedido y aclaró que no había visto la patente del Chevy ni quiénes eran los ocupantes. Tampoco sabía la identidad de la mujer que se habían llevado, porque todo había pasado muy rápido.La policía dejó una custodia para el auto de Elena, que unas horas más tarde terminó en consigna estacionado en la puerta de la 17ª para practicarle “las pericias de rigor”.

Ya pasadas las 22, desde la comisaría se dio inicio a las actuaciones caratuladas “privación ilegítima de la libertad”. En plena dictadura militar significaba un “golpe de suerte”, que otros miles no habían podido tener, tal vez porque en esta ocasión la Policía Federal, dependiente del Ejército, no creyó que se tratara de un “secuestro oficial”, ya que no había recibido la orden previa de liberar la zona para un operativo.Se solicitó la pertenencia del auto para identificar a la mujer secuestrada. En la casa de Josefina, la comida había empezado sin Elena. La habían llamado varias veces a su departamento pero nadie contestaba. Los padres de Holmberg se preparaban para irse a dormir y su amigo Gustavo

Urrutia esperaba que se hiciera la madrugada para llamarla y encontrarse con ella alrededor de la una.

Urrutia la llamó hasta las 2.30 de la madrugada del 21 de diciembre. Como no contestaba, decidió ir hasta el departamento y ver si estaba el Fiat estacionado donde solía dejarlo. Tomó un taxi y recorrió la cuadra. Lo preocupó no ver el auto de Elena, pero no sabía a quién llamar.

Cerca del mediodía del 21 de diciembre, la policía había identificado a la mujer secuestrada como Elena Angélica Dolores Holmberg Lanusse, diplomática empleada de la Cancillería. Habían llegado a su identidad a través del dominio del Fiat y dieron aviso al ministerio. La madre de Elena, Ernestina Lanusse de Holmberg, alarmada por un llamado de Josefina preguntándole qué le había pasado a su hija que había faltado a cenar, insistía con el teléfono del departamento de la calle Uruguay. Nadie respondía. Como no lograba comunicarse, llamó a su hijo Eugenio para comentarle lo sucedido. Eugenio minimizó el temor de su madre pero decidió ir al departamento para ver qué pasaba. Era de los pocos que tenía la llave.

Cuando llegó al octavo piso, lo asustó un intenso olor que salía de la casa de Elena y pensó (lo que entonces consideró lo peor) que había un escape de gas y que ella se habíaasfixiado por el monóxido de carbono. Se tapó la cara con un pañuelo y corrió hacia la ventana para abrirla. Revisó la casa y constató dos cosas: que el olor no se debía a una pérdida de gas sino al plastificado del piso, y que Elena no estaba y aparentemente no había pasado allí la noche. Recorría el departamento cuando sonó el teléfono: era su madre, conversaron unos minutos, le prometió ocuparse del tema, cortó y volvió a sonar el teléfono:

—Soy Gustavo Urrutia, necesito hablar con algún familiar de Elena.

Eugenio había visto a Urrutia en un asado en San Antonio de Areco. Recordó su rostro al instante.

—Soy Eugenio, Gustavo, ¿qué pasa?

—A Elena la raptaron. Llamaron de la Comisaría 17ª al ministerio para avisar. ¿Podés venir para acá? El canciller[1] quiere hablar con vos.

Eugenio no supo qué pensarni qué hacer, más que llamar a su hermano Enrique, teniente coronel retirado. En la familia Holmberg, los hermanos varones tomaban la iniciativa en situaciones conflictivas. Además, los dos sabían que Elena tenía miedo de que le pasara algo. ¿Era esto ese algo?

Eugenio fue hasta la Cancillería, donde lo esperaba Urrutia, quien le presentó al coronel Repetto Peláez, en ese momento el enlace del Ejército en la Cancillería, bajo la órbita de la Marina desde que la Junta Militar tomó el poder por la fuerza el 24 de marzo de 1976.

Eugenio no quiso hablar de nada hasta que llegara Enrique, a quien sólo se le ocurría que debía haber sido la "subversión", por las tareas de Elena en el Centro Piloto de Francia. Algún "grupo terrorista nacional o francés" o alguna "banda mixta", elucubró. "¿Quiénes más podrían meterse con Elena, quiénes serían capaces de un acto semejante?", pensaba el militar retirado.

Sin embargo, algo le hacía ruido: "Ando en problemas con los marinos del ministerio", le había dicho Elena el fin de semana anterior. Ahora, la frase le explotaba en la cabeza. Si tan sólo le hubiera insistido aquella tarde en la quinta de Carmen de Areco cuando ella le hizo ese comentario. Si no se hubiera quedado con la promesa de Elena: "Ya te contaré". Enrique desestimó todos los pensamientos cuando llegó y se entrevistaron con Repetto Peláez, quien les transmitió la preocupación oficial por lo sucedido e inmediatamente los puso en contacto con el ministro del Interior, el general Albano Harguindeguy.

Eugenio vio a Repetto Peláez discar el 33-3438 y se apuró a anotarlo en su agenda con la inscripción "Privado Harguindeguy". El funcionario que operaba como enlace del Ejército en la Cancillería los puso al teléfono con el ministro. Enrique hablaba con Harguindeguy por una extensión y Eugenio escuchaba la charla por otro teléfono que le había facilitado Repetto Peláez, licencias que les permitían por deferencia de camaradas con Enrique y porque Elena era empleada del ministerio.

Enrique le detalló lo poco que sabían y Harguindeguy procuraba hacer memoria. Según los Holmberg, Harguindeguy primero trató de identificar a Elena:

—¿Una bajita, morocha? Sí, sí, ¿tenía un vestido blanco el día de la recepción a la Reina Sofía? —se había realizado un evento en ocasión de la visita de los reyes de España unos meses antes—. Sí, ella estaba en el Centro Piloto de París.

Enrique confirmó la descripción. Entonces, Harguindeguy le respondió:

—Vea, Holmberg, no pierda el tiempo. Vaya a verlo a Ojeda (jefe de la Policía Federal). Esto es muy claro. Esto viene del Centro Piloto de París. Sí, sí, esto es cosa del Negro hijo de puta de Massera.

Enrique trataba de mantener la compostura. Sabía que “Negro” era el apodo de Massera, pero “Negro hijo de puta” y viniendo de Harguindeguy, del ministro del Interior,le dio un vuelco total a su pensamiento y lo traspoló de inmediato a aquella frase que su hermana nunca había explicado el fin de semana en Areco.

—General —contestó Enrique—, entonces mañana primero voy a ir a ver a Cacho (por su compañero de armas Carlos Guillermo Suárez Mason) y después a Chamorro(director de la Escuela de Mecánica de la Armada, ESMA).

En aquel momento, Enrique creía tener una relación amistosa con Cacho “Pajarito” Suárez Mason,entonces comandante del Primer Cuerpo del Ejército,[2] con quien había pasado varios años en la Escuela de Caballería.

Harguindeguy respondió enfáticamente:

—¡No! No hable con Suárez Mason. No.

—Pero, Harguindeguy, ¿cómo no voy a ir a ver a Cacho?

—Holmberg, no se equivoque, Cacho está en otra. Vaya a ver al comisario general Ojeda.

Enrique preguntó:

—¿En qué otra?

—Bueno, qué sé yo, han pasado tantas cosas últimamente. Hágame caso, Holmberg, vaya a ver a Ojeda.

II

Cerca de las 15 del 21 de diciembre, Enrique y Eugenio Holmberg siguieron el consejo de Harguindeguy y fueron hasta la jefatura de la Policía Federal a ver al comisario general Ojeda. Estuvieron un largo rato con el jefe de la Federal. La entrevista fue extensa y la charla se interrumpía a cada rato porque Ojeda debía autorizar la movilización de oficiales a distintos puntos del país por el conflicto del Beagle. Los Holmberg detallaron lo que Elena hacía en París, y lo que estaba haciendo en Buenos Aires. Ojeda fue contundente: “Esto es obra de ese taimado hijo de puta de Chamorro”. Otra vez, los marinos. La frase de Elena comenzaba a tener sentido aunque Enrique —todavía— se negaba a admitir que alguien de las Fuerzas Armadas tuviera algo que ver con el secuestro de su hermana.

—¿Saben qué va a pasar ahora? —les preguntó retóricamente Ojeda—. Yo voy a llamar por teléfono y me van a decir que no

saben nada y seguro que la tienen a su hermana detrás de la puerta.

A los Holmberg les costaba entender lo que no habían sabido ver, así que arremetieron con sus hipótesis sobre la guerrilla y el terrorismo internacional. Trataban de vincular el secuestro con la visita de los periodistas franceses, y buscaban una explicación para lo que se les hacía inexplicable. Ojeda, ya casi irritado, los cortó en seco:

—Vean, no insistan con el tema. Yo les puedo dar diez razones por las cuales sé que esto no es obra de ningún grupo subversivo. Esto es obra de un servicio de inteligencia. Esto es obra, como ya les dije, de ese taimado de Chamorro. Y les doy las razones por las que sé que no son delicuentes comunes ni terroristas —dijo, y levantó las dos manos para enumerarles—:Primero, no es un blanco con identidad suficiente. Hay personas más importantes. Segundo, no es el *modus operandi* de la guerrilla. Tercero, ellos se adjudican el hecho, cosa que acá no ocurre. Cuarto, cuando es un caso de este tipo, no opera un solo automóvil, opera mucha más gente. Quinto, les puedo asegurar que hoy en día no hay ninguna banda subversiva con capacidad para cometer un acto de este tipo. Les digo más, hay cinco guerrilleros activos y los cinco están en retirada.

Ojeda continuaba con su enumeración, pero los Holmberg ya no escuchaban. Había que contarles a “los viejos” lo que le había pasado a Elena, había que averiguar dónde estaba, cómo hacían para encontrarla, para recuperarla sana y salva. El panorama que les habían pintado era desolador, no sabían —o no habían querido saber hasta ese momento— en qué país estaban viviendo.

Sonó el teléfono nuevamente. Después de que Ojeda cortara, volvieron a la charla:

—¿Ustedes creen que la guerra es ésta? —les preguntó el jefe policial refiriéndose al conflicto con Chile—. No se equivoquen. El episodio con Chile va a durar muy pocos días, está prácticamente operado. La verdadera guerra está acá, es con éstos —remató, y llamó a Chamorro quien, tal y como Ojeda les había adelantado, negó tener información sobre Elena.

—Esperemos veinticuatro horas, a ver qué resulta de este llamado —les pidió Ojeda. Eugenio se distrajo con un papel que había sobre el escritorio del jefe de la Federal: “Vayamos al Mundial del Beagle”.

No terminaban de sorprenderse por todo lo que habían escuchado cuando Ojeda les confesó:

—Bueno, nosotros estamos viendo si se puede enderezar todo esto, porque si no vamos a terminar todos procesados por este desbande que se ha producido en algunas áreas.

Salieron de la entrevista con más dudas y confusión que cuando entraron y convinieron que antes de saber bien qué había pasado lo mejor era no decirles la verdad a sus padres. Si Elena estaba detrás de una puerta en la ESMA, como les había manifestado Ojeda, era probable que con una visita de Enrique a Chamorro pudieran resolver todo eso. Lo mejor sería que "los viejos" creyeran que Elena había salido de urgencia en una misión para la Cancillería. Y eso fue lo que Ernesto, otro de los hermanos de Helena, les transmitió a sus padres.

Pensaron que no estaba de más llamar al Cano (Alejandro Agustín) Lanusse,quien si bien estaba enfrentado políticamente con la Junta había sido presidente de la Nación y era primo hermano de los Holmberg, por lo que seguramente podría llegar a lugares más altos que a los que ellos habían alcanzado.

En la Comisaría 17ª continuaban las averiguaciones por el secuestro. A las 16.55, la instrucción hace constar que efectivamente "se determinó que la persona privada de su libertad es Elena Angélica Dolores Holmberg Lanusse, quien presta servicios en calidad de secretaria segunda del Servicio Diplomático Argentino" y se dio intervención al Juzgado de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional de Turno, a cargo entonces de César Marcelo Tarantino. El comisario jefe de la 17ª, Carmelo Lavalle, cursó un pedido de cooperación a todas las dependencias de la Federal para solicitar el paradero de Elena.

En tanto, Eugenio decidió volver al departamento de su hermana para ver si hallaba algún indicio que los llevara hasta ella, pero sólo encontró un par de notas manuscritas sobre los trámites de transferencia del Fiat 128 Rural. A esa altura, la Federal ya estaba elaborando un croquis del secuestro y su hermano Ernesto se había presentado en la 17ª para colaborar, "anoticiado de lo acontecido". En su declaración, Ernesto manifestó que alguna vez Elena le comentó que le podía pasar algo por las funciones que desempeñaba, pero que no le había proporcionado ningún otro detalle.

Ya entrada la noche, los hermanos Holmberg se reunieron para intercambiar opiniones y la información que Elena les había contado, pero no llegaron a ninguna conclusión. Nada estaba

claro, excepto que ella les había dicho a todos que tenía miedo. De hecho, Eugenio recordó que a principios de septiembre, cuando él debía viajar a los Estados Unidos por trabajo, Elena le pidió que se quedara. Esa noche compartió una historia con sus hermanos. Quizás, al repasarla, alguno podía sacar alguna conclusión.

—Eugenio, si yo te pido que te quedes, ¿te quedarías? —le había preguntado Elena.

—Elena, mirá, si es un asunto urgente, me quedo. Pero no sé qué problema tenés. ¿Qué pasa, te quieren hacer otro sumario administrativo como el que te hicieron en 1974?

—No, esto es otra cosa. En el fondo, lo que va a pasar pasará estando vos o no —dudó ella.

—Y… ¿qué es lo que puede pasar?

—Massera no va a entregar el poder. Vos no sabés de lo que es capaz ese tipo —le explicó Elena.

Massera cesaba en su cargo de comandante en jefe de la Armada el 15 de septiembre de 1978, apenas unos días después de esa charla.Eugenio pensó que se trataba de un golpe dentro del golpe, de una mirada acaso exagerada de Elena, y le respondió:

—Mirá, que yo me quede no va a impedir que Massera cambie de decisión, ¿no te parece?

Los Holmberg escucharon la historia pero no sacaron ninguna conclusión al respecto. Sabían que Elena había tenido problemas con los marinos en el Centro Piloto de París, pero hasta ese momento suponían que todo eso se debía a rencillas administrativas.

A las 9 de la mañana del 22 de diciembre, el juez Tarantino y un oficial de la Comisaría 17ª fueron con Eugenio al departamento de Elena para realizar una inspección que no arrojó “elemento alguno de importancia para la investigación”, y para los Holmberg sólo implicó que pudieron cambiar la cerradura de la puerta. Podrían revolver todo con más tiempo y ver si había algo que se les hubiera pasado a los investigadores. Su plan era presentarse de a uno en la comisaría para denunciar el secuestro de Elena y prestar colaboración. A mayor presión, mayores posibilidades de encontrarla, pensaban.

Y también pensaban que ya era hora de decirles la verdad a “los viejos” por si el tema se filtraba a la prensa. Era mejor tenerlos preparados. Cuando se los dijeron, la casa de los padres de Elena se convirtió en un funeral, al que empezaron a llegar los familiares y amigos. El doctor Adolfo María Dago Holmberg no podía entender lo que había ocurrido con su hija. ¿Por qué a

Elena? ¿Por qué a ellos? Era obra, sin duda, de la subversión, estaba relacionado con el Centro Piloto de París y la lucha de Elena para que “se supiera la verdad sobre Argentina”.

Uno de los tantos que se acercaron a la casa de los Holmberg durante ese caluroso 22 de diciembre era un conocido de la familia que había trabajado con ella en París y que sabía de los problemas con los marinos del Centro Piloto. Fue ese amigo quien se acercó a saludar a Eugenio y le sugirió: “Mirá, si colgamos a Yon, Vilardo y Pérez Froio de los pulgares, Elena aparece enseguida”.Se refería a Carlos Enrique “Cobra” Yon y los capitanes de corbeta Eugenio Vilardo y Roberto Pérez Froio, tres altos oficiales de la Armada, y miembros de los grupos de tareas de la ESMA y del Centro Piloto en París.

Ese mismo día, cerca de las 15, dos hombres que cruzaban en bote el río Luján a la altura del Tigre Hotel (hoy Museo de Arte de Tigre) vieron un cuerpo flotando que se les acercaba. Se arrimaron. Uno de ellos lo tomó por el brazo derecho y lo dio vuelta: era el cadáver de una mujer de unos 45 años. Una lancha que pasaba les hizo señas de que ya habían avisado a Prefectura. Lo llevaron hasta la costa. Cuando lo ataban vieron que llevaba puesto un anillo con sello, una cadena y un reloj con las iniciales E.H.

Notas

1. El canciller era el brigadier retirado Carlos Washington Pastor, concuñado de Videla.

2. Fue conocido como el “carnicero del Olimpo”, ya que había manejado el centro clandestino de detención El Olimpo, entre otros, todos dependientes del Primer Cuerpo del Ejército durante la dictadura. Murió en 2005, a los 81 años, preso por orden de la Justicia. Estaba acusado de 254 secuestros. España, Italia y Alemania habían pedido su extradición. “Yo firmé entre cincuenta y cien sentencias de muerte por día durante mucho tiempo”, le dijo a un representante diplomático estadounidense en 1979, según un documento desclasificado de la embajada de los Estados Unidos (diario *El Mundo*, 22 de junio de 2005).

CAPÍTULO II

Ces gorilles

I

Por su oposición política a Perón, los Holmberg habían sufrido persecuciones durante el final del segundo gobierno del General, cuando su casa de San Telmo había sido pintada con cruces rojas y círculos azules —marcas que se usaban para identificar a los opositores al peronismo—. La familia había tenido que "fugarse", pero para algunos opositores eso representaba casi una marca de clase. Los hijos del doctor andaban por todos lados: Ezequiel, el médico, y Enrique, el militar, en el exilio; Ernesto, preso en la penitenciaría de Coronel Díaz y Las Heras; Estela, otra de sus hijas, acababa de graduarse con medalla de oro pero la habían descalificado. Desde hacía unos meses, el doctor estaba oculto en la casa de unos amigos; sólo Eugenio, el más chico, que todavía cursaba el secundario, permanecía en Buenos Aires con su madre, quien había anticipado que no iba a dejar su casa: "De acá me sacan muerta, hijo", sentenció Ernestina ante el menor de los Holmberg.

Elena no podía escapar a los destinos familiares. Era antiperonista de cuna, por elección, por historia familiar y por "pertenencia de clase". Lo era de nacimiento y así pensaba morir.

El 16 de junio de 1955 había amanecido nublado con probabilidades de lluvia. Elena había ido a visitar a un novio que tenía entonces y que era el hermano de una sus amigas, quien luego se casaría con Tomás de Anchorena, embajador y superior de Elena en la embajada argentina en París.

Para 1955, la sociedad argentina se hallaba claramente dividida entre los que estaban con Perón y los que estaban en su contra. Unos días antes, durante la celebración de Corpus Christi, los opositores al General habían marchado con la Iglesia Católica bajo la consigna "Cristo Vence". La movilización recorrió desde el Congreso hasta la Catedral de Buenos Aires, hubo varios incidentes, entre los que se registró la quema de una bandera argentina. Por esos hechos, la oposición culpó al gobierno, que

respondió con una jornada de desagravio a la insignia nacional. El clima social se tornaba cada vez más complicado y los enfrentamientos entre peronistas y antiperonistas se habían trasladado de lo público al seno de cada espacio privado de los argentinos.

Esa mañana del 16 de junio, cerca de las 8, Perón había recibido al embajador de los Estados Unidos y grupos de escolares recorrían la Plaza de Mayo. En la base de Punta Indio, el capitán Néstor Noriega ordenó que se alistaran cuarenta bombarderos mientras solicitaba el traslado de cuatrocientos infantes de marina hacia Ezeiza, todos a bordo de seis aviones C-47. Perón estaba al tanto de algunos movimientos destituyentes en esa base aeronaval pero se negaba a abandonar la Casa Rosada porque no creía que quisieran matarlo.

Pese a las erradas especulaciones del General, la Marina había tomado la iniciativa de terminar con Perón eliminándolo. Dos de los líderes de esa misión eran el almirante Samuel Toranzo Calderón y el contraalmirante Benjamín Garciulo, que habían montado su puesto de comando a pocas cuadras de la Casa de Gobierno. Cerca de las 10, los C-47 aterrizaron en Ezeiza y sus tripulantes tomaron control del aeropuerto. Algunos investigadores aseguran que los rebeldes llevaban casi un año acopiando bombas y combustible en ese aeropuerto.

Para entonces, el ministro de Ejército, Franklin Lucero, había logrado convencer a Perón de abandonar la Casa Rosada e instalarse en el sótano del Ministerio de Ejército, donde se quedaría hasta la noche.

Ese mediodía, cuando Elena y sus amigos terminaban su té, el cielo se había despejado. Elena se despidió y salió a la calle convencida de que se terminaría la “tiranía peronista”. Lo festejó al grito de “abajo el tirano” en la esquina de Las Heras y Callao y fue arrestada por la fuerza pública, que la trasladó a la Comisaría 17ª. Nadie cree que haya sentido temor por eso. Más bien, todo lo contrario. Ella estaba orgullosa de que alguien tomara la iniciativa y finalmente acabara con Perón, su “populismo” y todo lo que el peronismo significaba para ella. Sus contactos con la aristocracia y la jerarquía de las Fuerzas Armadas opositoras al General le habían permitido acceder a información sobre los planes de los golpistas. Por eso festejó ese mediodía en Recoleta. Elena era, quizás, una de los pocos argentinos que sabían que habría un intento de golpe de Estado ese día, y sólo podía pensar en celebrarlo.

Minutos más tarde, a las 12.40, Noriega aprovechaba el clima para lanzar su avión contra la Casa Rosada y era imitado por su escuadrilla. Los cazabombarderos volaban rasantes de norte a sur. La gente que pasaba por ahí desprevenida festejaba el vuelo pensando que se trataba de un espectáculo aéreo. Fue entonces cuando una bomba dio en la Casa de Gobierno y todo se volvió muerte en Plaza de Mayo. Corridas, gritos, llantos, algunos que lograban refugiarse en las estaciones de subterráneo. Las bombas impactaban contra todo y contra todos. Gritos, ambulancias, metralletas y muerte. Los hospitales comenzaron a colapsar, las morgues desbordaban de cadáveres. Para las 13, la radio anunciaba la muerte de Perón y los obreros dejaban sus puestos de trabajo para dirigirse a la Plaza de Mayo a defender a su líder.

Media hora después, la situación empeoraba. Un avión bombardea la casa presidencial de Agüero y Libertador, y a unas cuadras de donde Elena había celebrado, en Las Heras y Pueyrredón, las bombas mataban a un chico de 15 años y a un policía. Los pasillos de los hospitales se llenaban de familiares buscando a los suyos y un grupo de la Fuerza Aérea que había salido a defender a Perón cambiaba de bando y atacaba la Casa Rosada nuevamente.

A las tres de la tarde recrudeció el bombardeo para regresar a la Plaza de Mayo con más muerte y terror. Sin embargo, el apoyo necesario para derrocar a Perón no fue suficiente y el golpe fracasó. Noriega se exilió en Montevideo, donde los esperaba Guillermo “Pajarito” Suárez Mason, entre otros. Tres meses después, regresarían a Buenos Aires para ser condecorados cuando la Revolución Libertadora finalmente derrocara a Perón.

Aquel día fatídico, durante casi cinco horas, cayeron sobre Buenos Aires catorce toneladas de bombas. Se estima que murieron al menos unas 380 personas, casi todos civiles, y que hubo más de mil heridos. La cifra de muertos podría ser mayor, porque no quedaron registros de aquellos que fallecieron días después.

Elena pasó gran parte de esos momentos presa en el asilo del Buen Pastor, luego de que fuera trasladada de la Comisaría 17ª.

Elena Holmberg era de convicciones tan conservadoras y rígidas en lo político que desconcertaban hasta a los propios partidarios de su ideología. Su carrera diplomática contrastaba con su tendencia a decir lo que pensaba cuando creía estar segura de sus opiniones. Si consideraba que había que eliminar personas en pos de la “liberación de la Patria”, lo lanzaba a los cuatro vientos

sin medir ni un segundo las consecuencias. Los que la conocían estaban acostumbrados a esa Elena, que, según recuerda un conocido de la diplomática, estaba tan convencida de que los militares debían tomar el poder para terminar con el tercer gobierno peronista que en 1975, en una de sus visitas a la Argentina, habría estado en Tucumán muy cerca de las fuerzas del general Acdel Vilas cuando éste encabezó el Operativo Independencia para eliminar la guerrilla en esa provincia. Vilas, que murió impune en 2010, fue conocido por ser pionero en el uso del terrorismo de Estado en el país, como comandante de la V Brigada de Infantería con asiento en Tucumán, entre enero y diciembre de 1975.

En febrero de ese año, la presidenta María Estela Martínez de Perón lo puso al frente de ese operativo. La intervención de Vilas en Tucumán, que tuvo a su cargo mil quinientos soldados, incluyó métodos represivos y la instalación del primer centro clandestino de detención, conocido como la Escuelita de Famaillá, donde estuvieron detenidas ilegalmente unas dos mil personas. Vilas fue el antecesor del general Antonio Domingo Bussi. A fines de 1975 fue designado segundo comandante del V Cuerpo de Ejército en Bahía Blanca. En esas circunstancias declaró que la guerrilla en Tucumán había sido derrotada. En Bahía Blanca fue el responsable de los centros clandestinos La Escuelita, en el Regimiento 181 de Comunicaciones, y del centro que funcionó en la Base Naval de Puerto Belgrano. Por su intervención en Bahía Blanca se lo acusó también de crímenes de lesa humanidad y estuvo involucrado en el secuestro y la tortura de los dirigentes radicales Hipólito Solari Yrigoyen y Mario Abel Amaya, quien murió por los tormentos recibidos en agosto de 1976.

Vilas —a quien dentro de las fuerzas se lo identificaba como cercano a Massera, aunque el general siempre lo negó— pasó a retiro en 1977. Se cree que esa decisión de Videla hizo que Vilas tomara distancia tanto de él como de Viola.

Esa mujer que apoyaba la dictadura y los métodos más atroces era la misma que se instalaba con sus sobrinos cuando sus padres viajaban. La tía compinche que les prestaba su Volkswagen marrón. La que aprendía con ellos matemática y física. La tía que veraneaba en Mar del Plata. La mujer talentosa, que pintaba cuadros maravillosos que sus hermanos todavía conservan en sus casas. La tía que los hizo reventar de orgullo cuando se convirtió en la primera mujer en graduarse del Instituto del Servicio Exterior de la Nación. Esa tía a la que adoraban y con la que

algunos todavía sienten una deuda personal cada vez que piensan que tras más de tres décadas de su asesinato aún no han podido esclarecer su crimen. Esa Elena es la que fue forzada a transformarse en una causa de familia.

Elena sonreía cuando recordaba sus meses presa en el asilo del Buen Pastor, donde se recluía a las mujeres que violaban la ley, desde prostitutas hasta detenidas políticas. Holmberg tomaba su arresto como una "gracia de Dios", por haber podido contribuir al "reencauzamiento espiritual de sus compañeras de reclusión".

Por eso, para los Holmberg, la muerte de Elena era inexplicable. Ellos no le temían a nada y mucho menos Elena, quien se había enfrentado al mismísimo Perón. No había otra explicación para su asesinato que el "accionar subversivo". Los militares que el doctor conocía eran "hombres de bien, incapaces de semejante pecado". Muchos de ellos, como Carlos Suárez Mason, habían sido compañeros de Enrique en la carrera militar. Eran las fuerzas armadas que el tatarabuelo había ayudado a formar, esos "hombres dignos del Regimiento de Granaderos a Caballo que perseguían los ideales de la Revolución de Mayo". Los soldados que comandaba el general Videla, a quien Elena reportaba políticamente.

II

"Ese rumor de que yo mandé matar a la Holmberg salió de la Casa Rosada", soltó desprevenido el ex almirante Emilio Eduardo Massera frente al director de un histórico diario argentino, una tarde de febrero de 1979, en la exclusiva ciudad balnearia de Punta del Este, en Uruguay.

La Holmberg había estudiado Bellas Artes antes de hacer el ingreso al Servicio Exterior de la Nación. Hablaba y traducía francés e inglés, y mientras estuvo destinada en París estudió Ciencias Políticas en la Universidad de la Soborna. Cuando entró al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto estuvo en la Comisión de Límites que redactó un extenso informe sobre el conflicto por el canal del Beagle que cosechó las felicitaciones de sus superiores.

Elena era una mujer de 48 años, menuda, de rasgos marcados y mirada firme. Era elegante y distinguida, y aunque conocía al detalle los pormenores del protocolo de su clase, eso no le impedía

iniciar conversaciones sobre política para terminar enfrentándose con cuatro o cinco hombres y llamarlos “cagones”. Su vehemencia en temas de política era uno de sus rasgos distintivos.

Su obsesión era romper con esas “cadenas” que, según su visión e idiosincrasia, la “demagogia peronista” y los “subversivos” de izquierda pretendían imponer. Por eso, también, se dedicó con exigencia a su trabajo en el Centro Piloto de la Embajada Argentina en París para que se conociera “la verdad sobre la Argentina” y no esas “patrañas” sobre desaparecidos, torturas y derechos humanos que los exiliados y “agentes del terrorismo internacional” diseminaban por todos los medios del mundo antes del Mundial ’78.

Elena era un soldado de la causa del Proceso de Reorganización Nacional, como se llaman los adeptos a la dictadura militar, y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para el régimen.

Su tatarabuelo, el barón Eduardo Kaunitz von Holmberg, había llegado a la Argentina en 1812 junto con el general José de San Martín, Carlos Alvear, José Matías Zapiola y Francisco Chilavert en la fragata *George Canning*. Había venido a combatir a los españoles en la guerra de Independencia. Bajo las órdenes del general Manuel Belgrano peleó en Salta y Tucumán, y por encargo expreso de su superior fue quien condujo la bandera nacional para su bendición en la Catedral de San Salvador de Jujuy.

El padre de Elena, Adolfo Holmberg, era médico, naturalista y oceanógrafo, un “argentino devoto de la Constitución y desvelado por el país”, como lo definen sus allegados. Había nacido en Buenos Aires y estudiado ciencias naturales en Alemania, y oceanografía en Mónaco. Además, se había recibido de médico en la Universidad de Buenos Aires. Entre la diversidad de cargos que ocupó, durante veinte años fue director del Jardín Zoológico, profesor del colegio Carlos Pellegrini, y además fundó y dirigió el Instituto Oceanográfico Argentino. También fue interventor del Museo de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia y trabajó en la redacción del código de pesca con la Comisión de Industria y Comercio de la Cámara de Diputados. Escribió varios libros, como *¿Cree usted que los ingleses nos devolverán las Malvinas? Yo no*. Su vocación por la investigación lo condujo a realizar el primer vuelo a Asunción con Mermoz y llegó a volar con Saint-Exupéry. En 1943 fue exonerado de la dirección del Jardín Zoológico y eso marcó su oposición a lo que consideraba “el totalitarismo” del general Juan Domingo Perón. Fue un acérrimo opositor al peronismo.

El doctor Holmberg se había casado con Ernestina Lanusse —prima hermana del ex presidente de facto Alejandro Agustín Lanusse—, con quien tuvo siete hijos. Elena era la quinta de la familia. Herederos de la historia, los Holmberg se destacaban por su "ideario constitucionalista" y su "veneración por el deber".

Un mes antes de aquella charla de Massera en Punta del Este, los restos de Elena Holmberg eran velados en el Palacio San Martín. Aquel viernes 12 de enero de 1979, muchos argentinos esperaban el debut de la selección juvenil en el Sudamericano de Montevideo, con la esperanza de repetir los festejos del Mundial '78. Pero en la dirección de Ceremonial del Palacio San Martín —sede de la Cancillería argentina— no había nada que festejar. La tensión, el dolor y el desconcierto se apoderaban del clima entre esas paredes de lustro y formalidad. Una multitud se había congregado para despedir lo que quedaba de los restos de la funcionaria diplomática Elena Holmberg.

Los familiares y amigos cruzaban sospechas, arriesgaban hipótesis, controlaban la indignación. Los colegas de la Cancillería, en cambio, intercambiaban miradas, bajaban la cabeza, apostaban al silencio riguroso. Allí, un anciano se abrió paso entre la gente, cruzó el recinto y se acercó al féretro —acaso sin saber que sólo albergaba unos pocos huesos—, besó la bandera argentina que lo cubría y murmuró: "Bien hecho, Elena, usted fue fiel a su deber".

La frase con la que el doctor Holmberg despedía a su hija conmovió a todos los que se acumulaban en la capilla ardiente, a la que había concurrido gran parte de la aristocracia conservadora y antiperonista de la populosa Buenos Aires. El velorio se había suspendido por la demora judicial en entregar el cuerpo. Entonces, la familia Holmberg había solicitado permiso para oficiar una misa. Nadie se atrevería a explicarle al doctor —que cumplía 90 años veintidós días después del velorio de Elena— que de su hija sólo quedaban siete kilos de huesos, luego de haber sido secuestrada, asesinada y arrojada al río Luján.

Nadie se animaba, tampoco, a contradecirlo sobre quién podría haber cometido el crimen de Elena, fiel soldado de las causas que ella consideraba justas. Las causas de la dictadura militar.

Elena se había ganado la confianza del entonces presidente de facto Jorge Rafael Videla —y de algunos de sus funcionarios más leales— trabajando para contrarrestar los efectos de la llamada "campaña antiargentina". Su traslado a Buenos Aires, luego de su servicio en Francia, había sido tratado en las más altas esferas del poder militar, en las que reconocían a Elena por sus aportes y su

experiencia en análisis de conflictos en la crisis del Beagle. Justo unos días antes de su funeral, el 8 de enero de 1979, la Argentina y Chile firmaron el Acta de Montevideo, aceptando la mediación del Papa a través del cardenal Antonio Samoré. Con la firma de ese acuerdo, ambos países se comprometían a no hacer uso de la fuerza ni adoptar medidas que pudieran perjudicar la armonía entre las dos naciones mientras se buscaba una solución al diferendo por el canal.

En el Palacio San Martín, los familiares y amigos de Elena asistían desorientados al sepelio oficiado por la funeraria Lázaro Costa y costeado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. La capilla ardiente se llenaba cada vez más de dudas sobre las causas y los responsables de su asesinato. Por razones que el doctor Holmberg acaso nunca supo, sus hijos pidieron que la corona enviada por el Comando de Operaciones Navales fuera retirada del lugar.

Las palabras del canciller, brigadier mayor (RE) Carlos Washington Pastor, abrían una esperanza de justicia para algunos y profundizaban las sospechas de otros. Pastor había asumido en el Palacio San Martín apenas dos meses antes, era concuñado de Videla, hijo del dirigente conservador Raymundo Pastor y su último trabajo conocido había sido la administración de un criadero de pollos. El canciller hablaba de la "cobardía del atentado perpetrado" y, a la vez que lo repudiaba profundamente, pedía una condena severa para los autores de un hecho que calificaba de "deleznable e imposible de ser elucubrado por seres racionales". ¿Sabría Pastor quiénes eran los asesinos de Elena o su muerte era otro mazazo del que tenía que hacerse cargo en medio de la agitada agenda militar de esos meses?

El canciller insistía con la legitimidad de la posición oficial frente al terrorismo y arengaba a actuar con la firmeza que "nos da la razón para erradicar definitivamente este terror que aún se esconde entre nosotros". Pastor enfatizaba sobre la ley que, consideraba, debía ser dura e inexorable con los culpables y aseguraba que hechos como el asesinato de Elena comprometían al gobierno a continuar la lucha "contra los delincuentes descontrolados, que actuando cobardemente enlutan hogares e instituciones para demostrar que aún existen". Pedía que esos "delincuentes" fueran los destinatarios de lo que llamó "un esfuerzo final y correctivo que será ejercido por el poder nacional". El canciller no lo decía, pero al no decirlo estaba acusando a la organización peronista de izquierda Montoneros de

haber secuestrado y asesinado a Holmberg.

Mientras los hermanos de Elena empezaban a fastidiarse, Pastor hilvanaba elogios para los Holmberg. Describió a Elena como “una víctima más, inmolada en el altar de la Patria, heredera de un honroso apellido” y se animaba a describir su muerte como un dolor que “siente la nación de la que Elena Holmberg formaba parte, de esa nación que amaba y sentía con intensidad, conforme con los sentimientos que la tradición democrática había inculcado en su alma”.

El discurso de Pastor confortaba poco a la familia de Elena: ¿Toda la fuerza de la ley significaría que sabrían quién la mató? Después de todo, entre los presentes en la capilla ardiente estaban el ministro del Interior, general de división Albano Harguindeguy; el ex presidente y primo de Elena, general (RE) Alejandro Agustín Lanusse; su cuñado, el comodoro (RE) Juan José “Cadete” Güiraldes; el premio Nobel Luis Federico Leloir, los compañeros de Elena y funcionarios de la Cancillería. ¿Lo expresado por Pastor no sucedería jamás?

Mientras el doctor revolvía en los recuerdos, y los años empezaban a pesarle, su esposa Ernestina no dejaba de repasar las imágenes de su hija, entre las que recordaba a Elena junto al presidente Videla y unos periodistas franceses en la tapa de los diarios nacionales. “Una mujer madura, no hermosa pero beneficiada por una fuerte e interesante personalidad, capaz de hacer lo que fuese menester para lograr lo que ella consideraba apropiado. Estaba con nadie, excepto su deber”, la definió Andrés Wolberg Stock en el *Buenos Aires Herald*.

El doctor le daba vueltas a la historia, para un lado y para el otro. Estaba convencido de que la habían matado los terroristas y para ellos pedía, también, toda la fuerza de la ley. Su padre estaba persuadido de que la muerte de Elena se relacionaba con su lucha antiterrorista en París, con su defensa de los “valores nacionales”. Elena se había enfrentado a los subversivos en Francia. Poco le importaban los comentarios acerca de la retirada guerrillera. Estaba seguro de que nadie que conociera a Elena o su trabajo podía ser responsable de una empresa tan oscura.

También sus compañeros de promoción del Instituto del Servicio Exterior de la Nación habían dado a conocer una declaración en la que destacaban: “Han caído muchos hombres y mujeres en la batalla larga y sangrienta de los argentinos por la justicia y la libertad. Algunos de ellos han sido funcionarios del Estado argentino. Vos has sido la primera mujer... Elena será un

signo de los esfuerzos del Servicio Exterior por dar al mundo lo mejor que tiene la Argentina, así como ejemplo y testimonio de la grandeza y honor que significa formar parte del cuerpo diplomático". A esa declaración no le faltó tampoco resaltar la tarea de Elena en la embajada argentina en París, "donde estuvo al servicio de la Patria, de la verdad, del deber y de sus convicciones más íntimas". En uno de los últimos párrafos de la nota, sus compañeros remataban: "Los que creen que la muerte es un castigo, los que piensan que asesinato es una sanción, los que matan por convicción de silenciar, siempre se equivocan".

Siempre se equivocan. Pero, ¿quiénes eran? La idea se repetía hasta en el padre Domingo Cullen, de la iglesia Nuestra Señora del Socorro, que ofició la misa y señaló que la muerte de Holmberg se había producido en "la lucha por la paz de la Patria", tal como "habían participado de ella sus antepasados". El sacerdote remarcaba que Elena había brindado su vida en esa "guerra sucia" que —algunos sostenían— se desarrollaba en la Argentina.

El doctor pensó en su hija una vez más. Recordó cuando le rogó que protegiera su vida.

—Mira, hija, ten cuidado que puede ocurrirte algo.

—No, papá, no me va a pasar nada.

"Y la mataron. No hubiese sido una Holmberg si no le hubiera ocurrido nada, porque a los Holmberg siempre nos pasan cosas", se lamentaba el anciano.

El embajador en Francia, Tomás J. de Anchorena, ex jefe de Elena durante su desempeño en París, apoyaba la hipótesis del doctor Holmberg, pero levantaba ciertas suspicacias en sus hermanos, quienes desde la desaparición de la diplomática hasta el hallazgo de su cuerpo habían recorrido un camino oscuro en el que comenzaban a descubrir las piezas de un rompecabezas macabro. "El secuestro y el cobarde asesinato de Elena Holmberg señalan una situación límite que está dirigida a afectar la acción del gobierno del presidente Videla y el proceso de reconstrucción nacional en que estamos empeñados todos los argentinos... Este acto y otros de la misma naturaleza no tienen justificación de ninguna índole y despiertan la indignación y el repudio unánimes... Esta vez la víctima es una funcionaria del Servicio Exterior, una mujer argentina, que fue en todo momento leal a sus superiores y que, sobre todo, vivió imbuida de un espíritu de patria que la llevó hasta el último sacrificio", dijo Anchorena. El funcionario llamaba también a la reflexión de todos los argentinos para terminar con "esta modalidad de terror, desenmascarar y

castigar" a los instigadores y autores materiales de tales hechos, señalándolos claramente como enemigos de la República. "Roguemos a Dios que sobre esta muerte injusta se selle el comienzo de la paz y la unión de los argentinos", concluía el embajador.

"A mí me parece que este asesinato fue planificado y ejecutado por la subversión. Por la precisión con que fue interceptada, por la habilidad con que fue escondida, por la frialdad con que fue ejecutada. Sólo querían matarla... En un primer momento se pensó que pedirían rescate por ella, pero al segundo día mi mujer (Ernestina), llorando, me dijo: 'Adolfo, creo que no la veremos más'. Cuando la encontraron fue el final de nuestro calvario. Yo pensaba que podían torturarla, maltratarla. Y eso no me dejaba dormir. Al fin y al cabo, era preferible la muerte antes que un sufrimiento físico. Ése era nuestro único consuelo", recordaba el padre de Elena en una entrevista publicada unos días después del entierro por la revista *Somos,* de editorial Atlántida, medios gráficos señalados por los organismos de derechos humanos por haber trabajado al servicio de los intereses de la dictadura militar.

Más allá del consuelo visceral, el doctor insistía: "La mayoría de los activistas eran prófugos de la Argentina y actuaban en Francia con total libertad. Iban por las calles del brazo de cualquiera, daban conferencias y parecía que gozaban de plena tolerancia. Elena luchó mucho contra los terroristas, pero por suerte estaba apoyada por el embajador Anchorena, que fue compañero de Enrique, uno de nuestros hijos, que es teniente coronel retirado. Nosotros le decíamos que era peligroso enfrentarse con esta gente. Pero ella no tenía miedo. Jamás lo tuvo... Cuando sentía que tenía razón se enfrentaba con cualquiera. Trabajó mucho cuando se organizó el boicot al Campeonato Mundial de Fútbol y al Congreso Internacional del Cáncer —los dos encuentros internacionales que expusieron al mundo lo que sucedía en la Argentina en 1978—. Luchó por defender la imagen de la Argentina... Creo que todo está orquestado por la subversión desde París. La culpa la tiene toda esa gente que hace propaganda en contra de la Argentina. Elena los enfrentó y ellos la mataron. Tiene que ser así".

A pesar de esas hipótesis de su padre, del supuesto apoyo oficial y una investigación abierta en la Justicia, el doctor moriría un año después sin saber qué pasó con su hija, quién la mató ni por qué. Lo mismo pasaría con el resto de su familia aún a treinta años del asesinato. La autopsia de Elena determinó que había

sufrido una “muerte por asfixia por inmersión”. Quién asesinó a Elena permanece en la nube de teorías conspirativas que se cierran sobre el Centro Piloto de París, el Mundial ’78, la logia P2 (Propaganda Due) y la interna entre los jerarcas de la última dictadura militar.

Cuando el doctor Leonel Andrés Snipe, médico de la policía en la Unidad Regional XII de Tigre, declaró ante la Justicia acerca de la autopsia que le practicó al cuerpo de Elena los últimos días de diciembre de 1978, el médico volvió a confirmar que, en su opinión, y a partir de las características que presentaba el cadáver, la muerte se había producido por asfixia por sumersión y descartó que hubiera ocurrido antes de entrar en contacto con el agua porque, en las condiciones en que examinó el cuerpo, todo indicaba que había estado con vida antes de entrar en contacto con líquido. Sin embargo, no pudo precisar si el “elemento líquido” correspondía a agua de río o de otro tipo. Snipe también desestimó la posibilidad de que Elena hubiera sido ahorcada o sofocada debido “a que el cadáver no presentaba signos de violencia propios” del ahorcamiento o la sofocación, y agregó que no podía precisar si pudo haber sido sometido “el cuerpo al paso de corriente eléctrica como asimismo de venoclisis (inyección endovenosa o intramuscular)” dado que cuando lo examinó, el estado del cadáver le hacía imposible verificar esas circunstancias.

El forense no pudo especificar las razones para que el cuerpo de Elena fuera hallado en las condiciones en que lo encontraron sus hermanos, pero describió una serie de circunstancias que pueden acelerar los procesos de reducción ósea, aunque resaltó que no es lo habitual en el término de unos quince o veinte días, que fueron los transcurridos desde que apareció el cuerpo de Elena hasta que su familia lo encontró en el cementerio de Benavídez.

En ese momento, el doctor decía saber quiénes eran los asesinos, esos que insistían en comerse la patria desde las entrañas. Por eso, en el cementerio de la Recoleta, antes de despedirse para siempre de su hija, juntó todo el aire que sus 90 años le permitían y gritó: “Viva la patria”. Sin embargo, esa patria les depararía a los Holmberg el peor de los destinos: la injusticia. Nunca verían pagar al ideólogo del asesinato de Elena, ni sabrían con certeza qué fue lo que ella descubrió que la sentenció a muerte esa calurosa noche de diciembre.

CAPÍTULO III

Les durs et les mous

I

En menos de veinticuatro horas, los Holmberg habían pasado de vivir en un país que creían "pacificado" a vivir en un infierno. Durante la noche del 21 de diciembre, Enrique había recogido distintos testimonios de conocidos sobre la ESMA y, aun así, se negaba a creer lo que le contaban. Pensaba hasta dónde había llegado el "mamarracho musoliniano" de esta gente de la Junta. La idea de que algunos de sus ex pupilos de la Escuela de Guerra estuviera involucrado en lo que le estaban contando lo desesperaba.

¿No conocían los Holmberg las noticias aparecidas en diarios y agencias que relataban la aparición de entre once y quince cadáveres en avanzado estado de descomposición en las playas de la costa atlántica bonaerense? Según los documentos de la embajada de los Estados Unidos, en esos días un periodista del diario *Clarín* fue enviado a la zona para hacer una nota sobre el hecho. Habría regresado horrorizado por lo que vio y escuchó. Sus conversaciones con la policía, los bomberos y los vecinos daban cuenta de un total aproximado de treinta y ocho cuerpos sin manos y algunos sin cabeza que habían llegado a las playas. El cronista no había regresado todavía cuando el editor de *Clarín* recibió un llamado de la oficina de prensa de Presidencia de la Nación que advertía sobre la inconveniencia de publicar historias como esa. El periodista escribió un memo interno y la nota no se publicó. Un grupo de Madres de Plaza de Mayo fue hasta Dolores para interiorizarse sobre estos cuerpos. Facio, el juez en lo criminal del distrito, les informó que se trataba de diecisiete cuerpos, mayoritariamente de hombres, y que todo indicaba que habrían estado en el agua durante unos dos meses. También les dijo que la policía había llevado las manos de aquellos que todavía las conservaban a La Plata, para su identificación. Cuando las Madres volvieron a Dolores unas semanas después, se les comunicó que los cuerpos habían sido enterrados. Luego de mucho

insistir, les aceptaron los hábeas corpus. Fuentes de la embajada estadounidense de ese momento sostenían que podían haber sido arrojados en los “vuelos de la muerte” que salían de la base aeronaval de Punta Indio. A mediados de 2005 se sabría que entre esos cuerpos estaba el de la religiosa francesa Léonie Duquet y el de Azucena Villaflor, una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo.

Durante la mañana del 22 de diciembre, mientras por la casa de sus padres desfilaban las muestras de consternación, y desoyendo la advertencia de Harguindeguy y los comentarios de Ojeda, Enrique decidió que él, en calidad de teniente coronel retirado, debía ir a la ESMA y hablar con Chamorro. Después de todo, la secuestrada era miembro de la Cancillería del gobierno militar, hermana de un teniente coronel y prima de un general ex presidente de la Nación. Alguien, en algún lado, tenía que darles una respuesta.

Enrique llamó a sus dos hijos varones y les advirtió:

—Voy a ir hasta la ESMA a entrevistarme con Chamorro para que me diga dónde está Elena. Por lo que me han contado, ese lugar, por donde hemos pasado tantas veces, es una máquina de picar carne. A esta edad, uno ya no siente miedo, pero no quiero agregarle una complicación más a la familia. De modo que necesito que ustedes dos me esperen cerca de la ESMA y si ven que a la una en punto no salí, comuníquense urgente con todos los conocidos hasta saber qué me pasó.

Los tres fueron hasta la ESMA, en el barrio porteño de Núñez. Mucho antes de la una, Enrique estaba afuera.

—Chamorro me dijo que no. Así de contundente: no —les tiró a sus hijos. Durante años, Enrique creyó que esa respuesta de Chamorro se debía a una mala formulación de su directo e irreversible planteo al jefe de la Escuela de Mecánica. Según él mismo relató, cuando se sentó frente a Chamorro y después de los saludos de rigor, Enrique le habría preguntado directamente al jefe de la ESMA:

—Como, supongo, usted ya sabe, mi hermana Elena ha sido secuestrada hace dos días, el 20 de diciembre cerca de las 9 de la noche. Hablé con Harguindeguy y con Ojeda, los dos me indicaron que usted o su gente son los que tienen a mi hermana.

—No —le respondió Chamorro, y Enrique entendió que ya no tenía nada más que preguntar ahí adentro.

Las horas pasaban y los Holmberg desesperaban, no había noticias de Elena. La policía seguía con los testimonios de testigos pero ninguno había podido aportar nada nuevo. Todos coincidían en lo mismo: se la llevaron tres hombres en un Chevy celeste que salió a toda velocidad hacia avenida Córdoba. Buscaron en la casa de sus padres si Elena había dejado alguna pista, pero no encontraron nada, salvo las cartas que mandaba desde París y en las que no leían nada distinto de lo que ya sabían.

II

El 23 de diciembre, a menos de media hora de la casa de "los viejos", sobre el río Luján, frente al astillero Cadenazzi, la lancha de Prefectura Nacional se acercaba a la orilla después de haber recibido la denuncia de unos navegantes que habían visto el cadáver de una mujer "boyando en el río". Junto al cuerpo, esperaban Miguel y Eduardo, los dos hombres que lo habían encontrado y atado para evitar que se fuera río abajo. Miguel era un joven marinero de la empresa de lanchas El Indio. Eduardo, en cambio, estaba ahí de casualidad. Había llevado su pequeña embarcación para reparar en el astillero Don Juan y cuando Miguel salía con el bote le había pedido que lo cruzara porque quería comprar algo. Semanas después, Eduardo se enteraría de que la mujer que había encontrado en el río no sólo era una diplomática de Cancillería sino también una pariente lejana de su padre.

Mientras llegaban los oficiales del Destacamento Policial Río Capitán, Prefectura dejó que Eduardo y Miguel siguieran con lo suyo, así que se fueron por el Paseo Victorica a hacer sus compras. Tanto la policía como la Prefectura inspeccionaron el cuerpo y a simple vista notaron que no tenía golpes ni heridas. Tan sólo un vestido, joyas y un zapato del tipo sueco. Llamaron a la cochería municipal Daserfu (Dirección Antártica Servicios Fúnebres) y pidieron un féretro de indigentes para transportar los restos al cementerio de Tigre. Prefectura se retiró dejando el asunto en manos de la Policía.

Cuando Miguel y Eduardo volvieron a cruzar el río, la patrona los reprendió, y mirando a Eduardo reclamó:

—Lo que usted hizo fue para meterse en líos.

—Así está el país porque la gente no ayuda —le respondió él.

Volvieron a mirar hacia la costa.

El cuerpo ya no estaba donde lo habían dejado.

La cochería llevó los restos de Elena hasta la morgue del cementerio de Tigre, donde fueron recibidos por un tal Martínez, cerca de las 17. Allí debían esperar la orden para practicar la autopsia. Según el testimonio de Hugo Bianchi, jefe del Destacamento Río Capitán, cada vez que se encontraba un cuerpo en el río, si se trataba de indigentes, la autopsia podía practicarse o no. Sin embargo, en el caso de Elena, Bianchi optó por pedirla "para abrir el paraguas". Pensó que podía tratarse de un suicidio, ya que llevaba su ropa, sus joyas y no había signos de violencia. A su vez, en el Juzgado Penal de San Isidro a cargo del doctor Rolando Sachmalieff se le daba inicio a otro sumario con la carátula: "NN s/Asfixia por Inmersión".

El administrador del cementerio de Tigre detalló que los cadáveres llegaban con una nota para ser depositados en la morgue hasta que se tomaran los recaudos necesarios que, generalmente, se resumían en una autopsia. Fue lo que ocurrió con Elena. Al ser catalogada como un NN femenino, se procedió a la amputación de sus manos para remitirlas al Gabinete de Necrodactiloscopia de La Plata, con la intención de averiguar su identidad. El procedimiento de rigor era que los cuerpos NN que llegaban a la morgue del cementerio de Tigre fueran enterrados en Benavídez porque "esos casos no se sepultan en Tigre".

El 24 de diciembre, el diario *La Prensa* publicó la noticia del secuestro de Elena y el 26, una carta del doctor Adolfo Dago Holmberg ocupó las principales páginas de *La Nación*, *Clarín* y otros diarios nacionales. "En estos momentos difíciles en que la Patria precisa del mejor aporte y esfuerzo solidario de todos sus hijos, nuestra hija Elena ha sido secuestrada por la violencia en las primeras horas de la noche del miércoles 20 del corriente mes. […] Elena es funcionaria de carrera de la Cancillería argentina. Desde 1972 hasta hace tres meses estaba destinada en París, donde cumplía con su deber difundiendo la verdad argentina con inteligencia, abnegación y entusiasmo que le valieron tantos halagos como disgustos, pero ni los unos ni los otros la desviaron de su conducta. Cuando fue secuestrada iba a reunirse con dos periodistas franceses que finalmente mostrarían a Europa, en las páginas de *Paris Match*, la verdad argentina. Hasta hoy sólo sabemos de los esfuerzos del gobierno argentino y de las Fuerzas Armadas para dar con su paradero, lo que mucho valoramos y agradecemos." El doctor continuaba su escrito llamando a los

secuestradores para que la devuelvan sana y salva, y concluía: “Los captores de mi hija están equivocados de camino. La Argentina no se doblega ante la violencia; sólo con la paz, la concordia y el trabajo duro y honesto de sus hijos, como lo hace y lo practica Elena. Basta de estériles crueldades”.

III

Desconociendo, como todos, que su hija estaba muerta, el doctor Holmberg pensaba que las Fuerzas Armadas cooperaban con la investigación. Pero no todos los familiares de Elena creían lo mismo. Para esa fecha, el general Lanusse tenía serias sospechas sobre Massera y su gente y, según les habría comentado a algunos allegados, él mismo había llamado al “Negro” y lo habría increpado:

—Dígame dónde está Elena, almirante, y no me tenga franeleando como con el caso Sajón.

Además del crimen de Elena, Lanusse había sufrido la desaparición de uno de sus ex funcionarios en manos del ala dura del Ejército y como parte de la interna feroz entre las Fuerzas Armadas. Edgardo Sajón era un periodista que había trabajado en dos diarios uruguayos y en *Clarín*. Durante la presidencia de facto de Lanusse fue secretario de Prensa y Difusión. A pesar de las denuncias de su esposa y de las gestiones de Lanusse, nunca más se lo volvió a ver. Algunos consideran que su desaparición podría estar ligada a la relación con el periodista Jacobo Timerman —quien también sería secuestrado por la dictadura— y con David Graiver, sindicado como el banquero de Montoneros.[3] Otros creían que su secuestro se debía a su relación con Lanusse, a quien los militares de la Junta no le tenían ninguna estima. Para los “duros”, todos estaban relacionados.

Sajón fue secuestrado el 1° de abril de 1977, cuando salió de su casa hacia el diario *La Opinión*, que dirigía Timerman, y donde el ex funcionario era gerente técnico.

> Un hombre de dos metros de alto a bordo de un auto, a las 10.30 de la mañana, en camino de San Isidro a Barracas, se había desvanecido en el aire. Nadie había visto nada. *La Opinión* publicó la noticia a todo lo ancho de su tapa: “Ha conmovido a los medios periodísticos y políticos del país la

> desaparición del señor Edgardo Sajón". Nada se sabía sobre los motivos de la desaparición —no se hablaba de secuestro—; sólo que había dejado "su domicilio conduciendo un automóvil Renault 12 break, de color blanco, matrícula 725.183 de la Capital Federal" (...). De inmediato, se extendió la versión de que el secuestro había sido un tiro por elevación al general Lanusse, sujeto del odio unánime de los militares ("duros" y "moderados") porque había permitido el regreso del peronismo. El ex presidente, que lo entendió antes que nadie, se apresuró a pedir a Videla por la vida de su ex secretario de Prensa e íntimo amigo. Videla le confió que sospechaba de Suárez Mason, Camps y Saint Jean, pero se declaró impotente; nada podía hacer. Lanusse dejó la reunión furioso y dolorido. Se paseaba como un león enjaulado por su casa de fin de semana, en el exclusivo country club Lagartos. "Estuve con Videla —dijo a Yofre, su vecino—. Este hombre no conduce, no manda. Así, esto se va a ir al diablo. Hay que acabar con las situaciones por izquierda". Ni Lanusse, ni Timerman, ni los periodistas de *La Opinión* lo sabían, pero Sajón ya estaba muerto: había sufrido un ataque cardíaco durante una sesión de tortura en alguna cárcel clandestina de la provincia de Buenos Aires. Sus torturadores no imaginaron que un hombre tan grande y de aspecto saludable, con sólo 42 años, tenía un corazón débil. Querían vincularlo con la fortuna sucia de Graiver y así dañar a Lanusse. Había elementos para unir a ambos: dos de los hijos del ex presidente habían trabajado con Graiver, que había sido funcionario del gobierno de Lanusse, y es probable que sus bancos manejarán ahorros del general; Sajón mismo tenía unos miles de dólares en el Banque pour L'Amérique du Sud (con sede en Bruselas y atribuido a Graiver). Además, los "duros" se habían enterado de que Sajón ayudaba a Lanusse a escribir un libro de reflexiones políticas que, creían, éste planeaba utilizar como base de lanzamiento para disputar la presidencia en el futuro.[4]

Lanusse estaba convencido de que el secuestro de Elena era obra de aquellos que ejecutaban lo que él consideraba "procedimientos por izquierda". Había tratado de explicárselos a sus primos Holmberg, pero no encontraba las palabras exactas en medio de la desesperación y el desconcierto de la familia. Las

sospechas de Lanusse se fundaban en su propia experiencia y en el secuestro y la desaparición de varios amigos y colaboradores, además de Sajón.

El ex presidente de facto fue detenido a principios de mayo de 1977 en el marco de una causa penal por presuntas irregularidades en la concesión de un contrato a la empresa Aluar para la construcción de una planta de aluminio en la Patagonia durante su mandato. Por ese expediente, quedó procesado por orden de un juez.

Lanusse entendía que su detención se debía a una venganza que le tenía jurada el ala dura del Ejército, encabezada por quienes lideraban la represión en la provincia de Buenos Aires. Se trataba de los duros, como Cachito Suárez Mason y el coronel Ramón Camps, jefe de la policía bonaerense. Lanusse suponía que le querían "cobrar" el hecho de que hubiera permitido el regreso de Perón. Además, David Graiver había sido funcionario de Lanusse y dos de los hijos del ex presidente de facto habían trabajado con el banquero ligado al financiamiento de Montoneros.[5]

Por esos días, el diario *El País* de España publicó que el hecho de "que el general Lanusse, hace pocas semanas, tomara una posición crítica frente a la Junta, al denunciar las acciones de grupos armados 'tolerados' que secuestran y asesinan impunemente a opositores al régimen, podría ser una de las causas de su detención".[6]

Mientras estuvo preso, Lanusse terminó su libro *Mi testimonio*, que se publicó en julio de 1977. En agosto, fue sancionado por el comandante en jefe del Ejército, Videla, y cumplió su primer arresto en el Cuartel de Comunicaciones de Campo de Mayo. Volvió a ser sancionado y sometido a los tribunales de honor de la fuerza en diciembre de ese mismo año.

Fue durante el primer arresto que Lanusse tuvo contacto con esos "procedimientos por izquierda": vio y oyó a oficiales salir con la cara tapada o encapuchados y en autos sin patente. Como general de la fuerza sabía que esos operativos se hacían al margen de la ley, "en la clandestinidad".

En una entrevista con Videla después de aquel arresto, Lanusse le hizo saber su opinión. El entonces presidente le contestó que las órdenes estaban escritas y no incluían esos procedimientos. Lanusse lo toreó: "Usted a mí no me puede decir que ignora lo que sucede". Pero no tuvo respuesta.

Unos meses después de aquella conversación, volvieron a

encontrarse. Esta vez, Lanusse quería saber qué había pasado con su ex colaborador Edgardo Sajón. Decidido, encaró a Videla y esta vez sí esperaba una respuesta concreta. Lanusse le comentó su intención de acompañar a la esposa de Sajón al Primer Cuerpo de Ejército, porque él tenía conocimiento de que todos los operativos, tanto militares como policiales, estaban subordinados a ese mando. “Rápidamente, cosa no característica en él”, recordaría Lanusse años después, Videla le respondió que no fuera, que dejara el tema en sus manos. Lanusse masticó incertidumbre y aceptó. Volvió a verlo dos días después en Campo de Mayo. Videla le explicó que pensaba que la desaparición de Sajón se enmarcaba en un procedimiento clandestino que se estaba realizando en el ámbito de la provincia de Buenos Aires por un plazo de treinta días y que estaba vinculado con las investigaciones que se hacían sobre el Grupo Graiver.

Videla le dio, también, los nombres de los responsables de estos operativos: el general Suárez Mason, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Ibérico Saint Jean, y el coronel Ramón Camps, jefe de la policía bonaerense. Lanusse se fue con la certeza de que la vida de Sajón corría riesgo en manos de esa gente y más aún con un procedimiento clandestino de por medio. Al otro día se entrevistó con Massera, quien le aseguró que ese procedimiento se había realizado con conocimiento y autorización de la Junta y que él no estaba convencido de que diera resultados positivos. Empezaba a delinearse la interna entre las fuerzas. Massera, que sabía que Lanusse era crítico de Videla, aprovechó la ocasión para sembrar más discordia.

A Lanusse ya no le quedaban dudas: la Junta estaba autorizando esos procedimientos y peligraba la vida de cualquiera que se les opusiera. En una conversación con Jacobo Timerman en esos días posteriores al secuestro de Sajón, Lanusse fue claro: “¿Qué se puede hacer con una fuerza cuyos oficiales se pasean en autos robados y sus esposas sirven el té en vajilla confiscada en los allanamientos?”.

Lanusse lo sabía. Pero no todos le habían creído.

IV

Los Holmberg todavía no sabían que los restos de su hermana habían sido encontrados y seguían tocando todas las puertas para

hallar viva a Elena. Creían que Videla era el único que tenía el poder de mover las piezas para saber dónde estaba. Por eso intentaron hacerle llegar toda la presión posible, pero Videla —haciendo como que hacía— respondió con su habitual estilo de exceso de formalidad y cursó un radiograma a todas las unidades del Ejército determinando que el secuestro "de la señorita Elena Holmberg debe ser tratado y considerado exactamente como si se tratara del secuestro de un oficial superior del Ejército en actividad".

El 26 de diciembre, el doctor Leonel Snipe realizó el reconocimiento médico del cadáver de Elena y procedió a la amputación de sus manos para enviarlas al Gabinete de Necrodactiloscopia de La Plata. Tal y como lo habían notado en la primera inspección que se realizó sobre el cuerpo, no había signos de violencia. Las conclusiones del médico forense fueron claras: "La muerte de la NN se produjo como consecuencia de un paro cardiorrespiratorio, producido éste por una asfixia por sumersión". En el mismo acto, Snipe detalló en su informe que no encontró otros datos de interés. Luego, amputó las manos, las puso en un frasco lacrado y se las entregó a un agente que se encargaría del traslado. Si los cálculos de Snipe eran correctos, a Elena la habían matado la misma noche que la secuestraron o el día siguiente. No había estado mucho tiempo en ningún otro lugar.

Ese mismo 26 de diciembre, a las 8.45 de la mañana, una mujer llamó al "aparato del Estado 44-3333" para denunciar que el Chevy donde se habían llevado a Elena tenía la patente C672.559. No hubo tiempo para preguntas: la mujer cortó la comunicación inmediatamente después de pasar el dato. En menos de una hora, la División Sustracción de Automotores ya estaba trabajando en el tema para dar con el dueño del vehículo. Ahora tenían una punta de ese ovillo y eso, de alguna manera, esperanzaba a los Holmberg, a pesar de que las dudas sobre alguna responsabilidad de la Armada en el secuestro se hacían cada vez más intensas. De la investigación sobre la denuncia de esa mujer surgió que la chapa correspondía a un Ford Falcon, modelo 1975, cuyo dueño era un técnico textil que vivía en San Fernando, y a quien nunca le habían robado el auto ni la patente. Tampoco la había perdido, y el hombre no podía aportar ningún dato sobre el secuestro de Elena.

Hacia fines de 1978, los grupos de tareas ya no usaban sólo los Falcon verdes sino que solían operar en otros automóviles como los Chevy y camionetas (en la ESMA tenían una a la que apodaban

“Swat”) con patentes cambiadas.

Un día después, los empleados del cementerio de Benavídez enterraron el cuerpo de Elena como NN en el tablón 7, sepultura 18 del sector D, según consta en el Libro de Indigentes de ese cementerio. El certificado de defunción se labró el 4 de enero de 1979 en el folio 19 número 978 del libro de defunciones del año que acababa de terminar y se registró como NN femenino fallecido el 22 de diciembre de ese año.

Mientras tanto, a pocos kilómetros de allí, en la ciudad de Buenos Aires, la policía intervenía el teléfono del departamento de Elena y le entregaban el Fiat Rural de la funcionaria a la familia. De las pericias realizadas sobre el auto no surgía ningún dato relevante, salvo las abolladuras por el choque con el Chevy. No faltaba nada: cuando lo recibieron todavía estaban los anteojos de sol rojos, la guía Peuser y el perfume Hermès.

Hasta ese momento ni la Policía ni la Prefectura ni los empleados del cementerio supusieron que esa mujer NN que había aparecido flotando con un reloj que llevaba las iniciales E.H. era Elena Holmberg, la funcionaria cuyo secuestro había salido en todos los medios y por el que había alerta en todas las fuerzas nacionales. Ya habían pasado nueve días y la familia no tenía ninguna noticia.

V

Con el cambio de año, la investigación sobre el secuestro de Elena acumulaba treinta y un folios y había pasado a cargo del juez federal Eduardo Marquardt, del Juzgado Nº 1. Coincidencia u otra burla que el destino le deparaba a la familia Holmberg, Marquardt había sido quien en mayo de 1977 había dictado la prisión preventiva de Lanusse y de otros tres integrantes de su gobierno (el comodoro Carlos Rey, el general José Cáceres Monié y el almirante Pedro Gnavi) por la causa que investigaba el contrato de la empresa Aluar como proveedora de aluminio al Estado. Marquardt, de 29 años, no sólo era el juez federal más joven sino que ostentaba el hecho de haber subido a Lanusse a un Falcon para llevarlo a Tribunales, una medida que causó estupor en los círculos de poder. La Cámara Federal de inmediato revocó

la actuación de Marquardt y todos volvieron a sus casas. Era evidente que para meterse así con un general ex presidente de la Nación había que tener respaldo y, por ese entonces, las espaldas de Marquardt la cubrirían los duros del Ejército como Saint Jean y Suárez Mason, de quienes el ex presidente ya tenía las peores referencias. Todo indicaba que le querían cobrar a Lanusse sus "iniciativas democratistas", entre otras cosas, como el hecho de haber asumido el poder en 1972, durante la anterior dictadura militar, para planear el retorno a la democracia, con la condición de prohibir a Perón su retorno al país y al poder.

En los Tribunales se hablaba sobre la militancia nazi del juez, en sus años de estudiante de Derecho. Se rumoreaba que visitaba los pabellones de los presos políticos y luego se supo que había firmado "la libertad de varios de ellos para que los grupos de tareas pudieran secuestrarlos y hacerlos desaparecer".[7]

La identificación de Elena se conoció el 5 de enero, pero recién el 9 llegó el informe del Gabinete de Necrodactiloscopia al destacamento Río Capitán. Allí se dejaba constancia de que la muestra enviada el 27 de diciembre había arrojado "igualdad dactiloscópica con la registrada a nombre de Elena Angélica Dolores Holmberg". En el caso de las manos de Elena, la coincidencia fue de 23 puntos sobre un total de 24. Un accidente automovilístico ocurrido en 1967 había dejado un prontuario sobre Elena que facilitó la tarea de identificación de los peritos.

Dos días después, y anoticiado de los acontecimientos por su colega de San Isidro, el doctor Sachmalieff, Marquardt recaratuló el sumario a "Holmberg, Elena Angélica s/privación ilegítima de la libertad y homicidio", y solicitó la remisión del cadáver a la morgue judicial de Capital Federal. Alguien informó *off the record* a Lanusse y éste pasó —con cautela— el mensaje a los Holmberg. Más tarde, ese mismo día, un llamado del juzgado confirmó lo dicho por el ex general.

Eran las 8.30 de la noche del 11 de enero cuando Enrique y Ezequiel Holmberg se encontraron en el cementerio de Benavídez con Marquardt y Sachmalieff, el juez de San Isidro. También estaba el comisario mayor Horacio Cella, entonces subdirector general de Seguridad de la Policía de la Provincia, y el comisario inspector Atilio Viola, jefe del Cuerpo de Islas; Bianchi, el principal del Río Capitán; Raúl Masud, administrador del cementerio, y dos empleados. Desde un costado, Lanusse, que había acompañado a sus primos, masticaba nervioso el hecho de ver ahí a Marquardt. Como no había luz natural ni artificial, para

abrir la fosa —que tenía cincuenta centímetros de profundidad— debieron ayudarse con los faros de los patrulleros y de una ambulancia que habían previsto para el traslado del cuerpo. Tanto Enrique como Ezequiel, el médico, dudaron de que ese fuera el cuerpo de Elena. Ezequiel observó que la estructura ósea del cadáver correspondía más a un hombre que a una mujer e insistió en que se practicaran las pericias correspondientes ateniéndose a las avanzadas normas del momento. “No puede ser Elena, estas caderas son de un hombre”, le susurró Ezequiel a Enrique. No salían de esa confusa situación de dolor y estupor cuando un oficial de la regional de Tigre les mostró el anillo, la cadena y el reloj de Elena. Enrique miró el reloj. Recordaría para siempre que se había parado a las 10.40. Indignado, preguntó:

—¿Cuánto hace que tienen estos objetos?

El oficial de policía vio la indignación en los Holmberg y apenas atinó a contestar empleando la vacía jerga policial que no había “divulgación sobre los usuarios y/o tenedores de los objetos”. Ofuscado, Ezequiel pidió que se dejara constancia de la perplejidad que le producía el hecho.

Ante la duda de los Holmberg sobre la identidad del cadáver extraño de la fosa, el juez Sachmalieff estableció una consigna policial en el cementerio para “impedir cualquier tipo de exhumación y retiro de cadáveres de la necrópolis”.

Cerca de la medianoche, la autopsia que se realizó sobre los restos que habían exhumado le dio la razón a Ezequiel, quien estaba presente. Ese cuerpo era de un hombre, no era Elena. Si el informe del Gabinete de Necrodactiloscopia había dicho que las manos eran de Elena, entonces, ¿dónde estaba el cuerpo de su hermana?

Algo sabían: estaba muerta, pero querían su cuerpo para enterrarla junto a sus familiares. Volvieron a Benavídez la noche del 11 enero y se dispuso abrir la fosa contigua, que era la 19. Fue donde encontraron un cadáver en avanzado estado de descomposición, las ropas de Elena y su zapato. Vueltos a proceder con otra autopsia, certificaron que esos restos pertenecían efectivamente a su hermana. Ezequiel suponía que habían “sido tratados”, que en tan poco tiempo no podía haber terminado en ese estado. Sólo quedaban siete kilos de huesos. Algo había pasado con Elena entre los días que estuvo en la cámara de la morgue y que fue sepultada. Estaban convencidos de eso, pero nunca pudieron probarlo. El juez Marquardt pidió la detención de diecisiete personas por ese “error”. Entre ellas, los oficiales de la

Policía de Islas y los empleados del cementerio.

El administrador del cementerio, Manuel Bertolotto, explicó que el refrigerante de la cámara de la morgue se había descompuesto el sábado 23 de diciembre y que no había vuelto a funcionar hasta el 27. Eso podría explicar el estado de los restos. Los empleados de la cochería detallaron su trabajo. Los policías hicieron su descargo administrativo y nunca se aclaró quién había borroneado y sobreescrito el número de la fosa donde estaba Elena en el libro del cementerio, ni por qué lo habían hecho.

La mañana del 12, y negándose a creer lo que le habían dicho de Suárez Mason, había arreglado para verlo e ir juntos a la Unidad Regional de Tigre. Una vez que llegaron, Cacho empezó a recriminarle al comisario la ineficiencia que habían tenido con el cuerpo de Elena. Suárez Mason, envalentonado, pedía explicaciones. ¡No podía ser que Elena apareciera apenas cuarenta y ocho horas después de su secuestro, que la habían encontrado con joyas con sus iniciales y que no habían podido identificarla! El comisario trataba de explicarle que se había producido una contradicción en el sumario y otros detalles administrativos pero Suárez Mason no aflojaba e increpaba violentamente. Entonces, el oficial le respondió que tenía razón en llamarle la atención, pero que parecía haber olvidado que si había tirado más de ocho mil cuerpos al río era imposible identificar a cada uno.

Nota

3. David Graiver era señalado por la dictadura como “el banquero de los Montoneros” por disponer presuntamente de parte del botín de esa organización obtenido tras el secuestro de los hermanos Born. Sus padres, otros familiares cercanos, empleados y socios fueron secuestrados y torturados por orden del general Camps, jefe de la policía bonaerense, en 1977. Graiver ya había muerto en un misterioso accidente áereo en México. La dictadura también despojó a la familia y se quedó con las empresas del millonario financista. Entre ellas, expropió Papel Prensa, que quedó mayoritariamente en manos de *Clarín* y *La Nación*.

4. Mochkofsky, Graciela, *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*, pp. 395 a 401, Sudamericana, Buenos Aires.

5. Mochkofsky, Graciela, *Pecado original*, Editorial Planeta, Buenos Aires, 2011.

6. *El País* de España, 5 de mayo de 1977. Este y otros artículos sobre la detención de Lanusse pueden consultarse en la versión online del periódico español. En cuanto a las denuncias de Lanusse, se refiere al telegrama público que el ex general envió a varios medios el 7 de abril de 1977, luego de la desaparición de Sajón. Según su testimonio en el juicio a las Juntas Militares, Lanusse dijo: "Mandé un telegrama, y de las versiones referidas a mis intensas actividades de esos días para descubrir dónde estaba Sajón, cómo había desaparecido y en manos de quién había sido; entonces me pareció conveniente dirigirme por telegrama público a personas de mi vinculación que estaban en el interior del país —dos de ellas son oficiales del Ejército y las otras dos parientes míos, un hijo y ya no recuerdo la cuarta—. El hecho que ese texto lo recibió un sobrino mío, el hoy capitán Lanusse, por cuestiones a lo mejor de falta de experiencia de él o por otra razón, llegó a ser transcripto en un periódico. Esto también significó una sanción para el capitán Lanusse. El texto de ese telegrama es que no aceptaba que alguien pudiera poner en duda la integridad moral de Edgardo Sajón, y mucho menos que lo hiciera con el cobarde procedimiento de no dar la cara con abusos de fuerza y con los llamados procedimientos por izquierda".

7. Anguita, Eduardo, y Caparrós, Martín, *La Voluntad*, Norma, Buenos Aires, 1998.

CAPÍTULO IV

Les durs ou les mous

I

—Ya que vamos a trabajar en despachos cercanos, espero que lo hagamos también en equipo.

—Sí, pero vea, yo soy como el capitán de un barco: se reporta directamente con su comandante.

—¿En serio lo dice?

—Sí, en serio.

Esta conversación ocurrió el lunes 29 de marzo de 1976, en los pasillos de la Casa Rosada. Fue entre el flamante secretario general de la Presidencia, general José Rodrigo Villarreal, y el capitán de navío Carlos Pablo Carpintero, designado secretario de Información Pública. Unos minutos antes, Jorge Rafael Videla juraba en el Salón Blanco como presidente de la Nación. Ese mínimo diálogo representaría lo que, además de las violaciones a los derechos humanos, torturas, asesinatos, vuelos de la muerte, robo de bebés y apropiación de bienes, entre tantos otros horrores, sería una constante dentro de la dictadura: la interna Ejército-Armada. Ese enfrentamiento Videla-Massera transitó todos los espacios que ocupó la dictadura: el terrorismo de Estado, la supuesta salida democrática, la economía, los sectores más influyentes de la sociedad civil, la economía y los viajes al exterior. En 1985, durante el Juicio a las Juntas y cuando estaban todavía en la cárcel, se escuchaban rumores sobre los choques Videla-Massera.

Uno de los primeros episodios de aquella interna fue la organización del Mundial de Fútbol de 1978. La Junta Militar de Videla, Massera y Agosti designó al general antiperonista Omar Actis presidente del Ente Autárquico Mundial ’78 (EAM), y como vicepresidente al almirante Carlos Alberto Lacoste, que respondía directamente a Massera. Actis no estaba a favor de organizar un campeonato faraónico, como pretendía Lacoste. Tenía un proyecto para el evento futbolero y pensaba presentarlo cuando fue asesinado mientras salía de su casa en Wilde, el 19 de agosto de

1976. En un principio el crimen fue adjudicado a Montoneros. Sin embargo, cuando la dictadura publicó las listas de las víctimas de la subversión, Actis no figuraba. Luego se supo que el atentado estuvo a cargo de uno de los comandos de la ESMA. Massera empezaba a dejar su rastro de sangre dentro de las propias fuerzas.

Esa interna comprendía desde los métodos utilizados en la represión ilegal hasta cuestiones institucionales, como si un mandatario extranjero podía o debía condecorar a Videla y no a toda la Junta. Tal fue el caso del presidente de facto boliviano Hugo Banzer.

En octubre de 1976, Videla había viajado a Bolivia y había sido condecorado con el Collar de los Andes, en su calidad de presidente de la Argentina.

Massera, a quien le quedaba tiempo entre la ESMA y su proyecto político para ser presidente, mandó llamar al agregado naval boliviano y lo increpó explicándole que Videla no era la máxima autoridad sino que el poder se concentraba en la Junta y que por eso Banzer se había equivocado al condecorar solamente a Videla.

Banzer llegó a Buenos Aires para rubricar unos acuerdos bilaterales. En una comida en Campo de Mayo celebrada en su honor, se acercó a Videla y le preguntó si tenía las facultades para sostener los convenios que habían firmado. El general argentino le dirigió una mirada que expresaba sorpresa y sospecha. Contestó: “Claro que sí”.

El dictador boliviano entonces le contó sobre los dichos de Massera a su agregado naval y arregló un acto en el Hotel Plaza para condecorar también al almirante y a Agosti. Como estaba fuera del protocolo indicado para la visita, casi no hubo medios en la ceremonia. Massera había decidido usar su uniforme de gala para el evento.

Apenas Banzer regresó a Bolivia, Videla encaró furioso hacia el edificio Libertador y convocó a una reunión urgente de generales. Fue la primera vez que la cabeza de la dictadura planteó romper con el esquema de poder tripartito de la Junta. Algunos de los generales presentes, como Luciano Benjamín Menéndez, titular del Tercer Cuerpo del Ejército, se entusiasmaron con la idea de terminar con el predominio que pretendía Massera. Esas ideas se diluyeron pronto y todo quedó como estaba.

Por esos días, Massera ya consideraba reemplazar a Videla y se reunía con secretarios del Ejército y la Fuerza Aérea para tratar temas de protocolo: si los comandantes también debían usar

bastón de mando, si la Junta debía sentarse detrás del presidente en los tedéums y demás detalles que el "Negro" estudiaba sigilosamente en su preparación para la presidencia.

Pero las cuestiones de fondo eran otras, y al Almirante no se le escapaban: el futuro de los intendentes y la designación de los embajadores. La estrategia de Videla consistía en abrir canales con la sociedad civil para difundir un perfil de hombre moderado del dictador en oposición a los que se consideraban los duros, como Massera. Por eso Videla había firmado un decreto que disponía la continuidad de los intendentes que estaban en sus cargos cuando se dio el golpe de Estado. Ese decreto fue "cajoneado" durante veinte días en el Ministerio del Interior y finalmente nunca salió. Los allegados a Videla atribuyeron la maniobra a los marinos que trabajaban en esa área de la Casa Rosada.

Los viajes al exterior eran el punto favorito de Massera que, controlando la Cancillería, se encargaba de boicotear la agenda de Videla o de los generales. Cuando en septiembre de 1978 Videla debía viajar a Roma para la asunción del papa Juan Pablo II, se desató otra batalla interna. Entonces, Lambruschini ya integraba la Junta en reemplazo de Massera.

Para el Ejército, Videla debía viajar. La Marina se oponía. Videla esperaba la decisión de la Junta en la antesala del recinto del tercer piso del edificio Libertador. Después de diez minutos, se acercó al secretario Reynaldo Bignone y le soltó: "Yo no puedo esperar más, me vuelvo a la Casa Rosada". Media hora más tarde, Videla regresó y, ante la duda de la Junta, se plantó: "Yo voy a Roma o me voy".

La Armada cedió y Videla viajó, pero la Cancillería, que se ocupaba de todos los itinerarios de Massera en las distintas visitas que realizaba tanto a Latinoamérica como a Europa, se cruzó de brazos y boicoteó la agenda del presidente de facto al Vaticano.

Había todavía algo que desvelaba aun más a los marinos leales a Massera y era la designación de embajadores políticos, que era un tema privativo del presidente, y fue el mismo Videla quien luego se arrepintió de haberlo llevado a las reuniones de la Junta, en especial considerando que la Cancillería estaba bajo la órbita de la Armada. Por ese entonces, el Ejército controlaba sólo dos embajadas argentinas: las de los Estados Unidos y la de Venezuela.

En Venezuela estaba Héctor Hidalgo Solá, dirigente de la UCR, que tampoco contaba con el apoyo de los marinos, en especial

después de que se enteraran de que habría recibido en su despacho a un dirigente sindical que le habría manifestado su temor de ser asesinado por un "comando argentino" en Venezuela. Era mediados de 1976. Hidalgo Solá envió un cable a Buenos Aires detallando lo conversado en la reunión. Massera enfureció y el entonces ministro de Relaciones Exteriores, César Guzzetti,[8] pidió la renuncia del embajador y lo mandó llamar urgente a Buenos Aires. Hidalgo Solá no sólo no presentó la renuncia sino que le dijo a Guzzetti que antes de hacer nada, hablaría con Videla. El embajador se reunió con el presidente durante más de una hora. Luego de ese encuentro, Videla llamó a Guzzetti y confirmó a Hidalgo Solá en su cargo y lo hizo regresar de inmediato a Venezuela. Dos días después, llegaba Massera a Caracas para mantener supuestos contactos con argentinos en el exilio. Mientras, Hidalgo Solá gestionaba una visita de Videla a Venezuela. Era julio de 1976 y el embajador ya se enfrentaba a los marinos leales a Massera.

El 18 de julio de 1977, Hidalgo Solá fue secuestrado frente al Museo de Bellas Artes y nunca más apareció ni se supo de él. Ese día debía entrevistarse con Videla para darle cuenta de las actividades de los funcionarios y exiliados argentinos en Venezuela.

II

Elena había sido asesinada. Era lo único que los Holmberg tenían por cierto. El resto era un collage confuso y aterrador de versiones que ellos sabían iban a tener que ordenar por sus propios medios. Estaba claro que no tendrían ayuda. "Esto es otro caso Hidalgo Solá", les habían repetido muchos.

Hasta donde la familia de Elena pudo investigar, la desaparición de Hidalgo Solá estaría relacionada con información clave que el embajador tenía en su poder, referida a una reunión en una de las islas del Caribe venezolano: "[...] En el juzgado del doctor Dibur, donde se sustanciaba la causa por la muerte del embajador Hidalgo Solá, se recibió un informe que indicaba que éste era el portador, el día de su desaparición, de un memorándum para entrega en Cancillería (¿o al presidente?), producido por el secretario de Seguridad de Venezuela, señor Remberto Uzcátegui, conocido abogado criminalista entrenado en la CIA, en la que

detallaba una reunión celebrada en Venezuela a la que habrían asistido, entre otros, Licio Gelli (Gran Maestre de la logia Propaganda 2), el entonces Almirante Massera, a la sazón principal miembro argentino de la logia, […], los dirigentes terroristas (Mario) Firmenich, (Fernando) Vaca Narvaja y otros 'en un número no menor a 300' […]", detallaron los Holmberg en su libro *Elena Holmberg. Historia de una Infamia.*[9]

En ambos casos, las suposiciones más fuertes señalaban siempre a los mismos: Massera y su gente.

¿Qué era lo que sabía Elena que pudo haberle causado la muerte? ¿Por qué no les había dado detalles a sus hermanos de lo que sabía? ¿Cómo pudo ocultarles información que le costaría la vida? Algo no terminaba de cerrar para los Holmberg, y la única explicación que le encontraron fue que no tuvo tiempo para contarles. "No llegó, la mataron antes", se lamentarían.

Los periodistas franceses Laure Boulay y Bruno Bachelet supieron que Elena había sido asesinada cuando ya estaban de regreso en París. Unos días después del secuestro, habían hecho la nota con Videla —una entrevista que la misma Elena les había gestionado—. En esa oportunidad, recordaría treinta años más tarde Bachelet, mientras fotografiaban a Videla con su mujer y sus nietos, tanto él como Boulay se animaron a preguntarle al general por qué Elena no estaba ahí y si sabía algo de ella. Videla, casi sin inmutarse, los miró y les respondió: "No sé". Eso dejó "petrificados" a los franceses, según el fotógrafo. Con el correr de los días, Bachelet fue esbozando una teoría que ya rondaba en la cabeza de algunos en Buenos Aires: Elena había sido víctima de la interna entre el Ejército y la Marina.

La interna castrense erosionaba la imagen monolítica que los militares pretendían dar, y eso venía ocurriendo desde el comienzo de la dictadura porque Videla era visto como el hombre débil de la Junta Militar. Sus allegados prometían y aseguraban que eso cambiaría. Sin embargo, esos cambios nunca llegaron a ser lo que se esperaba, tanto dentro como fuera de las fuerzas.

Los enfrentamientos en el marco de la misma interna militar impedían formar un bloque homogéneo para desplazar a Videla. La situación estaba fuera de control y todos movían sus piezas —y sus grupos de tareas— en función de los intereses que les parecieran más convenientes. Esos movimientos implicaban tanto acciones calculadas como actos espasmódicos cuyas consecuencias no alcanzaban a medir. Los mensajes entre los jefes militares cobraban múltiples formas, desde fuertes discusiones en las

reuniones hasta alianzas secretas entre fuerzas supuestamente enfrentadas; desde encuentros clandestinos con políticos hasta bombas y asesinatos. Todo se encuadraba en la sucesión de Videla, a quien la mayoría ya percibía como débil y sin capacidad de control. Si bien es poco probable que Videla no supiera de esa supuesta reunión entre Massera y Montoneros por la tregua durante el Mundial ’78, sí es creíble que no pudiera visualizar en ese momento la estrategia del almirante para formar su propia fuerza política que lo llevara a la presidencia.

En ese cuadro de situación, Massera y Suárez Mason claramente no apoyaban a Videla, no respaldaban a Martínez de Hoz ni propiciaban el diálogo con sindicatos, aunque Massera sí considerara ese último punto para su proyecto personal.

Si bien es cierto que los asesinatos del general Omar Actis, del embajador Héctor Hidalgo Solá y de Elena Holmberg, entre otros, se enmarcan en la disputa interna entre Videla y Massera, no es menos cierto que todas las fuerzas coincidieron en los métodos de exterminio que se implementaron durante la dictadura.

En esa división de blandos o palomas y duros o halcones también se jugó el destino de muchas víctimas del terrorismo de Estado. En la disputa de poder que mantenían la Marina y el Ejército, Videla aparecía —o se esforzaba por aparecer— con una postura conciliadora, apoyando o defendiendo todo lo que Massera —en un principio en privado y luego públicamente— atacaba. Entre las objeciones que tanto las fuerzas como algunos sectores de la sociedad civil le hacían a Videla, la política económica impulsada por el ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz era la principal.

III

La otra embajada controlada por el Ejército era la de los Estados Unidos. Estaba en manos de Arnaldo Musich, que había sido recomendado por José Alfredo Martínez de Hoz. Por lo tanto, no era un hombre bien visto por la Armada y menos aún por el canciller Guzzetti. Aparentemente, durante su corta gestión en Washington —no llegó a los tres meses— Musich habría sido convocado en dos oportunidades por el Departamento de Estado para llamarle la atención por la detención e incomunicación del sacerdote James Weeks en Córdoba. Ese tema produjo un violento

enfrentamiento entre el embajador y el canciller quien, otra vez, pidió la renuncia del embajador. Musich también esgrimió que antes se reuniría con Videla, pero esta vez Guzzetti estaría preparado: “Se va el embajador o me voy yo”, le habría dicho al presidente de facto cuando lo llamó por teléfono. Videla tuvo que ceder y perdió a otro hombre en un puesto clave como era la embajada en los Estados Unidos.

Esto era vox pópuli en las fuerzas, y muchos generales estaban preocupados. Massera se esmeraba por reemplazar a Videla y comenzó su campaña pública filtrando a la prensa su desagrado con la política económica. Martínez de Hoz y su equipo comenzaron entonces periplos a distintas bases de la Armada para explicar a la jerarquía naval el plan económico.

En septiembre de 1976, en una conversación privada[10] con funcionarios de la embajada de los Estados Unidos que habían sido nombrados por el presidente Jimmy Carter y cuestionaban las violaciones a los derechos humanos sobre la base de denuncias que se recibían en esa entidad, Martínez de Hoz ensayó un discurso negador de la realidad ejecutada desde el gobierno dictatorial para conseguir la aprobación de un crédito del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y dejó a la vista de los diplomáticos estadounidenses los pormenores de la feroz interna entre la Marina y el Ejército por el poder. El ministro de Economía les dijo entonces que el gobierno de Videla no había sido lo suficientemente fuerte como para tomar acciones en el asunto —en referencia a las violaciones a los derechos humanos—, ya que la presión de los rangos inferiores con respecto a la lucha antiterrorista era mucha. Videla debía moverse con sumo cuidado. Sin embargo, Martínez de Hoz consideraba que el presidente se estaba fortaleciendo y que progresaría en el asunto de los derechos humanos.

Desde la embajada le contestaron que esperaban que los militares resolvieran la crisis porque la imagen de la Argentina a nivel internacional estaba seriamente dañada por incidentes como la masacre de Fátima, que ocurrió el 20 de agosto de 1976, cuando treinta personas detenidas ilegalmente en la Superintendencia de Seguridad de la Policía Federal fueron trasladadas al kilómetro 62 de la ruta 8, en Fátima, Pilar. Allí, les dispararon en la cabeza y luego detonaron un aparato explosivo que dejó los cadáveres esparcidos en un radio de treinta metros a la redonda. En ese momento, se pudo identificar a Inés Nocetti, Ramón Lorenzo Vélez, Ángel Osvaldo Leiva, Alberto Evaristo Comas y Conrado

Alzogaray. El Equipo Argentino de Antropología Forense identificó a Susana Elena Pedrini de Bronzel, José Daniel Bronzel, Selma Julia Ocampo, Haydeé Rosa Cirullo de Carnaghi, Carmen Carnaghi, Norma Susana Fontini, Jorge Daniel Argente, Horacio Oscar García Gastelú, Juan Carlos Vera, Carlos Raúl Pargas, María Rosa Lincoln, Enrique Jorge Aggio, Roberto Héctor Olivestre, Cecilia Podolsky de Bronzel y Ricardo José Herrera Carrizo. Todavía no se determinó la identidad de otras diez personas.

En aquella reunión en la embajada, los norteamericanos le hicieron saber a Martínez de Hoz que tanto las autoridades de los Estados Unidos como los corresponsales norteamericanos sentían que habían sido "pacientes y comprensivos" con el gobierno argentino, pero que si los militares esperaban que esa actitud continuara debían demostrar alguna evidencia contundente de sus buenas intenciones. Le recordaron al ministro que en conversaciones anteriores se había hablado de llevar a la Justicia a aquellos que violaban los derechos humanos, pero que poco y nada se había hecho al respecto.

Martínez de Hoz —que había ido al encuentro para pedirles que votaran por la aprobación de un crédito del BID para la Argentina— insistía en que eso "cambiaría pronto", aunque admitía que no sería fácil controlar la situación, ya que, por caso, los responsables de la masacre de Fátima estaban "orgullosos" de sus hechos y pensaban que dejar los cuerpos a la vista de todos había sido una "buena táctica".

En pos de conseguir su cometido, el ministro aseguró que Videla estaba "furioso" con el hecho, que había prometido ponerle fin a "esas cosas" y que si bien no se habían implementado sanciones legales contra los responsables, se haría a la brevedad, a la vez que insistía en que sin el crédito del BID todo su programa económico fallaría.

También sugirió que se reunieran con Videla, previo pedido de audiencia vía el canciller Guzzetti, para evitar que Massera se enojara. Es que el "Negro" había reservado para su fuerza la Cancillería y no se le escapaba —ni se le debía escapar— ningún pedido de audiencia que realizaran los funcionarios internacionales para reunirse con el gobierno. Desde la embajada de los Estados Unidos sabían que a pesar de los dichos de Martínez de Hoz, el Consejo de Almirantes —coordinado por Massera— tenía fuertes objeciones al plan de Economía, y a la intención de Videla de crear un Ministerio de Planeamiento a cargo de Díaz Bessone. A seis meses de haber derrocado a Isabel Perón, la

dictadura ya atravesaba una interna que no se detendría.

Recién treinta y dos años después de aquella reunión, el 11 de julio de 2008, el Tribunal Federal Oral Nº 5 de la Capital Federal condenó a prisión perpetua a Juan Carlos Lapuyole, comisario inspector retirado de la Policía Federal y ex director de Inteligencia de la Superintendencia de Seguridad Federal, y a Carlos Gallone, comisario inspector retirado de la Policía Federal y ex jefe de la Brigada de Superintendencia, por los delitos de privación ilegítima de la libertad y homicidio cometidos contra veinte hombres y diez mujeres en lo que se conoció como la masacre de Fátima.

Lo cierto fue que las masacres siguieron sucediendo y las falsas promesas de Martínez de Hoz se desvanecían mientras obtenía los créditos y las aprobaciones para continuar con su plan económico. El mismo que terminó con la destrucción de la industria nacional y un endeudamiento histórico para la Argentina.

Ya en 1978, con las víctimas de la llamada "guerra contra la subversión" contándose por miles, la interna militar había alcanzado su pico de tensión y no faltaban —ni faltan— quienes entendían que muchos crímenes estaban ligados a esa interna. Entre ellos, el asesinato de las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet. Fue precisamente Léonie quien había cuidado de Alejandro, el hijo discapacitado de Videla, en los campamentos que se organizaban en la Casa de Catequesis de Morón. La relación de cercanía entre el presidente de facto y las monjas haría suponer a muchos que podría haber salvado a las religiosas francesas. Sin embargo, aparentemente, nada se pudo hacer. La fuerza que participó del secuestro y asesinato de las monjas[11] fue la Marina, y quien las señaló y entregó fue Alfredo Astiz, uno de los niños mimados de la Armada y la ESMA. Matar a dos religiosas ya había sido considerado un "exceso" por muchos en las fuerzas. Lo mismo pensarían acerca de los casos Hidalgo Solá y Elena Holmberg.

IV

El '78 fue un año crucial para los militares, quienes, además del Mundial de Fútbol y el conflicto del canal de Beagle, tenían en su agenda la visita de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y

los preparativos para la misión de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

A pesar de la estrategia diseñada por la Junta y el apoyo que tuvieron tanto dentro como fuera del país para contrarrestar la "campaña antiargentina", las denuncias avanzaban, y organizaciones como Amnistía Internacional y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA) llegarían al país entre 1978 y 1979. La Junta planeaba que el Mundial ayudara a contrarrestar las iniciativas de los exiliados y familiares de los desaparecidos, pero también entendía que podía ser un momento de quiebre para la dictadura porque no era fácil prever qué acciones se tomarían para hacer públicas esas denuncias durante los partidos del torneo mundial.

En Alemania se había debatido abiertamente la participación de su seleccionado en el campeonato de fútbol y el holandés Johan Cruyff, uno de los cuatro mejores jugadores de fútbol del siglo XX, había decidido no jugar el Mundial como método de protesta por los delitos contra la humanidad cometidos en el país. Otro jugador, esta vez Hellstrom —el arquero sueco—, visitó a las Madres de Plaza de Mayo el 1° de junio de 1978.

A pesar de todo, la Junta continuaba e insistía con su estrategia. Así fue como apareció publicada una supuesta carta que el capitán Ruud Krol, de la selección holandesa, le habría enviado a su hija. Allí, entre otras cosas, se destacaba: "Ésta no es la Copa del Mundo, sino la Copa de la Paz". Krol asegura que jamás escribió eso.

El Centro Piloto de París podía monitorear el efecto de las denuncias pero no podía editar los contenidos de todos los diarios de Europa ni podría, tampoco, disimular los coletazos de la interna militar que desde 1976 acumulaba serios enfrentamientos, disputas de poder y, por sobre todo, muertos.

Ése era el marco en que las armas debatían la necesidad de redefinir el esquema de poder y para eso propusieron la teoría del cuarto hombre. Massera alentaba la iniciativa de un nuevo miembro en la Junta con la intención de que ocupara el lugar de Videla en la presidencia o en la jefatura del Ejército.

En abril de 1978, los tres comandantes convocaron a lo que se llamó la Junta Grande, donde se reunieron unos veinte vicealmirantes, brigadieres y generales de división para buscar una salida consensuada. Las discusiones duraron tres días. Fueron tensas y ese clima interno cobró, por primera vez, estado

público.[12] Frente a la propuesta de la Armada, que pedía una terna de candidatos a la presidencia que fuera evaluada también por la Fuerza Aérea, el Ejército se abroqueló en una sola respuesta: Videla debía seguir siendo el presidente.

Las agresiones y los insultos se sucedían y el jefe del Tercer Cuerpo del Ejército, general Luciano Benjamín Menéndez, quien sentía especial rechazo tanto por la Armada como por Massera, amenazaba con mandar los tanques a las bases navales, "pintar los barcos de verde" y que el Ejército asumiera el poder, desplazando a la Junta Militar.[13]

Ante la posición tan cerrada del Ejército para mantener a Videla en la presidencia, Massera debió aceptar. El general Roberto Viola quedaría así en la comandancia del Ejército, y Videla cesaría en la presidencia en 1981. También Massera y Orlando Agosti dejarían el servicio a mediados de 1978, aunque el pase a retiro de Agosti se concretó recién a principios de 1979, debido al conflicto del Beagle.

Sin embargo, Massera era el más político de las Fuerzas Armadas y tenía la firme intención de ser presidente. Hasta 1972, había sido sólo un ambicioso oficial de inteligencia que supo aprovechar las circunstancias del país para posicionar a la Armada como la fuerza más ligada a la política. Había logrado saltar a la comandancia gracias a su habilidad para parecer más un soldado que un marino y a sus oscuras relaciones con Licio Gelli, el capo de la logia masónica italiana Propaganda Due. Según las investigaciones del Parlamento italiano, Gelli se vinculaba con los servicios secretos de treinta y dos países y estuvo ligado al intento de golpe de Estado en Italia en 1971. También se lo asoció a la agrupación anticomunista internacional Gladio, responsable de atentados en varios países. Alcanzó su pico de fama cuando se lo asoció con la muerte del papa Juan Pablo I y el escándalo del Banco Ambrosiano que terminó con la carrera del cardenal Marcinkus. Uno de sus socios, el banquero Roberto Calvi, apareció colgando del puente Blackfriars, en Londres.

La relación de Gelli con la Argentina fue intensa. En 1974, recibió la más alta condecoración nacional: la Orden del Libertador General San Martín. María Estela Martínez de Perón lo nombró consejero económico de la embajada argentina en Roma. Ya antes de la dictadura, Gelli eligió a Massera y a Suárez Mason para sumarse a su logia. De esa manera, frente al golpe inminente contra el gobierno de "Isabelita", se garantizaba los contactos necesarios para sus negocios con la dictadura: transacciones con

YPF y venta de armas durante la guerra de Malvinas. Además, los detenidos de la ESMA tuvieron que hacerle un pasaporte falso de "argentino naturalizado" —extendido por el vicecanciller, capitán de navío Gualter Allara— para que circulara por el mundo mientras era buscado por la Justicia europea.

Una lista secuestrada de las oficinas del propio Gelli por los investigadores contenía los nombres de algunos integrantes de la logia, entre los cuales se destacaban: José López Rega y su yerno, Raúl Lastiri; Emilio Eduardo Massera; César de la Vega (el primer jefe que tuvo Elena en París) y Federico Barttfeld, quien en 1977 y gracias a un trámite excepcional dejó su cargo en la embajada en Rumania para reemplazar temporariamente a Héctor Hidalgo Solá en Venezuela, luego de que éste desapareciera en Buenos Aires.

Barttfeld trabajó para la Cancillería durante cuarenta y seis años, hasta que fue echado de su cargo por el ex canciller Rafael Bielsa. A pesar de haber conocido bien de cerca a Gelli durante su estadía en la embajada en Roma, Barttfeld aseguró que nunca perteneció a la P2 y así se lo habría hecho saber a Bielsa. Murió el 21 de julio de 2009. Massera, su esposa y familia firmaron uno de los tantos avisos fúnebres publicados por el diario *La Nación*.

El repentino ascenso de Massera en la Armada, que obligó a pasar a retiro a todos los oficiales superiores más antiguos, incluyendo contraalmirantes y vicealmirantes, habría estado vinculado con su relación con la P2. De hecho, el proyecto de ascenso de Massera fue presentado en el Senado el 7 de agosto de 1974 por Lastiri, el señor de las corbatas, yerno de López Rega y también supuesto miembro de la logia.

Massera tomó aquello como un paso importante para llegar a conducir el país a su antojo, a pesar de pertenecer a un arma que no paría presidentes. Históricamente, la Marina era la fuerza más alejada de los quehaceres políticos nacionales, pero la llegada del "Negro" la centró en contexto y eso colaboró con su ascenso. Perón habría reconocido la intención de Massera y, según distintos autores, fue el mismo general quien le habría dicho: "Masserita: usted se equivocó de tren: en vez de ir a Campo de Mayo se metió en el de Río Santiago", en una clara alusión a que eran los generales y no los almirantes quienes terminaban ocupando el sillón presidencial. Eso no amedrentó a Massera. Por el contrario, él se creía capaz de revertir el histórico rol de su fuerza. Por eso propagó el rol de la Armada en la represión ilegal.

Massera no reconocía obstáculos, los resolvía "por las buenas o por las malas". La sangre sería siempre su recurso válido más

efectivo. El resultado de aquellas discusiones de la Junta Grande tampoco lo desanimó, él tenía su proyecto de poder en marcha y no daría ni un paso atrás. Nada ni nadie iba a impedirle ser el presidente de la Nación cuando se diera la salida democrática que él mismo promovía, y para lo cual entablaba encuentros con representantes de todos los sectores. Mientras, preparaba el lanzamiento de su diario *Convicción*, para el 1° de agosto de 1978, y hacía que sus hombres desembarcaran en los destinos más importantes de Europa. Massera también sabía que su tarea en el exterior debía ser medida y que tendría que esforzarse mucho más de lo esperado porque la imagen de la Argentina estaba "dañada".

Las denuncias sobre la situación de los derechos humanos, que se acumulaban por miles en Europa y ocupaban las principales páginas de los diarios del mundo, desvelaban a los militares.

En junio de 1978, Osvaldo Cacciatore, intendente de la ciudad de Buenos Aires, declaró que el Mundial de Fútbol serviría para "poder presentar al mundo la imagen auténtica de nuestra Patria y no la que suministraban y suministran los mal llamados argentinos que no pueden ser compatriotas al cubrir con oscuros telones la cabal fisonomía argentina".[14]

Así, no dudaron en iniciar operaciones que comprometieran a la sociedad para evitar que esas denuncias sobre violaciones a los derechos humanos que realizaba "el terrorismo internacional con asentamiento en Europa" se "filtraran" en la Argentina.

Los principales diarios nacionales se hicieron eco de esta estrategia, principalmente con extensas declaraciones de funcionarios del proceso militar que aseguraban que en la Argentina los derechos humanos "están preservados" y que los "verdaderos violadores son los terroristas". Otras publicaciones, como la revista femenina *Para Ti*, se sumaban a campañas del tipo "Defienda su Argentina", que se promocionó en todos los medios durante agosto y septiembre de 1978. Se trataba de una serie de postales listas para ser enviadas por correo, que destacaban la "normalidad" del país. Junto a esas postales se incluía un listado de instituciones destinatarias, como Amnesty International, o personalidades como Patricia Derian —funcionaria del gobierno de Carter que investigó las violaciones a los derechos humanos en la Argentina—, Valéry Giscard D'Estaing, Ted Kennedy, los miembros de COBA (el Comité de Boicot al Mundial de Fútbol integrado por exiliados argentinos en Europa), o medios europeos como *L'Express*, *Paris Match*, *L'Expresso*, *Unità*, *Avanti*, *Der Spiegel*, *Le Monde*, *Cambio 16* y *Diario 16*, entre otros. Todos ellos eran

considerados “agentes” de la campaña contra el país.[15]

Por su parte, la revista *Gente* había sacado su “Carta a un argentino que vive afuera” para que sus lectores la enviaran a otros argentinos en el exterior. Algunos de sus párrafos hablaban de la “conspiración contra el país” y llamaban a que todos y “cada uno de los argentinos estemos aquí o afuera comencemos la batalla para que se sepa la verdad sobre la Argentina. […] Ahora comienza la batalla de la mala imagen. Y todo eso indigna, por eso debés comenzar vos mismo a hacer tu campaña contra la propaganda antiargentina”.[16]

Sin embargo, la principal estrategia estaría destinada a Europa occidental y había comenzado el 30 de junio de 1977, con la creación, por decreto 1871, del Centro Piloto de París, que se había gestado en la Cancillería al mando del vicealmirante Montes. En los considerandos, el decreto señalaba que “restituir una imagen real y positiva de nuestro país en el exterior constituye un imperativo que debe afrontarse con urgencia” y que dicha propuesta se ajustaba a las directivas emanadas de la Presidencia de la Nación. Asimismo, destacaba que esas razones de “urgencia” invocaban a una implementación inmediata de dicho centro que permitiría instrumentar acciones coordinadas con dependencias “públicas y privadas para el mejor aprovechamiento de los esfuerzos informativos”.[17]

En teoría, el Centro Piloto de París funcionaría con la misión de “accionar en todos los ámbitos que corresponda con el fin de difundir hechos, circunstancias, informaciones y material dirigidos a mejorar la imagen argentina”. Las funciones estaban claras en el decreto: se debían efectuar estudios sobre las modalidades locales en cuanto a formación de opinión e incidencia en los distintos medios de difusión, a la vez que se pedía identificar a los sectores con actitud receptiva favorable a la situación argentina.

Tomás de Anchorena recibió en julio de 1977 la cantidad de 100 mil dólares para poner el Centro Piloto en funcionamiento. El embajador pidió la colaboración de Elena para montar la estructura. En julio de 1977, también llegó a París el capitán Jorge Perrén, que usaba el nombre falso de Juan Martín Aranda.

La tarea de Perrén era detectar militantes y dirigentes populares en el exterior y operativizar espacios para favorecer el proyecto político de Massera. Todo esto era parte de un plan clandestino, que se realizaría en paralelo a las funciones que debía cumplir en el Centro Piloto.

En el armado de esa logística clandestina habrían participado

el mismo Montes y el vicealmirante Gualter Allara (subsecretario de Relaciones Exteriores) junto con el capitán Roberto Pérez Froio[18] (subsecretario de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores), los capitanes Jorge "Tigre" Acosta[19] y Jorge Perrén, y el teniente Antonio Pernías que integraba la unidad de inteligencia del Grupo de Tareas 3.3.2 de la ESMA.

Perrén también perteneció a la patota de la Escuela de Mecánica. Actuó con los apodos de "Puma", "Octavio" y "Morris". Fue jefe del grupo operativo de la ESMA y represor activo en las sesiones de torturas. Había viajado a Venezuela con documentación falsa para secuestrar al ex titular de la Confederación General Económica peronista, Julio Broner, operación que finalmente no se realizó, y estuvo procesado por la causa Chacras de Coria, donde se investiga la apropiación de bienes de desaparecidos. En el curso de esa causa Perrén admitió haber secuestrado al apoderado legal de la empresa dueña de Chacras de Coria, Conrado Gómez. El padre de Jorge Perrén era el contraalmirante retirado Jorge Enrique Perrén, conocido del padre de Elena Holmberg de las tardes de café en el Círculo Naval de Buenos Aires.

Desde principios de 2000, Perrén, que se definía como liberal, mantenía un periódico digital donde volcaba sus ideas y que hacía circular entre sus amigos. En esa publicación, el 18 de julio de 2007, mientras cumplía prisión domiciliaria por delitos de lesa humanidad, escribió:

> Estimados amigos: Luego de dos semanas de marchas y contramarchas, en el día de mañana los marinos detenidos en prisión preventiva seremos trasladados al Instituto Penal de las FF.AA. sito en Campo de Mayo. Dicho esto queda muy poco para agregar, que cada quien asuma sus responsabilidades por esto. Los que fuimos jóvenes tenientes combatientes en la primera línea de fuego de los '70, hoy, treinta y un años después, seguimos estando en la primera línea de otro fuego distinto pero no menos letal. No desmayaremos, los vientos comienzan a ser de cambios, a mantenerse firmes, no somos nosotros los indignos. Jorge Enrique Perren Capitán de Navío (RE).

Ése fue el último envío. Perrén murió a los 68 años, afectado por una neumonía, el 31 de octubre de 2007 en el Hospital Naval.

Elena había llegado a París en 1972. Era su primer destino en el exterior. Durante el último gobierno de Perón, trabajó bajo las órdenes del embajador César de la Vega, con quien tuvo un enfrentamiento que le valió una sanción del Ministerio de Relaciones Exteriores.[20] Tenía importantes amistades en Francia y, a pesar de su carácter frontal y su humor ácido pero refinado, era una excelente relacionista pública. Todos estos elementos pesaron para que Anchorena la convocara para colaborar con él en la puesta en marcha del Centro Piloto.

En su testimonio ante la Justicia, Perrén se esforzó por intentar demostrar que habría tenido una buena relación con Elena. Contó que fue él mismo quien le había pedido a Anchorena que la pusiera al frente del Centro. No obstante, fue desmentido por el embajador, quien aseguró que la había convocado por sus calificaciones y predisposición para "un trabajo tan importante como era el de contrarrestar la imagen negativa de la Argentina".

El Centro Piloto de París había desatado otra interna en Buenos Aires y Rodolfo Fernández Pondal, periodista del semanario *Última Clave* y colaborador de medios extranjeros, había sido la primera víctima.

Lo habían convocado para efectuar tareas de prensa en la embajada argentina en París, por lo que se puso a estudiar francés. Para entonces, no tenía en claro si trabajaría en la embajada o en el Centro Piloto, pero daba por cierto que se iría a París.

Sin embargo, a las 23.50 del 5 de agosto de 1977, mientras circulaba en un Alfa Romeo con la segunda secretaria de la embajada de Suiza, fue interceptado en la esquina de la calle Carlos Pellegrini, entre Juncal y Arenales, por un Ford Taunus de color amarillo en cuyo interior viajaban dos hombres. Fernández Pondal se bajó del auto y tocó desesperadamente el portero eléctrico de un edificio donde vivía un alto oficial del Ejército. Como no le contestaban, intentó volver al auto y fue entonces cuando los dos hombres lo obligaron a subirse al Taunus a punta de pistola.

Fernández Pondal fue secuestrado por Jorge Enrique Perrén y Alberto González Menotti debido a que, según los testimonios de sobrevivientes de la ESMA, "después de coquetear con Massera quiso pasarse del lado de Videla y Viola". El periodista estuvo varios días en "Capucha" en la Escuela de Mecánica hasta que fue

“trasladado”, es decir, ejecutado o arrojado vivo al mar. También, según los mismos testimonios, hubo otro periodista que frecuentaba el Centro Piloto de París. Su nombre era Héctor A. Carricart, quien habría conocido a Fernández Pondal en las clases de francés y habría oficiado de nexo entre él y el embajador Anchorena.

Carricart no era un periodista reconocido. Había trabajado en la Secretaría de Prensa durante la presidencia de Arturo Frondizi y se exilió en Venezuela durante la dictadura de Juan Carlos Onganía. Como había tenido un acercamiento a la miltancia de izquierda en sus años de juventud, los servicios de inteligencia lo tenían marcado como activista político. Elena lo había conocido y aparentemente respetaba su trabajo. A los marinos de Massera, esa relación no les caía bien y así lo manifestaron en sus declaraciones ante la Justicia.

La tarea de Elena se centraba en hacer monitoreo de lo publicado por los medios franceses, redactar informes al embajador para ser enviados al canciller y a las oficinas de prensa en Buenos Aires, y establecer contactos aceitados con los periodistas para difundir “la verdadera Argentina”. También tenía a su cargo la administración de los recursos del Centro Piloto. Si tuvo otras tareas, como asignaciones de inteligencia, no han sido rastreadas a lo largo de esta investigación.

El silencio que rodeó el trabajo de Elena en París fue tan grande que ni siquiera los oficiales de la embajada de los Estados Unidos pudieron averiguarlo, como consta en los documentos desclasificados que hablan del Centro.

Todo indica que Holmberg realizaba las tareas descriptas y colaboraba en el diseño de estrategias para un mejor posicionamiento del país a nivel internacional.

“Algo tuvo que haber visto o escuchado, algún documento, alguna foto. Algo supo Elena que la llevó a la muerte”, insisten sus sobrinos. Lo que sí saben con seguridad es que se oponía al trabajo clandestino dentro del Centro Piloto para promocionar la carrera política de Massera, y lo cuestionaba hasta el punto de boicotearlo. Esto le habría provocado algunos enfrentamientos con Perrén, quien entre otras cosas aseguraba que su trabajo consistía en llevar adelante acciones de propaganda “que no parecieran como originadas en el gobierno argentino”.[21] En tanto, las que se realizaban dentro del Centro Piloto eran oficiales.

Según Perrén, el embajador y Elena eran los únicos que estaban al tanto de sus tareas. Entre esas “acciones”, se habría encargado

de falsificar “comunicados de organismos de solidaridad [...]; escribir cartas a los diarios firmadas como supuestas mujeres y madres argentinas; publicar solicitadas en diarios europeos firmadas por un tal Federico Volpi, que no era otro que un alias de un oficial de la Policía Federal, Roberto González (Federico). La dirección que ponía en las solicitadas era una casilla de correo de Bella Vista, N°16”.[22]

Massera iba a apostar sus mejores hombres a ese Centro porque no podía dejar pasar un punto tan neurálgico como Francia, que se había convertido en uno de los principales centros de denuncia contra la dictadura, especialmente después de la desaparición de las religiosas francesas. Una vez cumplida su misión en la ESMA, los marinos de mayor confianza del Tigre Acosta y Massera eran premiados con una estadía en París, lejos de los pecados de avenida Libertador al 8200.

Cuando la tarea de Perrén empezó a fallar por su ineficiencia y sus desinteligencias con Elena, lo sucedió por un breve lapso el teniente Antonio Pernías,[23] quien viajó a Francia en marzo de 1978 con la identificación falsa de un periodista argentino llamado Guillermo Morel.[24]

Pernías también integró el Grupo de Tareas 3.3.2, donde era conocido como “Rata” o “Martín”. Su padre, un oficial superior de la Fuerza Aérea, facilitaba su casa quinta ubicada en la localidad de Del Viso, provincia de Buenos Aires, como “casa operativa” del GT.

Mientras Pernías estuvo en el Centro Piloto, recibió a su compañero de armas Alfredo Astiz, quien viajó a Francia con el seudónimo de Alberto Escudero para intentar infiltrarse en los grupos de exiliados argentinos en ese país. Afortunamente para los exiliados, el marino fue reconocido por algunos de ellos como el joven con cara de ángel que se había acercado al grupo de familiares de la Iglesia de la Santa Cruz con el nombre falso de Gustavo Niño. La misión se frustró.

En un principio, Elena y Perrén tuvieron una relación de cordialidad laboral. Según declaró Perrén, si bien Elena era voluntariosa “y muy compenetrada con la importancia de su trabajo”, le parecía casi “fascista” en su vehemente anticomunismo, algo que además, dijo el marino, se comentaba en los círculos que ella frecuentaba. Contó también que Elena le habría pedido asesoramiento en algunos temas personales referidos al embajador Anchorena. Se trataba, siempre según Perrén, de la fotocopia de una supuesta carta de un periodista

argentino ligado al ex presidente Héctor Cámpora que frecuentaba la embajada y que Elena habría leído. Allí se indicaba la necesidad de "crear un equipo paralelo al Centro Piloto en Europa para promover frente a la socialdemocracia europea la imagen del general Viola como futuro presidente y la de Anchorena como probable primer ministro, en una hipotética reestructuración de ministerios".[25] En el expediente no consta que el personal judicial que le tomó testimonio haya indagado sobre si esa carta estaba dirigida al periodista del Centro —que sería Carricart— o si fue escrita por él para ser enviada a Buenos Aires. Perrén tampoco lo aclaró.

En la carta se sugería que Anchorena no estaba al tanto de esto y que había que convencerlo. En el texto, a Viola se lo llamaría con el apodo de "Elefante" y a Anchorena como "Toto", su sobrenombre familiar. Perrén dijo que Elena le habría manifestado que no quería quedar atrapada en una disputa de poder, que dejaba a su criterio lo que se podría hacer con esa información, y que ella no quería saber nada al respecto. Perrén lo comunicó al agregado naval de la embajada, capitán de navío Eduardo Morris Girling, y al secretario de prensa de la Cancillería, Roberto Pérez Froio. Esa información se habría filtrado también a la prensa, aunque Perrén no recordaría el medio.

Otra de las oscuras coincidencias de la familia Holmberg sería que los padres de Perrén y los de Elena se conocían desde hacía muchos años. Pero eso no lo sabría la señorita Holmberg porque nunca se enteró del verdadero nombre del marino. Para ella, Perrén era Aranda.[26]

Esa actitud de Elena, de fotocopiar un documento y presentarlo a Perrén, despertó las sospechas del marino sobre la capacidad de ella para conseguir información a cualquier precio. Perrén sabía bien que esa habilidad produciría serios inconvenientes para el objetivo que Massera tenía en el Centro Piloto: que fuera su propio órgano de difusión y posicionamiento en el exterior. ¿Cómo controlar la actividad de esa mujer que acababa de demostrarle que no tenía límites en su visión del deber? Perrén sabía que tenía que seguirla de cerca, pero no lo lograría, y ése sería uno de los motivos por los que Massera lo sacaría de París.

El 23 de noviembre de 1977, otro asiduo del Centro Piloto, el periodista Carricart, le habría mandado una carta personal a Viola en la que le contaba sus conversaciones con Anchorena, a la vez que resumía sus intercambios con miembros de la Internacional Socialista y le elevaba un informe sobre el Centro Piloto.[27] En esa

carta, Carricart refiere dos cuestiones: un asunto político que termina de retratar la interna entre Videla, Massera y a la que ahora se sumaba Viola, y las actividades del equipo enviado a contrarrestar la "campaña antiargentina". El periodista manifestaba que Anchorena había aceptado que fuera él quien escribiera la carta. La misiva no deja dudas de que la interna castrense por el poder político y económico se jugaba de lleno en París.

En tono "estrictamente confidencial", contaba que en la última reunión de la Internacional Socialista, en Madrid, en la que participaron todos los jefes internacionales, se había hecho una larga evaluación política y se había determinado "no atacar directamente a la Argentina. No se recibió a los grupos de extrema que rondaron tratando de sacar una declaración; y que un informe y una exposición hecha por Rodolfo Vittar (ex diputado peronista) que propuso apoyar la política de acercamiento con los sectores moderados de las Fuerzas Armadas argentinas fue tomada en cuenta por las detalladas razones que indicaba ese informe-tesis".

En esa carta, Carricart también escribía: "Tema principal: Me indicaron que la IS (Internacional Socialista) tiene expresos deseos e interés de conversar con el general Viola. Quien será el contacto es el señor Sule —Anselmo Sule, entonces presidente del Partido Radical de Chile y canciller adjunto de la IS para América Latina—, que viajaría a Europa especialmente a tal efecto. Ellos programarán a usted entrevistas, con la más estricta reserva y en secreto, con Mitterrand, Felipe González, Willy Brandt y otros de ese nivel a los que usted califique válidos. El objetivo es que usted explique detalladamente, cara a cara, lo que piensan usted particularmente, y el gobierno, sobre el futuro y sobre varios temas. Desean proponerle un plan que es muy importante, sobre la base de acuerdos generales —que yo relataré a usted personalmente— pero que consiste en dar apoyo con la prensa internacional. Y un asunto muy especial: ellos expresan que esto ya ha sido conversado en los Estados Unidos y con Carlos Andrés Pérez. […] Como yo expliqué para usted no es nada fácil salir de Argentina por razones internas, por los problemas que podría generar, etc. Me indican que viaje usted invitado por FF.AA. europeas. Hemos conversado con el embajador Anchorena, por ejemplo, y expresa que no es nada fácil lograr una invitación del Ejército de Francia y hacer lo mismo en España. En el caso de España —debido, por ejemplo, a las tratativas que el embajador Anchorena tiene con el señor Ansón, consejero del Rey y

presidente de la agencia EFE (donde estamos logrando en principio acuerdos muy interesantes), el Ejército de España lo invitaría".

Carricart iba más allá y seguía contando: "Me aclararon que les preocupa la distancia cada vez mayor entre el Pueblo y el Ejército en Argentina por razones de situación política y económica. Ven a Videla muy claramente por encima de toda la mala publicidad que camina por la calle. Saben exactamente de su relación directa con él y la compenetración existente".

En lo que respecta al Centro Piloto, Carricart fue duro y consideraba que era un tema que Anchorena debía debatir personalmente con Videla, ya que de no tomar cartas en el asunto, quedaría en manos del círculo Cancillería-Marina. "Usted entiende lo demás. Destaquemos que no se trata de iniciar un nuevo flanco de conflicto sino simplemente permitir que otras armas opinen, por ser éste un asunto de Estado y que hace en mucho al tema *interno del país.* Que lo conozca el gabinete nacional y el Ejército en profundidad, ya que yo experimenté personalmente que cuando apareció la famosa resolución de la Cancillería en el Estado Mayor del Ejército 'algo se sabía', pero no las precisiones de tan importante tema." También detallaba cómo consideraba que debía funcionar el Centro entre París y Buenos Aires, y cerraba diciendo que no se podía seleccionar al personal "por adhesiones simples, amiguismos, u otro de esos errores".[28]

Pocas semanas después de esa carta y de la fotocopia que Elena le entregó a Perrén, Carricart dejó de frecuentar la embajada. Y Massera ordenó un nuevo desembarco de sus hombres.

VI

Junto a Pernías también llegaron a París los tenientes Enrique Yon y Eugenio Vilardo. Yon, al igual que Perrén, fue miembro de los grupos de tareas en la ESMA, según el testimonio de Astiz en 1998. Usaba los nombres "Cobra" y "Sergio". Fue el jefe del 3.3.2 de la ESMA, sentenciado por haber participado en la aplicación de tormentos a los prisioneros detenidos-desaparecidos.

En octubre de 2005, el juez federal Sergio Torres ordenó la detención de doce represores que participaron del asesinato de Rodolfo Walsh, condenados en el juicio oral de la ESMA en octubre de 2011. Yon integraba el grupo que interceptó y acribilló

a Walsh el 25 de marzo de 1977 en la esquina de las avenidas San Juan y Entre Ríos. Según los testimonios del represor confeso Adolfo Scilingo, Yon fue quien le reveló que las monjas francesas Léonie Duquet y Alice Domon habían sido víctimas de uno de los vuelos de la muerte. También, siempre según Scilingo, Yon le habría revelado que existirían tres listas de los detenidos-desaparecidos de la ESMA, una de las cuales habría estado en poder de Massera, otra la tendría Acosta y una tercera habría sido enviada a Suiza. Enrique Yon murió de un paro cardíaco en 1987.

El capitán de corbeta Eugenio Bautista Vilardo (también Bilardo) frecuentaba asiduamente la ESMA, donde veía a los prisioneros. Colaboró en la Cancillería con Roberto Pérez Froio, fue procesado en la Megacausa ESMA por imposición de tormentos en cuarenta y ocho hechos y privación ilegítima de la libertad agravada en otros ciento diecisiete hechos.

Ante la llegada de los nuevos enviados, Pernías dejó París para instalarse en Madrid y continuar desde allí con la organización de los periplos europeos que Massera realizaba buscando aliados y financiamiento para su proyecto político. Vilardo y Yon quedarían a partir de los primeros meses de 1978 a cargo del Centro y Elena pasaría a ocupar un tercer lugar, una decisión que ella desaprobaba, no sólo por las insalvables diferencias de criterio, sino porque, entre otras cosas, ninguno de los marinos sabía hablar francés ni tenía los contactos con los medios que ella ostentaba.

Durante esos meses de enfrentamiento constante, Elena fue testigo de ciertos movimientos que le causaban tanta curiosidad como indignación. Lo primero que notó fue que estos marinos "desaparecían" del Centro Piloto cada vez que Massera llegaba a Europa. Simplemente se iban. Además, a partir de la llegada de Vilardo y Yon, Elena fue despojada de la administración del holgado presupuesto del Centro, que escapaba a la administración oficial y pasó a manos de los marinos. Holmberg comenzaba a notar la vida cara y ostentosa que Yon y Vilardo llevaban en París, con importantes gastos, compras en las tiendas más caras de la capital francesa y viajes por el resto de Europa.

Elena les hacía notar su disconformidad, no se esmeraba en lo más mínimo por disimular su malestar frente a los hombres de la Armada y los confrontaba en todo momento y situación. La reacción de los marinos no era cordial tampoco: "Pero callate, vos qué podés saber", solían gritarle frente a cualquiera.

¿A quién respondía Elena Holmberg? Ésta era una de las

preguntas que Massera y su gente trataba de contestar sin éxito. Si tan sólo se trataba de una diplomática de segunda línea sin poder alguno, ¿cómo podía una sola mujer complicar de tal forma las tareas de sus hombres? Por lo tanto, y siguiendo siempre sus métodos, Massera ordenó que Elena fuera vigilada y controlada. No sabía de dónde venía, pero tenía claro que todos sus planes dentro del Centro Piloto se verían entorpecidos por ella.

Notas

8. El contraalmirante César Augusto Guzzetti fue canciller entre marzo de 1976 y mayo de 1977, cuando el vicealmirante Oscar Antonio Montes fue ascendido y pasó a ocupar su lugar. Montes fue reemplazado por el cuñado de Videla, Washington Pastor, al frente de la Cancillería en noviembre de 1978. Massera protestó y expresó su descontento a todas las autoridades militares, y lo siguió haciendo aun después de su retiro. Anchorena había destacado el malestar de Massera sobre ese hecho. Montes se había desempeñado como comandante del grupo de tareas 3.3.2 entre enero de 1976 y el 30 de mayo de 1977, cuando Massera lo designó vicealmirante y luego canciller, cargo que ocupó hasta noviembre de 1978, momento en que renunció ofuscado por la interna con el Ejército y la crisis del Beagle. El 1° de noviembre de 1978, pidió el pase a retiro que se efectivizó el 1° de febrero de 1979. Durante su gestión en la Cancillería se cree que pagaba notas positivas sobre la Argentina con fondos reservados, que luego eran encuadernadas en lujosas ediciones de libros para obsequiar a las distintas sedes diplomáticas extranjeras. El 26 de octubre de 2011, Montes, quien gozaba de prisión domiciliaria en su casa de Béccar, en la zona norte del conurbano bonaerense, fue condenado en el primer tramo de la megacausa ESMA a prisión perpetua “por considerarlo autor mediato penalmente responsable en orden al delito de privación ilegítima de la libertad doblemente agravada por su carácter de funcionario público y por haber sido cometida con violencia, reiterada en catorce (14) oportunidades […] en perjuicio de Laura Alicia Reboratti, Sergio Martín Bejerman, Arnaldo Rodolfo Gremico, Osvaldo Rubén Cheula, Luis Alberto Vázquez, Alejandro Monforte, Rodolfo Luis Picheni, Carlos Oscar Loza, Héctor Guelfi, Oscar Alberto Repossi, Nilva Zuccarino,

Santiago Lennie, Carlos Figueredo Ríos y Hugo César Bogarín; en concurso real con el delito de privación ilegítima de la libertad triplemente agravada por su carácter de funcionario público, por haber sido cometida con violencia y por haber durado más de un mes, reiterada en diecinueve (19) oportunidades, que concurren materialmente con el delito de imposición de tormentos agravada por la condición de perseguido político de la víctima reiterada en diecinueve (19) oportunidades, en perjuicio de Lisandro Raúl Cubas, Sara Solarz, Martín Tomás Gras, Ricardo Héctor Coquet, Ana María Martí, Orlando Virgilio Yorio, Francisco Jalics, Silvia Labayrú, Sandra Lennie, Marcelo Hernández, María Alicia Millia, Daniel Marcelo Schapira, Alejandra Lépido, Alberto Ahumada, María Laura Tacca, Andrés Ramón Castillo, Ariel Aisenberg, Daniel Aisenberg y José María Salgado; en concurso real con el delito de homicidio triplemente calificado por haber sido cometido con alevosía, con el concurso premeditado de dos o más personas y para procurar su impunidad, en perjuicio de José María Salgado; en concurso material con el delito de homicidio preterintencional, en perjuicio de María Cristina Lennie.

9. Publicación privada. Buenos Aires, 2000.

10. Documentos desclasificados, embajada de los Estados Unidos.

11. Las monjas integraban un grupo de familiares que querían publicar una solicitada en *La Nación* con los nombres de los desaparecidos que habían reunido hasta ese momento. Se juntaban en la Iglesia de la Santa Cruz, donde Alfredo Astiz se infiltró como Gustavo Niño, fingiendo ser familiar de un desaparecido. El 8 de diciembre de 1977, después de una reunión, un grupo de tareas secuestró a los familiares y con ellos a Alice. La mañana siguiente, otro grupo de tareas se llevó a Léonie de una casa parroquial en Ramos Mejía.

12. Por la divulgación de notas periodísticas sobre el tema Videla decretó el cierre por tres días de los diarios *La Opinión* y *Crónica*.

13. La amenaza de Menéndez no era nueva; ya lo había hecho a mediados de 1976 en uno de los primeros conflictos serios con Massera.

14. *La Nación*, 26 de junio de 1978.

15. Franco, Marina, *La campaña antiargentina: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

16. Revista *Gente*, 11 de agosto de 1978.

17. Texto del decreto 1871 del 30 de junio de 1977, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

18. Durante los años 1977 y 1978, visitaba asiduamente la ESMA. Imputado por cuarenta y ocho hechos de imposición de tormentos, ciento diecisiete de privación ilegal de la libertad agravada y dos hechos de tortura seguida de muerte en calidad de partícipe necesario.

19. Acosta dirigía el Grupo de Tareas 3.3.2 de la ESMA. Actuó con los alias de "Tigre", "Santiago" y "Aníbal". Fue condenado a cadena perpetua por ochenta y dos delitos de lesa humanidad, entre ellos la desaparición de la familia Tarnopolsky; la tortura de detenidos-desaparecidos como Lisandro Cubas, Carlos Alberto García, Ricardo Coquet y Nilda Noemí Actis Goretta. Señalado también como responsable del secuestro del grupo de la Iglesia de la Santa Cruz el 8 de diciembre de 1978, en el que se encontraban Azucena Villaflor y las monjas francesas Alice Domon y Léonie Duquet. Integró la Copece (Central de Informaciones sobre la Represión). En 1981 estuvo en Sudáfrica como asesor en la lucha contrainsurgente.

20. El conflicto se desató cuando la Cancillería le pidió al embajador De la Vega un informe sobre el canal de Beagle. Elena, quien había trabajado en la Comisión de Límites en Buenos Aires, sabía que los antecedentes solicitados estaban en la embajada en París, por lo tanto los buscó y los remitió a Buenos Aires, desmintiendo al embajador que había negado la existencia de ese informe. Después de varias discusiones violentas, De la Vega pidió una sanción para Elena.

21. Declaraciones de Jorge Perrén en la investigación por el asesinato de Elena Holmberg, 25 de octubre de 1983.

22. En *ESMA, "Trasladados". Testimonio de tres liberadas*, Ediciones Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas y Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Buenos Aires, 1995.

23. Fue condenado a cadena perperua por crímenes de lesa humanidad en octubre de 2011. Integró el grupo de tareas de la ESMA.

24. En la ESMA era conocido como "Trueno", por el terror que despertaba su voz en los detenidos.

25. Declaraciones de Jorge Perrén citadas en nota 21.

26. Se detalla más sobre el contenido de la carta, su significado en la interna del Centro Piloto y la declaración de Perrén en el capítulo VII.

27. Yofre, Juan B., *Fuimos todos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

28. Yofre, Juan B., *Fuimos todos*.

CAPÍTULO V

Une annonce

I

En el Centro Piloto trabajaba también Silvia Agulla, que llevaba más de veinte años viviendo en Francia y había sido convocada por su amiga Elena para hacer relaciones públicas. “Vos tenés que encargarte de entablar lazos cordiales con los periodistas franceses”, le pidió Elena.

Silvia era la hermana de Horacio Agulla, el director de la revista *Confirmado*, quien sería asesinado a tiros mientras estacionaba su auto al 1300 de la calle Posadas, en plena Recoleta, el 28 de agosto de 1978. El crimen de Agulla se produjo tres días después de que finalizara la misión de la SIP[29] en la Argentina.

Cuando Elena regresó a Buenos Aires, a mediados de 1978, mantuvo algunas reuniones con Agulla. Aunque se desconoce el contenido de esas charlas, todo indicaría que intercambiaron opiniones sobre la situación argentina y sobre el Centro Piloto de París, los problemas de Elena con los marinos y lo que ella habría visto. En una carta de pésame que Elena le mandó a Silvia después de la muerte de su hermano, cuando ya estaba reinstalada en Buenos Aires, le aseguró que si bien no sabía quiénes lo habían matado, estaba segura de que “no fueron los montos”.

Silvia conocía bien los problemas que Elena tenía con los marinos y también se asombraba de que estos hombres trabajaran en un espacio tan sensible sin tener ni la menor idea de cómo pronunciar una sola palabra en francés.

En julio de 1978, justo antes del traslado de Elena a Buenos Aires, Silvia protagonizó lo que ella entendió como un primer intento de deshacerse de Holmberg. Sucedió cuando las dos se dirigían al sur de Francia a visitar a unos amigos en el auto de Silvia. En el camino, notaron que no podían controlar la velocidad de la máquina. Agulla contaría más tarde que si no fuera por Elena y su capacidad para manejar situaciones de tensión, no se habrían salvado. Aquello, que en un principio pareció un accidente, pronto se tornó en un fallido intento de asesinato: llevaron el automóvil al

garaje y ahí les confirmaron que el freno había sido cortado. No se lo comunicaron al embajador “por pudor acerca de lo que él pudiera pensar de ellas”. Sin embargo, las dos supieron que eso no había sido un accidente ni un desperfecto. Se trató de un claro intento de deshacerse de Elena. Según el testimonio de Silvia,[30] matar a Holmberg en París hubiera supuesto numerosos problemas para los marinos, pero hacerlo de manera accidental hubiera sido una salida. El destino quiso que no lo pudieran lograr, aún.

¿Fue Elena tan terca como para desoír este tipo de advertencias? ¿Tan convencida estaba de las intenciones del Proceso como para creer que las denuncias sobre asesinatos y torturas eran parte de una campaña de desprestigio? El cerco de silencio y misterio sobre su muerte parecía hasta hoy impenetrable. Los amigos y conocidos no hablaban, no sabían, no recordaban. “Mejor dejar algunas cosas donde están”, responden algunos todavía.

Están los que aún recuerdan una leyenda que se gestó por entonces: que en alguna caja de seguridad del Ministerio de Justicia se encontraría un sobre con la información sobre lo que pasó con Elena.

Acercarse al caso Holmberg implicaba tocar esos espacios inconvenientes para la mayoría de los militares. Los periodistas que investigaron el caso fueron perseguidos y hasta obligados a irse del país. Tal es el caso de Charles Krause, corresponsal del *Washington Post* en Buenos Aires y autor de *La masacre de Guyana*.

En noviembre de 1978, el periodista estadounidense integró junto al congresista demócrata Leo Ryan y otros periodistas una comitiva que viajó a Georgetown, capital de Guyana, para investigar las actividades de la secta People’s Temple Christian Church (Iglesia de la Gente), cuyo líder era el reverendo Jim Jones.

Los seguidores de Jones abandonaron San Francisco, en la costa oeste de los Estados Unidos, cuando las autoridades comenzaron a investigar a la Iglesia por evasión impositiva, y se instalaron en el país sudamericano, donde vivían en una comunidad llamada Jonestown, creada por el pastor.

Ryan, Krause y su grupo se entrevistaron con Jones y sus fieles, algunos de los cuales pidieron su repatriación a los Estados Unidos. El sábado 18 de noviembre, cuando la comitiva se disponía a abordar el avión en el aeropuerto de Port Kaituma, fueron atacados. Cinco personas, incluidos Ryan y dos periodistas, murieron. Entre los diez heridos estaba Charles Krause, que había

recibido una bala en una pierna. Dos días después, novecientos fieles del reverendo, junto con Jones, se suicidaron en Jonestown.

El episodio se conoció como la “masacre de Guyana” y Krause fue el autor del libro del mismo nombre que relataba lo sucedido en aquella “comunidad utópica” que terminó en suicidio colectivo. Esa obra le valió numerosas distinciones y una nominación al premio Pulitzer.

Para fines de 1978, los medios de todo el mundo reconocían el trabajo de Krause y el periodista viajaba por diversos países dando testimonio y presentando su libro. Cuando los primeros días de enero de 1979, Krause se acercó a la embajada argentina en Washington para tramitar sus permisos y papeles, y así regresar a Buenos Aires, se enteró de que Elena Holmberg había sido secuestrada. “Estaban todos muy consternados y era casi el tema excluyente dentro de la embajada”, cuenta Krause, treinta y dos años después. Fue entonces cuando supo que se trataba de algo que debía investigar. “En la embajada (argentina en Washington) siempre habían negado que hubiera secuestros o desapariciones de personas. El hecho de que estuvieran tan preocupados por ese secuestro, que dijeran que no se sabía quién tenía a Elena, me hizo pensar que era un tema que se había ido de los cursos habituales que seguían los grupos de tareas y que ahí había una investigación para escribir”, recuerda.

Krause suponía, al igual que los hermanos Holmberg en aquel momento, que no se trataba ni de un hecho delictivo ni “era obra de la guerrilla, que estaba en franca retirada”. Se dispuso a investigarlo cuando volviera a Buenos Aires, unos días después.

Cuando Krause llegó a la ciudad, el cuerpo de Elena ya había aparecido flotando en el río Luján. La historia de Holmberg se volvió más confusa. Llegar a la información que buscaba se le hizo todavía más cuesta arriba de lo habitual. Le llevó unos dos meses de trabajo juntar los datos para publicar su investigación del caso. Su primera intuición se comprobaba día tras día: “Había sido un secuestro típico de los servicios secretos y sus grupos de tareas”.

“Luché con esa nota, porque era especulación, todos estaban desconcertados, nadie sabía nada y era muy difícil conseguir información”, rememora Krause. Durante semanas buscó y entrevistó fuentes que, en su mayoría, resaltaban que Elena sabía demasiado sobre los manejos de Massera en Europa y hablaba también demasiado. Sin embargo, encontró la punta del ovillo cuando un diplomático europeo le mencionó que Elena tenía lazos con el Ejército. Krause pinceló su hipótesis (que también ya era la

de la mayoría de los familiares): si Elena estaba ligada al Ejército, entonces era probable que la Marina, en claro enfrentamiento político con esa fuerza, estuviera detrás de su asesinato. Y así lo publicó en una extensa nota en el *Washington Post* el 8 de marzo de 1979 con el título: "Un cuerpo entre muchos conmociona a Argentina".

> Cuando el cuerpo descompuesto de una mujer de mediana edad fue encontrado en el río Luján el 11 de enero, nada parecía particularmente inusual al principio. Treinta y cinco cuerpos habían aparecido en una playa cercana a Buenos Aires, sus cabezas y sus manos mutiladas para evitar la identificación.
>
> Sin embargo, el cuerpo de esta mujer estaba intacto y la identificación fue posible. No es probable que los asesinos lleguen a ser procesados, aun si los detuvieran, pero el hecho de que Elena Holmberg —diplomática y amiga del Presidente Videla— terminara sus 48 años como víctima del terrorismo ha conmocionado a la Argentina como pocos hechos del terrorismo en los últimos años.
>
> "Su muerte es importante, simplemente porque no se irá", dijo un diplomático europeo que observa los derechos humanos aquí en Argentina. "La reacción emocional a este crimen ha sido más grande que la de cualquier otra cosa que haya pasado en un largo tiempo."
>
> El caso ha tenido ese impacto porque un número creciente de argentinos ha llegado a regañadientes a la misma conclusión que muchos observadores extranjeros: Argentina está hoy más amenazada por sus propias fuerzas de seguridad que por los grupos de guerrilla urbana que éstos suponían erradicar.
>
> Estas fuerzas de seguridad, a las que casi todos los testimonios culpan por el asesinato de Holmberg, también son señaladas de ser las responsables de los secuestros ilegales de miles de personas sospechosas de subversión aquí desde 1976. Fue entonces cuando los militares derrocaron a la presidenta Isabel Perón y la "guerra sucia" contra el terrorismo entró en su fase actual.
>
> Según los observadores diplomáticos y los organismos de derechos humanos, los cuerpos que aparecieron en las playas son la evidencia de lo que pasa con aquellos a los que los escuadrones secretos consideran involucrados con el

terrorismo.
Pero ahora que la guerrilla de izquierda ha sido derrotada, los escuadrones de inteligencia —equipados con armas y autos sin patente y entrenados en métodos de interrogatorios y torturas— se han convertido al crimen, a secuestrar a quienes no son terroristas de izquierda o, como el caso Holmberg, a partidarios del gobierno que, de alguna manera, pudieran perjudicar o avergonzar a alguna de las tres fuerzas armadas.
“Argentina parece Chicago en los años 30”, dijo otro observador diplomático. “Cada servicio tiene su propio grupo o escuadrón que opera libremente al margen de la ley”.
El secuestro de Holmberg fue típico de los servicios secretos y el gobierno no ha hecho ningún esfuerzo para culpar a la guerrilla de izquierda aun cuando eso es lo que hacen habitualmente. “Los Montoneros simplemente ya no tienen la estructura para llevar adelante una operación como ésta, en medio de una calle transitada del centro de Buenos Aires y con testigos por todos lados. Cualquier policía pudo haber intervenido o al menos intentarlo, si no fuera porque los servicios de inteligencia tenían la zona liberada de antemano”.
“No es probable que alguien alguna vez sepa por qué Holmberg fue asesinada o qué pudo haber sabido que fuera un daño potencial. Pero la teoría general es que sabía mucho y hablaba mucho”, dijo el diplomático europeo. Si Holmberg hubiera estado vinculada a la causa de la izquierda, su muerte probablemente no se habría reportado —mucho menos hubiera causado la reacción pública que todavía persiste a casi dos meses del hallazgo del cadáver—.
Pero Holmberg era una diplomática que hasta hace seis meses se desempeñaba en la embajada argentina en París y era una
activa participante en la campaña del gobierno diseñada para contrarrestar la imagen externa que lo mostraba como un gobierno que violaba los derechos humanos.
Muchos diplomáticos y argentinos informados creen que Holmberg vio algo en París relacionado con alguno de los servicios secretos y que ésa fue la causa de su muerte cuando regresó a Buenos Aires.
Como ella era conocida por tener lazos estrechos con el

Ejército, muchos observadores creen que fue secuestrada por la Marina. Sin embargo, la posibilidad de que cualquiera de las tres armas haya sido responsable por su muerte demuestra que "la cosa está fuera de control", sostuvo un diplomático.

Irónicamente, Holmberg creía fervientemente en los métodos usados por los servicios secretos de inteligencia, los métodos de secuestros clandestinos, tortura y ejecución que le causaron daños a la imagen argentina y que aparentemente fueron usados con ella. Ella con frecuencia les decía a sus amigos que creía que si Argentina quería superar su inestabilidad política crónica, estos escuadrones de seguridad interna deberían eliminar unos 100 mil "subversivos" más.

"Ella era muy franca en esto", dijo un hombre que la conocía bien el otro día. "Ella creía que mucha gente debía ser asesinada."

Aunque Holmberg no era rica, era miembro de una de las familias más prominentes de la sociedad argentina. Su padre, Adolfo Dago Holmberg, 90, es uno de los naturalistas más reconocidos del país. Y por vía materna, Elena Holmberg estaba emparentada con el ex presidente, y general, Alejandro Lanusse.

Elena Holmberg era también amiga personal del general Videla, quien expresó "angustia y dolor" poco después de que fuera secuestrada a plena luz y en el centro de Buenos Aires el 20 de diciembre pasado.

El ministro de Exteriores, Carlos Washington Pastor, general retirado de la Fuerza Aérea y superior de Holmberg, dijo en ese momento que el gobierno estaba haciendo todo lo que podía para encontrarla.

Aunque desde hace tiempo la mayoría de los diplomáticos cree que Videla tiene muy poco control sobre los escuadrones de los servicios secretos, su inhabilidad para evitar la muerte de Holmberg fue la primera vez que esa carencia de autoridad se puso de manifiesto tan públicamente.

"Nadie está a salvo, eso es lo que esta muerte ha puesto de manifiesto, especialmente aquellos con tendencia de derecha que apoyaron a los militares y pensaron que eran inmunes", sostuvo un diplomático. "Se demostró que Videla no tiene el poder para detener a las fuerzas armadas que se

supone comanda... De alguna manera, la revolución ha comenzado a devorarse a sus propios hijos y nadie puede hacer nada al respecto."

Un reconocido civil, que siendo funcionario del gobierno sufrió varios ataques en su casa, probablemente a manos de los escuadrones de la Armada o la Fuerza Aérea, como advertencia a Videla, dijo que la muerte de Holmberg "ha asustado a la gente. La gente tiene miedo de que si se involucran o expresan sus opiniones, entonces puedan terminar con un tiro en la cabeza o en el río".

De acuerdo con varias fuentes diplomáticas, las razones por las que los escuadrones no han sido controlados son complicadas. Las tres fuerzas armadas están enfrentadas entre sí y lo esconden detrás de la fachada de la junta tripartita. Cada servicio se rehúsa a hacer lo que sugiera el otro.

Cada servicio está también dividido. Algunos almirantes y generales son más duros que otros y los comandantes de los cuerpos a menudo se rehúsan a acceder a los deseos de la comandancia central. Como los escuadrones antiterrorismo trabajan generalmente en los niveles de los cuerpos, los comandantes duros podrían permitirles operar mientras niegan la responsabilidad frente a sus superiores. Ya que estos escuadrones fueron formados como unidades autocontenidas para evitar filtraciones de la guerrilla, que hace tres años era sospechada de tener simpatizantes dentro de las fuerzas, algunos escuadrones podrían responder únicamente a su capitán o comandante directo.

"Su muerte es importante, simplemente porque no se irá." La frase de aquel diplomático europeo que Krause citó en su artículo acompañaría al espectro de Holmberg por siempre. El periodista también había relatado lo que ya era evidente para los diplomáticos extranjeros en el país: Videla podía resistirse a la embestida de sus enemigos íntimos pero no sería gratuito. El precio era la vida de sus más fieles.

La respuesta a esta nota no se hizo esperar, y unos días después Krause recibió un llamado de un oficial superior de Comunicaciones, cuyo nombre olvidó. "Me llamaron a mí. No era habitual que hicieran eso. Cordialmente me invitaron a ir a verlos", recuerda Krause. "Fui a un edificio importante cerca del puerto", describe al edificio Libertad, en las inmediaciones del

barrio porteño de Retiro. “Ahí fueron directo al grano y me amenazaron claramente cuando me dijeron que si escribía algo de ese estilo otra vez, habría consecuencias desagradables.” Krause entendió el mensaje y se fue. Estaba en su oficina cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Tex Harris, agregado político de la embajada de los Estados Unidos en Buenos Aires y enviado por el gobierno de Jimmy Carter para monitorear los derechos humanos en la Argentina. “Tex estaba al tanto de lo que pasaba y su trabajo por los derechos humanos le valió enfrentamientos dentro de la embajada y creo que fue lo que le terminó costando su carrera”, sostiene Krause.

Desde hacía tiempo, Harris, con la ayuda de su secretaria dentro de la embajada, recopilaba denuncias sobre la desaparición de personas. “Se suponía que por cuestiones diplomáticas, desde la embajada sólo podíamos observar los casos relacionados con ciudadanos norteamericanos y también con el trato a los judíos”, cuenta Tex Harris. Pero no le resultaba fácil circunscribir su tarea a esas formalidades. “No eran tiempos fáciles. La gente llegaba desesperada, las denuncias se multiplicaban exponencialmente, nos llegaban cartas, llamados, y temíamos por la seguridad de los que denunciaban. Entonces que implementábamos fachadas para recibirlos en mi oficina en la embajada. Así podrían acercarse sin ponerse en evidencia. Llegamos a recibir grupos de más de cuarenta personas por día. Mi secretaria los recibía en grupos de diez, los hacía pasar a una sala y allí elaboraba manualmente una ficha con sus nombres, el nombre de la persona desaparecida y un detalles abreviado de lo sucedido. Luego los recibía yo, corroboraba la información, conversaba brevemente con ellos. Mientras, mi secretaria atendía a otro grupo de diez personas y lo repetíamos una y otra vez. Así estuvimos durante mucho tiempo”, detalla el ex agregado político.

Algunos de los informes elaborados por Harris pueden leerse en los documentos desclasificados de la embajada de los Estados Unidos.

Harris sabía lo que pasaba y sabía también que Krause estaba en peligro. Unas semanas antes de esa llamada al periodista, Bob Cox, como llamaban al director del *Buenos Aires Herald*, Robert Cox, le había contado que el general Eduardo Crespi, de la Secretaría General de la Presidencia, le había preguntado por Krause, antes de que la nota fuera publicada. Es evidente que la investigación del periodista estadounidense había llegado a los oídos de la Junta Militar. Por esa razón, Harris estaba preocupado.

Cuando le contó, Krause le preguntó qué debía hacer. No estaba en sus planes abandonar la Argentina, aunque había entendido perfectamente el mensaje.

Así fue como acordaron que Krause llamaría a determinada hora, todos los días, a la embajada de los Estados Unidos. El código para saber si estaba bien era que debía hablar en inglés, si hablaba en español, sin importar lo que dijera, significaba que estaba en problemas: "En la embajada suponían que si me secuestraban y me permitían hacer un llamado —lo que a algunos secuestros les habían permitido en distintos casos— me pedirían que hablara en español para poder entenderme", explica Krause tres décadas más tarde.

Luego de regresar de Londres, donde viajó para promocionar su libro sobre los episodios en Guyana, Crespi, entonces secretario general de la Presidencia, le pidó a Krause que abandonara la Argentina.

Sin embargo, Harris y Krause también creían que los grupos de tareas eran autónomos y estaban fuera de control. Si caía en sus garras, la llamada no sería nada probable. Krause se fue de la Argentina un año después, cuando pasó a la cadena televisiva de noticias CBS (Columbia Broadcasting System).

En 1982, trabajando para ese canal, comprobó que el horror de la dictadura no sólo continuaba sino que podía ir más lejos. Mientras cubría la guerra de Malvinas, los militares ofrecían a la prensa extranjera "videos de sus propios soldados muriéndose de hambre", relata. "Hacían plata con eso. Era tan atroz. Iban a los medios extranjeros que les pagábamos cientos, miles de dólares frecuentemente. Era como si te vendieran la muerte de su propia gente", recuerda Krause.

II

Cuando fueron entrevistados por la Justicia, tanto Yon como Vilardo describieron a Holmberg como "una excelente persona, activa y trabajadora; de ideología conservadora, extrovertida e impulsiva". Atribuyeron sus discrepancias con Elena a "motivos laborales" y a "su carácter impulsivo". Desde luego, los dos aseguraban haberse enterado por los medios de su muerte y sentirse afectados por eso, sin poder encontrar una salida racional al "tremendo hecho".[31]

Claro que en París las cosas habían sido distintas y los enfrentamientos que habían mantenido con la diplomática habían llegado al extremo de pedir que la trasladaran a Buenos Aires, cosa que no se produjo inmediatamente gracias a la intervención del embajador Anchorena. El titular de la embajada argentina solicitó que permaneciera en París hasta completar los seis años reglamentarios de destino en el exterior. Ese plazo se cumpliría a fines de 1978. Sin embargo, Anchorena no podría frenar un segundo pedido de traslado que llegó, esta vez, desde el ministerio. Fue la razón que trajo a Elena de regreso a la Cancillería a fines de julio de 1978.

Holmberg tuvo acceso a fuentes que le detallaron los movimientos del almirante Massera y su gente en Europa, que la mantuvieron al tanto incluso después de su repentino traslado.

A principios de abril de 1978, Massera se habría reunido en París con Héctor Villalón, integrante del Consejo Superior del peronismo en el exilio. Ese encuentro habría ocurrido en el Hotel Sofitel, entonces cercano al aeropuerto Charles De Gaulle.

Villalón estaba sospechado de haber sido el cerebro del secuestro de un alto directivo de la Fiat, Luchino Revelli Beaumont, ocurrido en abril de 1977. Una veintena de dirigentes peronistas habrían viajado especialmente a París para designar a Villalón como el interlocutor válido con el Almirante. “Tras esa reunión de Massera con Villalón, se desarrollaron entrevistas ampliadas con el resto de los veinticinco dirigentes peronistas, y después de la partida de aquel, éstos siguieron reuniéndose con los oficiales navales.”[32]

Además de esas reuniones, Massera habría mantenido contactos con algunos miembros de la conducción de Montoneros, con quienes habría intentado negociar una tregua por el Mundial de Fútbol. Sobre esas reuniones existen testimonios y noticias publicadas en los diarios franceses. En ese contexto se cree que el acercamiento de Massera a los Montoneros habría comenzado a principios de 1978, gracias a los oficios del ex diputado por Santa Fe Luis Sobrino Aranda. Ni Elena ni Anchorena eran ajenos a esa información, en especial ella que veía cómo Vilardo y Yon movían grandes cantidades de dinero —que ella creía destinadas al Centro— para los viajes que hacían cada vez que Massera llegaba oficial o extraoficialmente a Europa, entre otros asuntos que nunca le quedaron claros. Los marinos contaban con dos autos y una máquina de télex propia, entre otros recursos extra de los que correspondían al Centro Piloto. Cuando llegaba el Almirante,

Vilardo y Yon se desplazaban sin pedir ningún tipo de autorización para acompañarlo en los periplos por Europa, que incluían principalmente Italia y España, pero también Alemania, Rumania y Francia.

Los otros empleados del Centro Piloto estaban al tanto de esas supuestas reuniones porque un chofer de esa dependencia comentó "haber llevado en el vehículo del Centro a Vaca Narvaja y Firmenich al hotel Intercontinental donde debían reunirse con el almirante Massera".[33] Sobra decir que en sus declaraciones los marinos negaron conocer estas circunstancias.

En París, muchos sabían lo que Massera consideraba su plan clandestino. Así fue como el embajador Anchorena se enteró y se lo hizo saber a Videla en cartas e informes privados que le enviaba. En uno de ellos, el embajador relata que "en las afueras de París funcionaba una compañía de exportación-importación dirigida por Raúl Bajsman (ex Udelpa) desde donde actúa también el capitán de navío Segade. Esta compañía es la cobertura de la gente que trabaja para Massera aquí en Europa, y es allí donde se centraliza casi toda su actividad".[34] Según este informe, Massera se registraba en los hoteles con el nombre de Morris y fue recibido "por el representante norteamericano ante la Unesco, Sr. Torres, quien lo hizo por indicación del Departamento de Estado, que indicó que lo escuchara porque 'era el político más lúcido de la Argentina'".[35]

Mientras los hombres de Massera negociaban para su jefe entrevistas con los más altos representantes de las democracias europeas, alguien en París filtró al diario *Le Monde* la noticia sobre la entrevista del Almirante con "peronistas de izquierda", a la vez que citaba las declaraciones de Rodolfo Galimberti a *L'Express* proponiendo una tregua a la dictadura de Videla en ocasión del Mundial del Fútbol: "Decimos a todos: vengan a la Argentina", concluía Galimba un tiempo antes de que se realizaran esas reuniones.

Aunque nunca se dieron a conocer pruebas concretas sobre los encuentros entre Massera y algunos líderes montoneros, en una de las agendas secuestradas por la Justicia europea a Licio Gelli se descubrió una cita para una entrevista entre él, Massera y Firmenich en Villa Wanda, la residencia que Gelli tiene en Arezzo, Italia.[36]

Elena estaba tan convencida de la existencia de esa reunión,

que una noche, en una comida en la embajada celebrada especialmente por la visita de Massera, notó que Delia, la esposa del Almirante, llevaba un importante collar. Frente a la concurrencia, se le acercó y, tomando la joya con cierta admiración, le soltó: “¡Qué lindo collar! ¿Este también se lo regaló Firmenich?”. Al principio todos quedaron mudos y simularon creer que era una broma, pero Elena insistió: “Se lo regaló Firmenich, ¿o no?” y se retiró de la recepción.

Massera no podía entender que una diplomática de segunda categoría enfrentara a su esposa, a sus oficiales, a su proyecto político. Deshacerse de Elena empezó a ser casi una obsesión para todos los marinos de las huestes del Almirante.

Elena era meticulosa y persistente con su trabajo. Férrea y determinada en lo que creía. Sus más íntimos piensan que, producto de su excelente relación con los medios franceses, podría haber conseguido una foto de aquella reunión entre el Almirante y la cúpula de la organización Montoneros. Algunos testimonios indican que habló de una foto, que dijo que la tenía consigo, que la había conseguido y que la daría a conocer. Sus hermanos buscaron esa foto por todos lados, pero nunca la encontraron. No es menos probable que se haya hecho de documentos que relacionaran a Massera con la logia P2, aun sin saber quiénes eran, porque el escándalo de la logia estalló en la Argentina a fines de 1981. Elena habría creído que con esos documentos podía probar la malversación de fondos que los marinos de Massera hacían en París. Elena sumó fácilmente los hechos y en ese conteo pudo haber ligado todo: la reunión con Montoneros, la carta de Carricart, la versión del millón de dólares que Massera habría pagado a Firmenich en Roma, las cantidades importantes de dinero que manejaba la gente de Massera en el Centro Piloto y esos viajes a Roma y España. En su cabeza, Elena sabía que algo se estaba gestando y no midió ni la importancia ni las consecuencias, y habló. Holmberg contó a sus allegados cómo Massera utilizaba los recursos del Estado para desplazar a Videla e imponerse como presidente, un plan que no terminaba de entender pero que rápidamente fue descifrado por sus superiores.

Un corresponsal extranjero recuerda haber escuchado en distintos ámbitos los rumores acerca de la supuesta reunión que Massera habría mantenido con algunos líderes de la organización Montoneros en el exilio en París. Y también rememora que casi

todos decían lo mismo: que se debía a una tregua para la realización del Mundial ’78: “Sin embargo, lo que todos también suponíamos era que Videla pudo haber sabido y hasta apoyado esa reunión. Lo que Videla tal vez no supiera o no llegara a entender era que lo que Massera hacía durante esas salidas y esos encuentros era tratar de forzar algún tipo de alianza política con quien fuera para llegar a la presidencia y reemplazarlo”.

III

Para fines de 1978, Anchorena seguía las huellas de Massera y sus marinos en Francia, y según consta en fojas 807 a 813 del expediente por el asesinato de Elena, en un extenso informe titulado “Viaje a Francia del Almirante Massera”, el canciller elevó todos esos detalles:

> Massera llegó a París procedente de Roma el martes 17 de octubre, permaneciendo en ésta hasta el martes 24, fecha en que partió hacia Alemania.
> Cumpliendo instrucciones de la Cancillería “de prestarle pleno apoyo conforme a su trayectoria e investidura”, fui a esperarlo al aeropuerto donde fue entrevistado por un periodista de AP (la agencia de noticias estadounidense Associated Press) que había recibido instrucciones de hacerlo desde Buenos Aires. Estas declaraciones fueron de circunstancias y sin mayor interés. Posteriormente, me expresó que no necesitaba ninguna gestión de la Embajada, y que se registró en un hotel bajo el nombre de Morris.
> Ante llamados hechos a la Embajada por periodistas alertados desde Buenos Aires dijo que estaba en viaje privado y que no quería dar entrevistas, aunque después se supo que tuvo contactos con algunos medios locales.
> El lunes 23 lo invité a comer a mi residencia y en dicha oportunidad me solicitó conversar en privado antes de la comida. Comenzó diciendo que como yo estaba enrolado en la línea Videla-Viola, no tenía información completa de la situación en el país, y que no pretendía convencerme pero que me quería decir claramente su pensamiento. Según manifestó, el Presidente Videla mantenía una política de indefinición causada por su negativa a ser ayudado y por su

> desconfianza en todos, como era su caso siendo que le había sido siempre leal y había tratado de aconsejarlo para que no cometiera errores. Expresó que esto lo hacía inepto para ejercer el cargo, y que se había opuesto a su designación como Presidente porque le conocía esta modalidad, y no por ambiciones personales como se le atribuía. En cuanto a sus viajes, señaló que él no estaba realizando nada misterioso y que lo hacía con pleno conocimiento de los tres Comandantes, a quienes mantenía informados de sus actividades. Para darle más fuerza a sus argumentos dice ser "visitado continuamente por Coroneles de uniforme porque se dan cuenta de que Massera es la verdad", y citó sus contactos continuos con el General Viola, quizás con la esperanza de que así le creyera. Señaló también que en su opinión, el Presidente no terminaba su mandato y que muchos de sus problemas derivaban también del grupo que lo rodeaba, citando al general Villarela y a Ricardo Yofre. Expresó que quienes pensaban que el Almirante Lambruschini iba a ceder estaban equivocados, y que éste iba a ser "aún más duro porque tenía que defender la Marina de Massera".
> (...) Otro ejemplo de las acusaciones sobre la actitud del Presidente que me señaló con énfasis indicando mi estrecha amistad, es lo que dice le sucederá al General Harguindeguy, al que se lo iba a mantener en el cargo de Ministro del Interior para luego, en un caso similar al del General Díaz Bessone, hacerlo renunciar cuando no tenga ya ubicación en la fuerza.

Anchorena continuaba declarando en el expediente por el asesinato de Elena:

> Como se puede apreciar, las afirmaciones y comentarios de Massera fueron tales que me obligaron a decirle firmemente que no estaba dispuesto a seguir discutiendo la personalidad y condiciones del Presidente. Si bien estimo que esta conversación tuvo como objetivo sembrar dudas en mi concepción del proceso, lo más grave es que estos mismos conceptos son los que repite a todos los que entrevista en los niveles político, periodístico, gremial. Lo que también es divulgado por quienes colaboran con él en los viajes y contactos en el exterior.

Por la información recogida, Massera se entrevistó con el Sr. Amadou Mathar M'Bow, Secretario General de la Unesco, a quien habría prometido ocuparse de la puesta en libertad de Taiana[37] al manifestar M'Bow que el hecho le preocupaba por ser amigo personal.

Mantuvo asimismo entrevistas, gestionadas por Sobrino Aranda (hombre de la derecha peronista vinculado a José López Rega), con algunos sindicalistas argentinos, citándose a Taccone (Luz y Fuerza) y a Cardozo,[38] y con el representante en París de la AFL-CIO,[39] Sr. Irving Brown.

Aparte de los consabidos contactos con (el ex secretario de Perón y miembro de la logia P-2 Héctor) Villalón, quien además le está gestionando entrevistas en Italia con la Democracia Cristiana y con gente de Agnelli.[40] Hay comentarios también de que el Nuncio en Buenos Aires estaría arreglando otros contactos en Italia.

Aquí fue recibido también por el representante norteamericano ante la Unesco, Sr. Torres, quien lo hizo por indicación del Departamento de Estado que indicó que lo escuchara porque "era el político más lúcido de la Argentina".

Otra noticia indica que se entrevistó con el periodista Raymond Aron. Éste habría mostrado su inquietud por el caso Timerman y, según la versión, Massera le habría respondido que a Timerman inicialmente se lo detuvo porque se creía que trabajaba para él, luego se lo habría maltratado, tratado de implicar en el caso Graiver y al no poder probársele nada, detenido a disposición del Poder Ejecutivo. Habría dicho asimismo que él siempre fue de la opinión de dejarlo en libertad, pero que era la Aeronáutica la que se oponía.

Por lo que se sabe, en una localidad de las afueras de París funciona una compañía de exportación-importación dirigida por Raúl Bajsman (ex UDELPA)[41] desde donde actúa también el Capitán de Navío Segade. Esta compañía es la cobertura de la gente que trabaja para Massera aquí en Europa, y es allí donde se centraliza toda su actividad.

Justamente esta gente, y según se dice también el embajador francés en Buenos Aires, Sr. de la Gorce, gestionaron una audiencia con el Presidente Giscard d'Estaing.[42]

En el Ministerio de Relaciones Exteriores francés se me

comentó el asunto, y señalé que el Almirante Massera era un oficial retirado y que el viaje que realizaba era a título privado y no oficial. Sin embargo lo último que se sabe al respecto es que el Presidente francés le otorgaría una audiencia el 8 de noviembre.

En todas sus entrevistas (Massera) señala como aval que su viaje está respaldado por la Marina y por el General Viola, y, según se dice, para prueba de esto último, lo acompañaría un Coronel llamado Rizo, al cual le otorga esta representatividad.

El resumen de todas estas conversaciones sería que la estructura del actual gobierno no perdurará, que el Presidente no termina su mandato pues está enfrentado con su misma arma y que es incapaz de llevar adelante la gestión de gobierno, que existirá un interinato del General Viola durante el cual se llamará a elecciones y que la gestión económica del Ministro Martínez de Hoz es un fracaso.

Todo esto, en Francia, lo complementa con una actitud extremadamente crítica hacia mi persona, diciendo que el embajador "es inoperante e irrepresentativo, como lo indica la gestión de liberación de los presos en donde la embajada quedó de lado". Utiliza, además, como elemento de negociación promesas de liberación de detenidos y de publicación de listas de desaparecidos.

(...)

Lo que expone Massera crea evidentemente, y cuanto menos, una gran confusión en la gente que lo escucha, más aún si se tiene en cuenta que las noticias provenientes de Buenos Aires no son del todo claras y por ende no lo desmienten. En general las noticias más confidenciales de Buenos Aires llegan a Europa a través de las embajadas, las empresas y los bancos y alguna prensa, y en los últimos meses son muy imprecisos en cuanto a señalar dónde está el poder y quiénes finalmente dirigen el proceso, mostrando más bien una situación de inestabilidad y de lucha interna no definida.

Las circunstancias mencionadas debilitan toda postura del gobierno y afectan de manera importante la figura del Presidente. Por otro lado, todo esto va a repercutir también en la política económica y en la credibilidad que desde este punto de vista pueda suscitar la Argentina en el exterior.

> Dos experiencias personales muestran hasta qué punto el país está siendo poco considerado en el ámbito internacional, lo que significa que no va a contar en los planes a largo plazo del mundo desarrollado, tendencia que es luego difícil de remontar y cuyas consecuencias son graves. La primera es la actitud poco amigable del gobierno francés, cuando al mismo tiempo está firmando contratos muy importantes de ventas de armamentos con la Argentina, se da el lujo de maltratarnos públicamente patrocinando el contra-congreso del cáncer en París y declarando, al trasladar al agregado de prensa de su embajada en Buenos Aires, que los problemas bilaterales aún subsisten y que el gobierno francés está muy comprometido en la defensa de los derechos humanos.
> (...)
> En momentos en que la campaña meneada por la izquierda subversiva exiliada pareciera comenzar a decaer, surge esta otra campaña que es infinitamente más grave y peligrosa, puesto que se pone en duda desde adentro la aptitud del gobierno para llevar adelante el proceso, y está dirigida hacia personas de alto nivel que pueden adoptar posturas que resulten negativas para la Argentina, al considerarla dentro del consenso de los países.

IV

Pocos días después de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), precisamente el 12 de octubre de 1979, en un acto que se realizó en París, en la Asamblea Nacional Francesa, se presentaron las argentinas Ana María Martí, María Alicia Millia de Pirles y Sara Solarz de Osatinsky. Las tres mujeres habían pasado casi dos años en calidad de detenidas-desaparecidas en la ESMA y habían sido liberadas entre fines de 1978 y principios de 1979. Ese acto fue presidido y auspiciado por el parlamentario francés Bernardo Stasi.[43]

Durante horas, estas tres mujeres, a riesgo de poner sus vidas en peligro, brindaron un testimonio tan doloroso como pormenorizado del horror que se vivía dentro de la ESMA. “Sólo quien haya estado como nosotras en la Escuela de Mecánica de la Armada o en otros campos de concentración similares, sabe que

sólo el infierno es la imagen más cercana como podemos calificarlo", comenzaron su relato.

Continuaron explicando que dentro de la ESMA funcionaba el Grupo de Tareas 3.3.2, a cargo del entonces capitán de corbeta Jorge "Tigre" Acosta. Los grupos de tareas eran las bandas que llevaban adelante la acción represiva y que contaban con el aval del comandante en jefe de la Armada, Emilio Eduardo Massera. A esos grupos se sumaban también miembros de la Prefectura Naval, la Policía Federal, el Servicio Penitenciario y algunos oficiales del Ejército. La autoridad máxima de la ESMA era Rubén Jacinto Chamorro, el mismo con el que Enrique se había entrevistado al día siguiente del secuestro de Elena y le había respondido con un seco "No", cuando el hermano de la diplomática lo increpó para saber si su hermana estaba allí.

Estos grupos, a su vez, se dividían en unidades: Operativa, Logística e Inteligencia. Entre los nombrados en la unidad Operativa que se encargaba de secuestrar o "chupar" gente estaban Jorge Perrén, Enrique Yon, el capitán Dunda —luego se sabría que se trataba del jefe de operaciones Adolfo Donda Tigel— y el hijo de Cacho Suárez Mason, en un listado de nombres y apodos de treinta oficiales.

La unidad Inteligencia, en cambio, apenas si superaba los diez integrantes. Sin embargo, eran ellos los encargados de obtener la información de los detenidos-desaparecidos con la tortura como método exclusivo. A esa lista se sumaban, entre otros, Antonio Pernías y Miguel Ángel Benazzi. Las actividades de la unidad Logística contaban aún con menos oficiales, que tenían la tarea de administrar el "botín de guerra", es decir, los bienes de los secuestrados. Ahí resaltaba el nombre de un tal Radizzi o Ruger —se referían a Jorge Radice—.

Ana María, Alicia y Sara hablaron de la picana y del submarino; de "Capucha"; de los traslados y los vuelos de la muerte; de las embarazadas y de cómo les robaban a sus hijos recién nacidos; del secuestro de las monjas francesas y los familiares de la Iglesia de la Santa Cruz; de sus compañeros asesinados o todavía detenidos; del Centro Piloto de París y de Elena Holmberg.

Según ese relato, fue para la Navidad de 1978 cuando se enteraron por el diario *La Nación* de que Elena Holmberg había sido secuestrada. El nombre les era conocido puesto que ellas sabían bien cómo se manejaba el Centro Piloto de París y también sabían por el mismo Tigre Acosta de los problemas surgidos entre

“Elenita” y Perrén. Es más, a su regreso a Buenos Aires y a la ESMA, Perrén en persona les había manifestado su odio por ella, y les dijo que “no admitía el trabajo clandestino del Centro Piloto y por ello lo boicoteaba”. Tampoco les era ajeno que Elena estaba en Buenos Aires y trabajaba en la Cancillería porque allí también había oficiales de la Armada relacionados con la ESMA. Cuando leyeron la noticia, entendieron algunas cosas que habían pasado dentro de la Escuela en esos días: “Una tarde de diciembre un grupo de ‘chupe’ seleccionado partió a hacer una operación que había suscitado la discusión entre los propios oficiales navales por la trascendecia política que tendría. El grupo estaba integrado por los más feroces ‘operativos’: Juan Carlos Linares (el Gordo Juan Carlos), ‘Churrasco’, el teniente Dunda (Palito) —su verdadero apellido era Donda— y ‘Ruger’ (teniente Radizzi) —su verdadera identidad era la de Jorge Radice—. El objetivo era claro: matar”.[44] Asociaron rápidamente que el Chevy celeste en el que, decía el diario, se habían llevado a Elena era igual a uno que integraba la dotación de autos de la ESMA y que no habían vuelto a ver después de aquella tarde.

Dentro de la ESMA, algunos detenidos, como las tres mujeres que prestaron testimonio en Francia, eran sometidos a trabajo esclavo, lo que les permitía tener diálogos con los represores y acceso a la cotidianidad del centro de detención. Parte de ese trabajo esclavo consistía en hacer traducciones de medios extranjeros, organizar un archivo periodístico, desgrabar y redactar informes para los oficiales navales que luego enviaban a Massera, ya retirado y cómodamente alojado en sus elegantes oficinas de Cerrito al 1100, en un lujoso piso que se rumoreaba era propiedad de la P2. Massera devoraba esos informes mientras recibía a todo tipo de representantes de la sociedad civil y a algunos militares que intentaban sumarse a su proyecto político, en especial a aquellos considerados duros del Ejército, como Suárez Mason.

Uno de esos detenidos forzados a trabajos esclavos en la ESMA, Enrique “Cachito” Fukman, recuerda cuando el represor Ricardo Miguel Cavallo, alias “Marcelo” o “Sérpico”,[45] le encomendó una tarea que lo conectó directamente con la historia de Holmberg, a quien Fukman nunca había conocido.

Fukman estuvo detenido en la Escuela de Mecánica entre 1978 y 1980. Cuando “chuparon” a Elena, repasa en su memoria, él estaba todavía en “Capucha”, como se denominaba al área de mayor reclusión en la ESMA, donde los detenidos permanecían

unos seis meses en compartimentos horizontales y encapuchados durante todo el día. “El 1° de junio de 1979, cuando me sacan de Capucha, después de seis meses y medio, primero me mandaron unos veinte días a encuadernar libros. Después me pasaron al archivo periodístico. Ahí estuve entre julio de 1979 y febrero de 1980, cuando me liberan. Más o menos en octubre, cuando nos traen de nuevo de la isla,[46] ‘Marcelo’, o sea (Ricardo Miguel) Cavallo, me trajo una tarea. Varias veces me traía carpetas con cassettes o notas para organizar. Me acuerdo que había un sobre de papel color madera que tenía un cassette y la desgrabación impresa del cassette. Yo leía todo lo que me pasaban, así que leí la desgrabación. Tenía todo el día para hacerlo. En el cassette había una conversación telefónica de más o menos un año antes, en la que Cavallo hablaba con alguien, un tipo del Centro Piloto de París. Esa persona del Centro Piloto le decía que había que hacer algo con Elena Holmberg porque estaba coqueteando con Anchorena y se estaba volviendo peligrosa. Eso es lo único concreto que supe de ella en la ESMA. Después se escuchaban versiones de que había estado chupada y que la habían matado por haber jugado con el Ejército.”

Fukman, que conoció la rutina de la vida y la muerte en la ESMA, cuenta que “las ejecuciones se hacían afuera, nunca dentro de la Escuela, salvo que se realizaran en el Campo de Deportes —donde se estima que fueron enterrados muchos cuerpos de desaparecidos ejecutados—. También había dos casas operativas por fuera de la ESMA: las quintas de Bella Vista y la de Del Viso. Estaban cerca de Luján. La podrían haber llevado allí para ejecutarla. A esas quintas a nosotros nos llevaban los fines de semana y muchos compañeros se encontraban con los muebles de sus casas que les habían saqueado”.

Sobre el Chevy celeste que se llevó con vida a Holmberg de Recoleta, Fukman también asegura que los marinos utilizaban “distintos tipos de autos, como Ford Falcon, Chevy y Taunus”. Cuando estaba en la Pecera —donde se realizaban los trabajos esclavos— “era muy común escuchar a la gente de operaciones[47] pedir placas por teléfono. Las placas de los autos ya existían, eran de otros automóviles y ellos las colocaban en otros autos. Los autos que utilizaban para los operativos eran robados. Las cédulas verdes, los carnets y los documentos con los que los marinos se movían en la calle también se falsificaban en la ESMA. Lo hacían los compañeros que estaban chupados, como parte del trabajo esclavo”.

“Yo lo escuché a (Fernando Enrique) Peyón[48] pedir placas (gemelas) por teléfono. Por ejemplo, lo más común era que pida ‘Beatriz’ por provincia. Él era teniente de navío, muy compinche de Donda. Siempre supuse que las conseguían a través de un contacto de la Policía Federal. En la ESMA había varios enlaces con los ‘federicos’”, agrega Fukman.

Fukman, que fue militante político durante los años 70 y que actualmente integra la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos (AEDD), no cree en la historia que cuentan los allegados a Elena sobre la reunión entre Montoneros y Massera. “Pienso que es parte del mito de que los que quedan vivos —de las organizaciones armadas o guerrillas— son los malos y los muertos son los buenos, como dice un compañero”, opina.

“Había dos proyectos políticos: el de Massera y el de Harguindeguy con el Movimiento de Opinión Nacional (MON). Ambos tenían el mismo objetivo: la continuidad de la dictadura en un sistema democrático. Pero estaban enfrentados entre sí. El de Massera era como una especie de continuación del peronismo con sectores más populares. El de Harguindeguy se apoyaba en sectores medios. Algunos de los marinos de la ESMA estaban más comprometidos que otros con el proyecto político de Massera. Había un sector, el más duro, como Donda y Peyón, que decía que había que ‘matarlos a todos’ —por los detenidos—. Otro sector, encabezado por el Tigre, estaba más comprometido con el proyecto de Massera. Eso se corta definitivamente cuando sube (Jorge Isaac) Anaya —al frente de la Armada en septiembre de 1981—. El día que me liberan, me acuerdo que (Oscar Rubén) Lanzón —conocido en la ESMA como Horacio Guaratti— me dice: ‘Acá se terminó. La nueva conducción del arma cree en el profesionalismo. Se terminó esto de la política’. Ahí empezó la liberación de un grupo de compañeros, que habíamos quedado vivos desde el ’78 y al grupo de detenidos que venían del Ejército. Al resto los ‘trasladan’. Es cuando desaparece el Grupo Villaflor. Entonces, quedaron muy pocos esclavos en la ESMA”, afirma.

Fukman cree que muchos de los amigos y allegados a Elena que aún después de treinta años se niegan a hablar de ella y su historia “todavía sienten el terror”. “Los juicios a la dictadura sirven, además de perseguir justicia, para romper con el imaginario del terror y la impunidad”, agrega.

Dentro de la ESMA también se escuchaban las versiones de que a Elena la habían matado porque jugaba para el Ejército. Miriam Lewin, quien también estuvo detenida en la ESMA y fue obligada a

trabajar para los marinos, declaró que ante un comentario sobre el asesinato de Elena Holmberg, el oficial de la unidad de logística del Grupo de Tareas 3.3.2 Jorge Radice comentó: “Pobre Elenita, le pasó lo mismo que a las monjitas voladoras”.[49]

>Notas

29. Entre el 18 y el 25 de agosto de 1978, una misión de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) entrevistó a más de medio centenar de personas relacionadas con los medios. Según la SIP, la prensa argentina parecía “un grupo de periodistas desesperados que escriben y editan en condiciones extremadamente difíciles”, y agregaba: “Nuestra misión chocó a cada paso con la opinión de que la Argentina goza de absoluta libertad de prensa dadas las circunstancias” de censura directa e indirecta impuesta por el gobierno militar. Horacio Verbitsky, *Página/12*, 7 de junio de 1998.

30. Testimonio de Silvia Agulla de Harcourt en el Juicio a las Juntas, 12 de agosto de 1985.

31. Declaraciones de los oficiales Yon y Vilardo en la investigación por el asesinato de Elena Holmberg. Fojas 304 y 305 del 9 y 12 de marzo de 1979.

32. Uriarte, Claudio, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, Buenos Aires, 1992.

33. Declaraciones de Silvia Granillo de Hartcourt en la investigación por el asesinato de Elena Holmberg del 04-07-1983, foja 792.

34. Informe privado del embajador Anchorena a Videla de octubre de 1978, consta en fojas 807 a 815 de la investigacíón por el asesinato de Elena Holmberg de julio de 1983.

35. Ídem.

36. Holmberg, Enrique y Holmberg Eugenio, *Elena Holmberg. Historia de una infamia*, edición privada, Buenos Aires, 2001.

37. Tanto el doctor Jorge Alberto Taiana como su hijo, luego canciller de Néstor Kirchner, Jorge Taiana, estuvieron detenidos durante la dictadura militar. Ambos habían sido funcionarios del tercer gobierno de Perón, en el Ministerio de Educación. Taiana padre ocupó la titularidad de esa cartera entre 1973 y 1974. Anchorena no especificó por cuál de los dos Taiana solicitó el

secretario general de la Unesco, pero se estima que se refería puntualmente al padre.

38. Se cree que se habría referido a Eleuterio Cardozo, dirigente del Sindicato de la Carne.

39. America's Union Movement o American Federation of Labor - Congress of Industrial Organitations (Federación Estadounidense del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales), se trata de la organización gremial más grande de los Estados Unidos.

40. Gianni Agnelli, empresario italiano, titular de la FIAT.

41. Unión del Pueblo Argentino, partido de derecha fundado por el general Pedro Eugenio Aramburu.

42. Presidente de Francia entre 1974 y 1981.

43. En *ESMA, "Trasladados". Testimonio de tres liberadas*, Ediciones Abuelas de Plaza de Mayo, Familiares de Detenidos Desaparecidos por Razones Políticas, Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Buenos Aires, abril de 1995.

44. Ídem nota 43.

45. Condenado a cadena perpetua en octubre de 2011 por delitos de lesa humanidad.

46. Un grupo de detenidos de la ESMA fue trasladado a una isla en el Tigre durante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en el país.

47. Fukman relata que conseguir las patentes para los autos de los secuestros era una tarea que compartían las áreas de operaciones y logística.

48. También fue conocido con los apodos de "Giba", "Eugenio", "Quasimodo" y "Eveready". Fue miembro del GT hasta marzo de 1980. Luego, vuelve como subjefe de Operaciones del GT a principios de 1982, hasta abril de 1983. Participó en el secuestro de Víctor Basterra y su familia. Según Basterra, el prefecto Juan Antonio Azic —otro represor de la ESMA conocido por su crueldad— y el marino Fernando Enrique Peyón trabajaron años más tarde en una agencia de seguridad privada propiedad del empresario Alfredo Yabrán "que se llamaba Brides, por brigadas de la ESMA".

49. Miriam Lewin, periodista detenida en la ESMA. Presentación de fojas 7779, en los legajos correspondientes a los casos 16 y 32 de la Megacausa ESMA.

CAPÍTULO VI

Trop tard

I

Unas semanas antes de que la mataran, a principios de diciembre de 1978, Elena se cruzó en avenida Alvear y la calle Ayacucho con su amigo Gregorio "Goyo" Dupont. Intercambiaron opiniones sobre la situación del país y los motivos por los que Dupont había sido echado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se habían sentado a tomar un café cuando Goyo le preguntó si era verdad lo que había leído en *Le Monde* sobre una reunión de Massera con Montoneros y Mario Firmenich. Elena se exaltó y le contestó que no sólo era verdad sino que Massera les había entregado una suma superior al millón de dólares y que lo podía probar. La exactitud de su relato y la seguridad con la que lo contaba despertaron el terror en Dupont. Cuando Elena le dijo esto, Goyo le pidió que no hablara más: "Vos venís de afuera, en este país están sucediendo cosas muy raras. Hay gente que desaparece, acá estamos viviendo un clima que... ¿No te das cuenta? Por mucho menos hay mucha gente desaparecida". Goyo rogaba por silencio. "No se sabe, no se dan explicaciones, no sale en los diarios, pero es muy grave lo que está pasando. Por favor, no lo repitas a nadie. No me cuentes más, no hables más de este asunto, por favor, que esto es peligrosísimo", la cortó Dupont.

Dupont y Elena eran amigos desde el ingreso al Instituto del Servicio Exterior. Habían sido compañeros de estudios y de promoción, y habían continuado juntos la carrera diplomática. Además, Goyo había trabajado con Eugenio Holmberg en 1961. La conocía bien y sospechaba que Elena le había referido esa historia a alguien más, y eso lo había dejado preocupado porque él sabía bien de lo que eran capaces Massera y su gente.

En noviembre de 1976, Gregorio Dupont había sido separado de su cargo en el Ministerio del Exterior, declarándolo "prescindible" a pedido, nada menos, que del almirante Massera. En ese momento, Dupont se desempeñaba en el Departamento de África y Cercano Oriente de la Cancillería. El episodio se habría

desatado cuando Dupont elevó un dictamen oponiéndose a la designación de un embajador extraordinario en Transkei, Sudáfrica. Dupont entendió que ese país había sido creado por el gobierno sudafricano para justificar el *apartheid* político al que la República Argentina siempre se había opuesto. Además, Transkei no iba a ser reconocido por ninguna potencia mundial. Fue a raíz de este dictamen que Dupont conoció al subsecretario de Relaciones Exteriores, capitán de navío Gualter Allara, quien le manifestó que la propuesta a la que Dupont se oponía era una instrucción del almirante Massera. Dupont volvió a insistir y le recomendó que enviara un cable a las Naciones Unidas, ya que allí habría material suficiente sobre la opinión de los otros Estados. Efectivamente, llegó la respuesta con la información consignada por Dupont y la aclaración de que todos los países de Europa occidental y de América se habían negado a aceptar la existencia de ese país. A partir de ese momento, Allara le pidió que trabajara con él. Transkei sólo fue reconocido por el Paraguay de Alfredo Stroessner.

Fue entonces cuando Dupont comenzó a recibir amenazas diarias por teléfono. El diplomático vivía en un piso 13 de la calle Juncal al 700, en la misma manzana de la Cancillería. Al principio, pensó que las llamadas eran una broma; siendo él segundo secretario sin injerencia alguna en la política nacional no veía por qué su vida correría peligro. Hasta que una noche, mientras tomaba un whisky en su dormitorio, el teléfono volvió a sonar. Esta vez le dijeron que creían que él se tomaba en broma las amenazas mientras estaba muy cómodo con su whisky. Dupont se incorporó y miró por la ventana mientras sostenía el tubo del teléfono. No vio nada. Entre asustado y furioso, les dijo: “Me están mirando con un largavistas” y del otro lado respondieron: “No, te estamos apuntando con una mira telescópica”. Dupont corrió a apagar las luces del departamento. Al día siguiente, denunció el hecho en la Cancillería. Fue por esa denuncia que el encargado de seguridad de la cartera diplomática le hizo entrega de un arma para su defensa. Al principio, le ofreció una Itaka, que a Dupont le pareció poco cómoda para portar consigo todo el tiempo, así que optó por una pistola 45 que se llevó después de firmar un recibo. El encargado de seguridad en 1976 no era otro que el teniente Vilardo, uno de los marinos que tanto disgustaban a Elena en el Centro Piloto de París.

La relación de Dupont con Allara era buena, así que cuando llegó la orden de cesantía impuesta por Massera, Allara le

prometió investigar los motivos, por lo menos para informarle las razones por las cuales ya no pertenecía al ministerio. Se sabe que hubo una fuerte discusión entre el entonces canciller, almirante Guzzetti, y Allara, que fue comentada entre los empleados de la privada del canciller. El contenido de los dichos nunca trascendió. Allara volvió a hablar con Dupont y le preguntó si conocía a Massera, si tenía alguna relación con él. A lo que Dupont respondió negativamente. Allara le confirmó que Guzzetti había recibido una orden incontrovertible de Massera y que Dupont debía irse.

Unos días después, en una conversación con su amiga la pintora Susana Díaz de Vivar, conocida como Gato Frías, Dupont entendió los motivos que enojaron al Almirante. Poco antes de que fuera separado del servicio exterior había participado en una comida en la casa de Frías. Allí estaban, entre otros, el empresario de papel reciclado Fernando Branca y su esposa, Marta Rodríguez McCormack. En un momento de la noche, la pareja le preguntó a Dupont si él pensaba que el Almirante era la persona indicada para "conducir al pueblo argentino", ya que, consideraban, Massera tenía "condiciones de líder". Dupont contestó que no le parecía así, que Massera había sido nombrado comandante en jefe salteando a muchos almirantes, y que no veía que pudiera ser apoyado dentro de las fuerzas por ese mismo motivo. Que, en fin, no lo veía como la persona indicada para conducir una nación. Nadie volvió a hablar del tema esa noche.

Días después, Gato Frías lo llamó para invitarlo a otro evento. Dupont se excusó diciéndole que estaba deprimido porque lo habían echado de la Cancillería. La pintora le contó que luego de aquella comida Marta Rodríguez McCormack la había llamado para preguntarle los datos y el rango de Dupont. Enterada de lo que había sucedido con Goyo, Frías volvió a llamar a Rodríguez McCormack, quien le confirmó que ella le había contado a Massera que Dupont había "puesto en duda su honorabilidad". Luego se sabría que Rodríguez McCormack integraba la lista de amantes del Almirante.

Massera sabía elegir muy bien a las mujeres con quienes rodearse. Cuando decidió casarse, lo hizo con Delia "Lily" Vieyra, una joven atractiva, hija de un próspero escribano miembro del Jockey Club de La Plata. Algunos la definieron como pretenciosa y *snob*, lo que no le ayudó a la hora de relacionarse con otras esposas de marinos. Eso no le importaba demasiado al Almirante. Él y Lily compartían el deseo de "ser más" y tener más.

Con el tiempo, el galán que Massera creía ser fue tomando dimensiones reales. Su posición de poder dentro de la dictadura le había permitido desarrollar aún más ese perfil. Públicamente, sus modales con las mujeres eran impecables y derrochaba seducción cuando se sentía atraído por alguna de ellas. Por supuesto que sus relaciones siempre duraron el tiempo que él consideró necesario y los reemplazos llegaban con la misma velocidad con que terminaban sus romances.

Resulta difícil creer que las mujeres que se involucraran con él no supieran quién era realmente el Almirante o lo que representaba. Ese halo de poder dominante que transmitía era tan evidente que hubiera sido imposible no notarlo. Sus relaciones con las mujeres eran más bien tormentosas. En palabras del escritor Claudio Uriarte: "Se puede decir que realmente nunca amó a nadie a pesar de que en sus discursos se la pasaba hablando del amor, de la vida y de Dios; y que la única figura que amaba era la imagen de 'sí mismo' que quería construir: el almirante con poder político y popularidad que había definido como su programa personal".[50]

Por aquellos años, el Almirante había comenzado a rodearse de mujeres conocidas que le aportaran algo a esa imagen que intentaba construir y transmitir hacia adentro de las Fuerzas Armadas. Uriarte cuenta algunas de esas historias en su libro:

> [...] Uno de los affaires más renombrados del almirante, que fue la envidia de la mitad de la población masculina de Buenos Aires y un fermento de admiración rencorosa para muchos, fue la modelo publicitaria y actriz televisiva Graciela Alfano, una muchacha alta y bien proporcionada, de facciones bellas, piel blanca y cabellos rubios, rasgos que la convertían naturalmente en presa codiciada para un universo masculino que se sentía espiritualmente europeo pero temía ser visto como latinoamericano, y que buscaba mujeres con esa apariencia para confirmar su lugar de pertenencia espiritual y cultural. Otro *affaire* de Massera fue la novelista Marta Lynch, considerablemente mayor y más ajada que Graciela Alfano, pero dueña del prestigio de ser una intelectual inteligente, extrovertida y audaz. Con Marta Lynch las cosas no pasaron de unos pocos encuentros sórdidos en el propio despacho del almirante, aunque la escritora quedó prendada y no perdía oportunidad de insistir en su relación con él. Al parecer, esa insistencia llegó a hacerse tan pesada que Massera debió pedirle que le

> enviara todas sus cartas y mensajes por medio de un emisario, ya que Lily estaba celosa y los almirantes desaprobaban la amplia publicidad que recibía su escandaloso estilo de vida. La novelista confiaba entonces al emisario cartas y mensajes que Massera no se preocupaba por leer, lo que colocaba a aquél en la embarazosa posición de tener que inventar pretextos para justificar semejante desinterés.
>
> Marta Lynch se había sentido atraída desde hacía mucho tiempo por los hombres con poder: *La alfombra roja*, su primera novela, narraba su *affaire* con Arturo Frondizi.
>
> La trayectoria de Frondizi a Massera quizá no era casual, como acaso tampoco lo sería el suicidio de la escritora varios años después, cuando ya no podía soportar su envejecimiento. El almirante halagó a la coleccionista de hombres públicos que había en Marta Lynch, y la novelista al marino semiilustrado y ansioso de barniz cultural que era Massera [...].[51]

Por entonces se comentaba que ninguna de las posibles relaciones de Massera era tan importante como la que tuvo con Marta Rodríguez McCormack, quien estaba casada en segundas nupcias con el empresario Fernando Branca, ex guardiacárcel que había amasado una fortuna en el negocio del papel, y si bien no se pudieron establecer los comienzos de esa fortuna, algunos la relacionaban con colaboraciones de Branca con representantes del crimen organizado en los Estados Unidos. En su biografía no autorizada sobre Massera, Claudio Uriarte cuenta:

> En todo caso, su matrimonio con Marta Rodríguez McCormack en 1974 le sirvió como importante instrumento para acrecentar el nivel de sus operaciones, aprovechando el dinero y las conexiones sociales que disponía su flamante esposa en momentos en que la Argentina comenzaba a vivir, con el Proceso, la etapa de alta especulación financiera y atraso cambiario conocida como “la plata dulce”, donde florecía el arribismo social y las nuevas fortunas se hacían y deshacían en minutos. A fines de setiembre de 1976, Branca, que se desempeñaba entonces como titular de la firma Durbin S.R.L., instó a su mujer a que le consiguiera una entrevista con Massera a fin de que éste lo ayudara a desbloquear 1.600.000 dólares depositados en el Banco Central. Marta accedió, y Branca

> fue llevado pocos días después al despacho del almirante donde lo esperaban éste y su amigo personal e importante ayudante financiero, el escribano Natalio Hocsman. Se pusieron de acuerdo rápidamente, y Massera dio a Branca los datos del contraalmirante Andrés Covas, quien se desempeñaba en ese momento en el directorio del Banco Central. El desbloqueo de los fondos se llevó a cabo con facilidad, y Branca entregó a Hocsman un regalo de 40.000 dólares como agradecimiento por los servicios prestados y como manifestación de su interés por seguir haciendo negocios con la Marina.[52]

Uriarte sostenía que la relación entre Massera y Branca se desarrolló con velocidad y que habían llegado a un acuerdo para poner una financiera o un banco. Pero para eso, Branca debía vender unas 3.000 hectáreas que tenía en Rauch y que estaban en juicio de división de bienes. La demanda se la había iniciado Ana María Tocalli, ex exposa de Branca. Era necesario conseguir un comprador que estuviera dispuesto a hacerse cargo de la deuda.

Fernando Branca hijo contó a la revista *Noticias:*

> Massera le había destrabado a mi padre 1.600.000 dólares que había traído de los Estados Unidos. El Banco Central no quería dejar entrar ese dinero al país porque sospechaba que era plata sucia. Con la ayuda de Massera le destrabaron la plata en dos horas y quedó totalmente blanqueada. Mi padre se obnubila con ese poder de Massera y quiere empezar a hacer negocios con él. Además, aprovechándose de esa supuesta mano que le dio Massera, mi papá le hizo un juicio al Banco Central por retenerle el dinero. Pero no fue su único error. Mi padre, que tenía varios campos, quiso venderle uno a Massera al doble del valor real.[53]

Mientras el Almirante avanzaba en su relación con Branca, mantenía un romance con Marta. “El lugar de los encuentros era un departamento de la calle Darregueyra, en la zona elegante de Palermo. El adulterio era, en cierto modo, el motor del rápido enriquecimiento de Branca, quien deliberadamente hacía caso omiso de la relación entre su mujer y el Almirante, y se daba, a su vez, a frecuentes aventuras amorosas, la más importante de las cuales era la que mantenía con la modelo Cristina Larentis, que a su vez era novia de uno de sus mejores amigos personales, Jorge

Burguess. Sin embargo, Marta Rodríguez McCormack, que era una de esas mujeres que pueden vivir y soportar cualquier cosa menos la indiferencia y la falta de atención, no toleraba los repetidos adulterios de su marido y se lo hacía saber en escenas de creciente virulencia física y verbal”.[54] Durante la Semana Santa de 1977, mientras miles de personas buscaban infructuosamente saber qué había pasado con sus familiares desaparecidos, Branca hizo el intento de recomponer su relación con Marta y arregló un viaje a Punta del Este con dos matrimonios amigos. Pero la pareja ya estaba en su fase final y Marta casi no salió de su habitación. Tuvieron varias discusiones y en una de ellas se lo escuchó a Branca gritar: “¡El vivo soy yo, estúpida! ¡Yo soy el vivo! ¡Me los paso a todos, a todos! ¡También al piola de Massera! ¡Le vendí un buzón con lo del Banco Central y ni se avivó, ni él ni el otro marino del banco! ¡Me los pasé! ¡El vivo soy yo!”.

Al tercer día, en el casino del Hotel Nogaró, tuvo lugar una escena de celos. Marta, frente a testigos amigos del matrimonio, comenzó a quejarse de las infidelidades de su esposo. “¡Me lo debés todo a mí!”, gritó en un momento preocupándose de que todos los presentes en el lugar la escucharan. Su marido no le hizo caso. “¡Tenés algo gracias a mí!”, insistió. Harto, Branca se levantó para irse. Marta entonces gritó: “¡A ese hijo de puta lo voy a hacer sonar! Cuando llegue a Buenos Aires le voy a contar al Negro que lo quiere pasar en un negocio, y el Negro le va a pasar un camión por encima”. Al día siguiente, durante otra discusión, Branca la golpeó en la cara, a lo que ella repitió: “Le voy a avisar a Massera la trampa del negocio que le hiciste resolver, entonces que Dios te ayude”.

> Volvieron a Buenos Aires. A los pocos días, Branca, que se había ido a vivir al departamento de Cristina Larentis, recibió en sus oficinas una llamada de Massera invitándolo a cenar en el restaurante del Hostal del Lago. Un día antes, Marta Rodríguez McCormack había solicitado y conseguido que el Almirante fuera a verla urgentemente a su departamento de Libertador y Ocampo. Massera llegó, tomó café y escuchó su relato. Su respuesta fue característica:
> —Yo ya sé quién es Branca, los alcances de la maniobra que está intentando. Sólo me falta saber si vos estás metida o no. Tu situación va a ser analizada para proceder en consecuencia. Yo ya sé que vos no tenés la culpa, que te usaron, pero hay un sector de la fuerza que piensa todo lo

contrario, y te involucra en la estafa que decís.[55]

Massera invitó a Branca y Larentis a navegar en el yate naval al día siguiente. “Larentis se excusó pero Branca aceptó. A las 10 de la mañana del 28 de abril de 1978, el ayudante Rodríguez llamó al departamento de Larentis para recordarle a Branca que debía encontrarse con el Almirante a las 15 en el Apostadero Naval de San Fernando, donde se amarraba el yate del comandante en jefe de la Armada. Branca se fue a trabajar a sus oficinas donde a las 11.30 recibió otro llamado de Rodríguez para reconfirmar la cita. El empresario llamó entonces a su abogado, Horacio Groppa, para pedirle que lo llamara a la noche porque por la tarde salía a navegar con Massera.

Pasado el mediodía, Branca volvió al departamento que compartía con Marta McComarck para cambiarse de ropa. Llegó algo nervioso y le dijo a Marta que creía que lo estaban siguiendo, ella respondió que también le parecía que la seguían. Branca salió en su Mercedes Benz rojo por avenida Libertador con dirección a la zona norte del conurbano. En ese trayecto habría sido interceptado por un auto con dos hombres que lo encañonaron y lo subieron con ellos. En ese momento se creía que los dos hombres eran el teniente Jorge Radice y el capitán Eduardo Osvaldo Invierno.

Para la noche nadie sabía nada de Branca, el ayudante Rodríguez había llamado a la oficina del empresario para preguntar por qué no se había presentado a la cita con Massera y también se había comunicado con la casa de Larentis, quien ante la preocupación habló con un amigo de Branca, Ibarra.

Cuando los amigos de Branca se presentaron ante Massera para pedir su colaboración en la búsqueda del empresario, el Almirante llamó a dos personas que se iban a encargar de investigar el caso. “Se trataba, nada menos, que de Jorge Radice y Eduardo Osvaldo Invierno, a quienes ninguno de los dos amigos de Branca conocían, por lo tanto ni sospecharon ni temieron, pero tampoco volvieron a recuperar los documentos que le entregaron a Massera en esa reunión”, contó Uriarte.

En la entrevista a la revista *Noticias*, Fernando Branca hijo declaró que a partir de su propia investigación cree que su padre estuvo en cautiverio un tiempo, por lo menos el tiempo necesario para que la gente de Massera lograra hacerse de los bienes de su padre. En esa nota, el hijo de Branca sumó otra intriga al caso: aparentemente, en un campo en la localidad de Norberto de la

Riestra, en la provincia de Buenos Aires, una amiga de la ex esposa de Branca encontró una boleta de 1981 firmada por Fernando Arturo Branca en la que le recetaban un remedio. También relató que al momento de su desaparición, su padre contaba con un patrimonio estimado en 30 millones de dólares, tres propiedades en los Estados Unidos, un departamento en Avenida del Libertador, acciones, campos, autos y efectivo. Todo eso se esfumó junto con el empresario. Su hijo logró el acceso a las chequeras emitidas por bancos en Estados Unidos y a todas les faltaba un cheque. Las cuentas fueron vaciadas cuarenta y ocho horas después de la desaparición del empresario y nadie pudo recuperar el campo que le pertenecía.

Massera comenzaba a ejercer un poder sin límites y nadie podía precisar cuándo llegaría a su fin. Por su parte, Marta McComarck, dos años después de la desaparición de Branca, le habría gritado a su primer marido: “A vos no te pasa lo de Branca porque sos el padre de mis hijos”. Sucede que César Blaquier, primer esposo de Marta, había intentado recuperar la custodia de sus hijos tras el matrimonio de McCormack con Branca. Para eso, contrató a uno de los abogados más prestigiosos del momento, Bruno Quijano, quien había sido ministro de Justicia del general Lanusse. En medio de la querella, Quijano fue secuestrado por un supuesto y extraño grupo “terrorista” que lo mantuvo en cautiverio unos dos meses, hasta que fue liberado tras el pago de un rescate de 250 mil dólares. Después de ese episodio, Quijano se limitó a decir que no quería saber nada más con esa causa y que ningún abogado en Buenos Aires querría patrocinar a Blaquier.

El 17 de junio de 1983, el juez federal Oscar Salvi detuvo a Massera en la causa que investigaba la desaparición y el supuesto homicidio de Branca. La declaración de Massera fue extensa y el testimonio de Guillermo Patricio Kelly fue muy importante en ese contexto. También se les dictó prisión preventiva a Marta Rodríguez McCormack y el capitán de navío Eduardo Invierno. Según la investigación realizada, ellos habían sido los ideólogos de la desaparición del empresario, y el capitán Invierno habría participado en el operativo de secuestro de Branca. Pero para ese momento, la relación de Marta con el Almirante ya había terminado y él lo había hecho con un claro mensaje: en el departamento de Darregueyra le dejó todas sus pieles sumergidas en la bañera.

Esa mujer que había llevado a los oídos de Massera los dichos en confianza de Dupont le costó la carrera al diplomático. Pero ese

episodio no sería el más grave que viviría Dupont. Goyo entendía bien las consecuencias de enfrentarse al Almirante. Por eso le había pedido a Elena que se callara. Sospechaba que ya era demasiado tarde para advertencias, y estaba en lo cierto.

Elena se habría reunido para comentar los hechos referidos al encuentro entre Massera y Montoneros, y el asunto del millón de dólares entregado a Firmenich y compañía, con el comandante de Institutos Militares, Santiago Omar Riveros,[56] y con el mismo Videla, con quien estuvo en ocasión de la visita de un funcionario francés en la que ella ofició de intérprete. También habría conversado esto con el capitán de navío Gualter Allara, ex jefe de Dupont en la Cancillería.

II

En febrero de 1979 llegó a la casa de los padres de Elena un anónimo dirigido al doctor Holmberg. Estaba intencional y burdamente mal escrito por una supuesta conocida de Elena. Según el texto de esa carta,[57] esta mujer era una comerciante que tenía un negocio sobre la calle Florida y que había conocido a Elena en París. Daba detalles vagos de su relación y contaba que la última vez que había visto a Elena había sido en diciembre de 1978, justo antes de su secuestro y asesinato. Contaba también que había notado, textualmente:

> que un hombre de 60 años, delgado canoso pero muy agil la segia y hera la misma persona que se habia perdido en el gentio de la calle Florida. Rapidamente yame al cadete y le dije que se fijara adonde iba este hombre que lo sigiera, el cadete me trajo la direccion de la casa que este hombre entro se ve que este hombre entrego a la señorita y la vigilaba todos sus pasos. Yo señor padre de Elena no quise hablar antes por que tuve mucho miedo de contar todo lo que sabia MI CADETE AVERIGUO TODO LOS DATOS DE ESTE HOMBRE VIVE EN LA CALLE HIPOLITO YRIGOYEN 3083 se lo conoce por Rando CUANDO SEGIA A SU HIJA YEVABA CAMISA AZUL SALIDA [...].

El anónimo continuaba con tantos detalles sobre Rando como faltas de ortografía intencionales. Daba cuenta del colectivo que

Rando había tomado, dónde se había bajado y las características de la casa de aquel sujeto, para terminar asegurándole que

> ESTE HOMBRE TIENE QUE SABER QUIEN FUE EL AUTOR DE LOS HECHOS DE SU SEÑORITA ELENA.
> ESTE HOMBRE DEBE SABER MUCHO.

Los Holmberg no dudaron en llevar la nota a la Justicia para que el tal Rando fuera citado con urgencia y así se hizo. El juzgado lo mandó llamar por la fuerza pública y el 23 de febrero, un hombre de 72 años, con un parkinson avanzado y un audífono, se presentó ante el juez. Dijo llamarse Rafael Rando, ser argentino naturalizado y no conocer a Elena ni haberla sentido nombrar jamás. Además, aclaró que no frecuentaba la calle Florida porque le molestaban las aglomeraciones. En su testimonio, Rando contó que tenía dos hijas. Una de ellas era Elisa, periodista que vivía en Barcelona. Elisa Rando era entonces una exiliada que había participado de las denuncias internacionales sobre torturas y asesinatos en la Argentina, así como de las actividades de boicot al Mundial ’78. Era evidente que Rando no tenía nada que ver con Elena, no la conocía ni sabía quién era. El hombre se esmeraba en explicar que nunca había tenido problemas con la Justicia y que no sabía nada sobre el caso Holmberg. Sin embargo, alguien lo había marcado y había decidido señalarlo como partícipe del secuestro.

Elisa nunca se enteró de este episodio, ya que su padre jamás se lo comentó. Tampoco puede precisar con qué otro motivo que no fuera “embarrar la cancha” el nombre de su padre apareció en la investigación. Los investigadores tampoco llegaron a conclusión alguna. Sin embargo, la estrategia de comenzar a confundir a los Holmberg, desviar la investigación y responsabilizar a los “terroristas en el exilio” había comenzado. Y continuaría con la trama del investigador especialmente destinado al caso: un agente del Batallón 601 del Ejército, que se desempeñaba bajo las órdenes del coronel Morelli, y fue asignado al caso por pedido expreso del coronel Alberto Tepedino después de una charla con Enrique Holmberg.

El hermano de Elena, ex militar, se negaba a aceptar que las Fuerzas Armadas no eran lo que suponía y había colaborado a formar y, otra vez desoyendo todos los consejos, había ido hasta la Jefatura de Inteligencia del Ejército y se había entrevistado con su compañero de armas, Tepedino, quien le prometió asignarle a un

hombre de Inteligencia del Ejército para que se ocupara de la investigación del crimen de su hermana.

Tepedino fue jefe de Inteligencia del Batallón 601 del Ejército desde agosto de 1976 hasta octubre de 1979. Se lo señala como uno de los máximos responsables por la Noche de los Lápices y el Operativo Murciélago, y por la desaparición de militantes montoneros en el exterior. Desde 1979 y hasta 1983, estuvo al frente de la Secretaría de Seguridad Interior del Ministerio del Interior. En democracia, se lo sindicó como uno de los cerebros de la maniobra de entorpecimiento en la causa que investigó el asesinato del soldado Omar Carrasco. En junio de 1997, el juez español Baltasar Garzón solicitó que se le tomara declaración, ya que es una de las personas sospechadas de haber confeccionado los listados que contienen información sobre la suerte de los 30 mil desaparecidos.[58]

El doctor Horacio Giménez sería un investigador presuntamente especializado, asignado en exclusiva, miembro del Ejército y no de la Armada, que apelaría a todo tipo de recursos para convencer a la familia de Elena de que su trabajo implicaba riesgos para todos.

Se presentó en la oficina de Eugenio de parte del coronel Tepedino. Eugenio le pidió su identificación y Giménez le mostró su credencial con el número 771 de la Jefatura de Inteligencia del Estado Mayor General del Ejército. También le mostró su cédula de identidad número 4.410.543 y nombró a los coroneles Tepedino y Julio César Bellene como sus jefes. En el transcurso de aquella primera entrevista con el hermano de Elena, Giménez le manifestó que toda la investigación quedaría a su cargo a partir de ese momento. Le pidió absoluta reserva de lo que se hablase sobre el tema y estableció como forma de contacto los teléfonos 41-5878 y 44-3908.

Giménez era un hombre de unos 40 años, de estatura normal, con poco pelo y con una mancha en la cara. Eugenio lo recordaría para siempre.

Durante los meses siguientes, ya en 1979, Giménez visitó o se encontró con Eugenio en varias oportunidades. En aquellos encuentros, siempre pedía referencias detalladas sobre la vida pública y privada de Elena. Siempre resaltaba que su vida corría peligro, y una vez, hasta llegó a mencionar que estaba buscando a un tal Miguel o Esteban como responsables. Le pidió a Eugenio que averiguara si ese nombre significaba algo relacionado con Elena. Eugenio indagó en su familia con resultado negativo. A

partir de ese momento, Giménez le pidió a Eugenio que no contara a nadie sobre ese Miguel o Esteban, ni siquiera a sus hermanos. Si se filtraba que lo estaban buscando, el mismo Giménez podría desaparecer.

Eugenio seguía al pie de la letra las instrucciones del investigador. Si le pedía que no hablara, no hablaba. Le contestaba todo lo que sabía y sólo lo llamaba cuando éste se lo requería. Durante la investigación, Giménez le contó que se iría a Europa para buscar pistas. Cuando regresó, le relató que había estado en París. Que allí se había entrevistado con Silvia Agulla y que había hecho algunas averiguaciones sobre Vilardo y Yon, los marinos asignados al Centro Piloto. También había recabado datos sobre otros tres personajes que frecuentaban la embajada en París. Ellos eran un tal Guillermo —que se hacía pasar por periodista y que viajaba mucho entre París y Madrid— y los señores Benazzi y Aranda. Según Giménez, todos ellos circulaban con identificaciones y credenciales falsas.

Miguel Ángel Benazzi Berisso, alias "Manuel", "Turco Salomón", "Carlos Guevara" y "Jorge Varela", fue otro de los pesos pesados de la ESMA, donde operó entre 1977 y 1979, y especialista en asesinatos internacionales. Antes, había sido oficial de la Secretaría de Inteligencia. En sus testimonios ante la Justicia, varios sobrevivientes lo señalan como uno de los torturadores del centro clandestino de detención.

En el medio de su "ejercicio" en la Escuela de Mecánica, fue asignado al Centro Piloto de París, donde habría operado hasta marzo de 1978. El ámbito internacional era el fuerte de Benazzi. En julio de 1978 viajó a Asunción, Paraguay, para intentar recapturar a Jaime Dri, un secuestrado que logró fugarse de la ESMA, y en cuya historia Miguel Bonasso basó su libro *Recuerdo de la muerte*.

En septiembre de 1978, "Manuel" comandó una operación para intentar secuestrar al diputado Armando Croatto en Madrid. Participó en operaciones para apropiarse del patrimonio de los secuestrados Omar Massera, Horacio Palma, Conrado Gómez y Emilio Assales. También fue parte del grupo que los asesinó.

En enero del siguiente año, viajó a Roma desde Madrid por orden del Tigre Acosta para terminar con la misión en la que había fracasado. Esta vez, debía fusilar a Dri.

Benazzi era alto, delgado y elegante, como lo describe Bonasso en su libro: "Estaba acostumbrado a operar fuera del país. Era uno de los primeros oficiales de Inteligencia que ingresaron al *Grupo* en

1976. Luego estuvo un largo período en Europa, trabajando en el Centro Piloto de París, un organismo de difusión del gobierno argentino bajo cuya cobertura habían realizado muchas labores clandestinas o, como ellos preferían decir, 'por zurda'. Esas tareas habían llamado la atención de un molesto testigo: la señora Elena Holmberg Lanusse […]. Una orden bajó discretamente por los peldaños adecuados. Pocos días después, la señora Holmberg aparecía flotando en el Delta del Río Paraná con un alambre en el cuello".[59]

En febrero de 1979, dos meses después del asesinato de Elena, Benazzi fue premiado con la designación de jefe de Operaciones en el exterior con actividades de agregado naval en Bolivia, donde asesoró en materia de Inteligencia a los bolivianos. En 1980 regresó a la ESMA como oficial de Inteligencia, y dos años después compartió la Jefatura de Inteligencia con Adolfo Donda Tigel, cuando ambos eran tenientes de navío. Murió procesado por delitos de lesa humanidad en 2008.

En *Banzer y el Mercosur de la muerte*, Graciela Daleo, una de las sobrevivientes de la ESMA que se vio obligada a trabajar como esclava para los represores, relata al autor Martín Sivak que durante su cautiverio los marinos la llevaron a Bolivia. "Nosotros conocíamos el proyecto de los marinos de crear una base en Bolivia que sirviera de apoyo político y acción psicológica para la carrera política de Massera. Entonces, a un grupo que simulamos ayudarlos, y ellos consideraban recuperables para ese plan, nos trasladaron a varios lugares. En Bolivia, los prisioneros estábamos por un acuerdo, no sé a qué nivel, entre la marina argentina y la dictadura boliviana". Miguel Ángel Benazzi, recuerda Daleo, era "el marino que nos vigilaba en La Paz".

III

El investigador del Ejército dijo que en París se había enterado de que había un hombre ligado a alguna cátedra en la Soborna que conocía detalles de la muerte de Elena, pero que no había podido ni acercarse a ese hombre para no arriesgar la vida de ninguno y que, de cualquier manera, ese hombre no le aportaría nada nuevo. También le refirió a Eugenio que a su entender habría cierta relación entre el asesinato de Elena y el de Horacio Agulla, director de la revista *Confirmado*. La intriga comenzaba a ser ya de

niveles internacionales. Nunca les quedó claro si realmente había sido así o si todo lo que Giménez decía era parte de la maniobra de distracción.

Una de las tantas veces que Giménez se reunió con Eugenio le solicitó hablar con una amiga de Elena de la Escuela de Bellas Artes. Giménez tenía la información de que esta mujer era, además, vidente. Eugenio los presentó pero nunca supo de qué se habló en esa entrevista. De pronto, aquellas visitas periódicas de Giménez se cortaron. Eugenio comenzó a llamarlo a todos los números telefónicos donde podía encontrarlo, pero fue en vano. Entonces, habló con Tepedino para pedirle noticias de Giménez. El coronel le aseguró que en pocos días sabría algo de él, y así fue. Giménez se presentó unas dos semanas después y le dijo que había terminado con su trabajo, que dejaba el caso previo pasar toda la información al coronel Tepedino. La conclusión final era que había confirmado todo lo sospechado en un principio: que habían sido los marinos y que era superfluo seguir ahondando sobre lo evidente. Le sugirió a Eugenio que se comunicara con Tepedino y le hizo una recomendación final: "No paguen". Eugenio lo interpretó como una advertencia de que les pedirían dinero por la información recolectada por Giménez.

Luego de esa última charla, Eugenio insistió en volver a comunicarse con el investigador a los teléfonos habituales, pero no lograba hablar con él. Empezó a llamarlo todos los días en distintos horarios, hasta que finalmente, después de muchos intentos, alguien contestó el teléfono. Allí no había ningún Horacio Giménez. No estaba ni había estado nunca. Eugenio había frecuentado a esa persona durante casi un año. Había estado en su oficina, lo había interrogado, le había aportado información. ¿Quién era este hombre? ¿Dónde estaba y quién lo había mandado? ¿Habían caído en una trampa?

Durante años, los Holmberg trataron de encontrar a Horacio Giménez sin éxito, pero en sus averiguaciones descubrieron que este hombre se había presentado también en las oficinas de la revista *Confirmado* después de la muerte de Agulla. Según una declaración de la secretaria de Horacio Agulla,[60] al día siguiente del entierro de su jefe se presentó en la revista un hombre con una gran mancha violácea en la cara que dijo ser el doctor Horacio Giménez, agente del SIE[61] encargado de la investigación del asesinato de Agulla.

Durante más de un año, Giménez indagó a muchos empleados de *Confirmado* y siguió llamando hasta 1980. Una de esas tardes,

el extraño investigador se presentó en un auto con custodia y pidió entrevistarse con la secretaria de Agulla fuera de la revista. Se subieron a un Falcon celeste que los llevó hasta un café de la Recoleta. Allí, la empleada conoció a un hombre alto y fornido que parecía ser el jefe de Giménez y que le dio un nombre falso. Durante más de una hora, Giménez y su jefe —que se refería a Giménez como Sherlock— hablaron sobre lo peligrosa que era la tarea que realizaban e intentaron un interrogatorio que a la secretaria le pareció vago.

Meses después, Giménez le comunicó a la secretaria que "de arriba habían parado la investigación" y que por eso sólo quedaban pocos hombres trabajando en el tema. En otra oportunidad, le aseguró que estaba cerca de descubrir toda la verdad pero que no se la comentaría porque para ella sería mejor no saberlo. Después, sus visitas fueron cada vez más espaciadas hasta no volver a saber de él.

Hacia fines de 1979, Eugenio viajó a París, donde se entrevistó con Silvia Agulla, quien le contó que el mismo hombre de la mancha violácea había estado con ella en varias oportunidades durante dos viajes: uno a principios de 1979 y otro a mediados del mismo año. Le había hecho muchas preguntas sobre Elena y sobre Horacio Agulla, y en una ocasión se presentó con uno de sus superiores que se hacía llamar "Don Julio". En esas entrevistas, Giménez le dijo a Silvia Agulla que entendía que (Miguel Ángel) Benazzi había sido el autor del asesinato de su hermano Horacio, pero que tenía como coartada haber pasado la noche con una mujer, a la que no quería investigar para no levantar sospechas.

Giménez le habría confirmado que "cuanto más investigamos el caso de la muerte de Elena Holmberg, más nos damos cuenta de que fueron los mismos que mataron a Horacio". Silvia le manifestó a Eugenio el temor que le habían producido las visitas de Giménez, quien, además, le habría pedido datos sobre los marinos del ministerio, entre ellos, del tal Guillermo que Silvia recordaría se apellidaba Morel y que tenía el número de teléfono parisino 525 7756.

Esta persona se hacía pasar por periodista de un diario de Bahía Blanca y trabajaba en el Centro Piloto sin figurar en la nómina de empleados.[62] Se trataba del marino Antonio Pernías,

miembro del Grupo de Tareas 3.3.2 y del Centro Piloto en París.

El detective había desaparecido, pero nada iba a detener a los Holmberg en la búsqueda de Giménez.

Notas

50. Uriarte, Claudio, *Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera*, Planeta, Buenos Aires, 1991.

51. Ídem nota 50.

52. Ídem nota 50.

53. *Noticias*, Nº 1678, 21 de enero de 2008.

54. Ídem nota 50.

55. Ídem nota 50.

56. Riveros fue general del Ejército y jefe del centro clandestino de detención Campo de Mayo. Deberá afrontar un juicio oral por robo y apropiación de bebés durante la dictadura.

57. Consta en fojas 287/288 del expediente judicial.

58. Fue, además, el primer ex jefe del Batallón 601 que llegó a juicio. Fue juzgado en San Martín junto con el dictador Reynaldo Bignone y un grupo de ex jerarcas de Campo de Mayo.

59. El dato del alambre fue desmetido por los familiares de Holmberg y no figura en el informe de autopsia ni en el expediente.

60. Fojas 878, 879, 880 de la investigación judicial por el asesinato de Elena Holmberg del 18-07-1983.

61. Servicio de Inteligencia del Ejército, conocido en esos años como Batallón 601.

62. Testimonio de Silvia Agulla en la investigación judicial por el asesinato de Elena Holmberg del 5-09-1983.

CAPÍTULO VII

La confrontation des témoins

I

El 21 de noviembre de 1979, el fiscal de la investigación por el asesinato de Elena elevó una nota al juez de la causa para pedir el sobreseimiento provisional de las actuaciones, ya que de la "detallada y exhaustiva investigación" no había sido posible "recoger probanza alguna que ayude a determinar quién o quiénes serían los autores responsables" del crimen.

Los Holmberg quedaron desolados. Su hermana muerta, los supuestos responsables dando vueltas por el mundo, entrevistándose con mandatarios europeos y apareciendo en los medios, y ellos tragando la indignación. Decidieron emprender una investigación casi febril. No dejaron espacio sin revisar, dieron vuelta una y mil veces las pertenencias, los papeles, los documentos de Elena, hablaron con sus amigos, trataron de acercarse a sus enemigos. Hicieron contactos directos e indirectos con casi toda la Junta Militar. Viajaron a Francia, recorrieron París buscando testimonios, pistas, claves. Llegaron hasta las mismas oficinas del *Washington Post* —en Estados Unidos— buscando a Charles Krause para saber si el periodista guardaba algún dato que pudiera ayudarlos en su búsqueda. Algo que los llevara hasta el móvil del asesinato. Si descubrían por qué la habían matado, tendrían al asesino acorralado. Su búsqueda era minuciosa, sistemática e implacable.

Era la misma búsqueda que hacían los familiares de los detenidos-desaparecidos. Todos indagaban, se reunían, tocaban puertas, embajadas, representantes, militares, religiosos, policías, abogados, jueces. Todos buscaban un dato, algo que los guiara hasta la verdad.

Los Holmberg también se encontraron con la certeza de que estaban solos. Ni sus contactos ni sus relaciones ni el hecho de que Elena fuera una funcionaria de la Cancillería servirían para que los trataran sin engaños. Ni siquiera ser miembros de una familia patricia, con un hermano coronel retirado y un general ex

presidente como primo. Hacían mapas de relaciones, juntaban recortes de diarios y revistas argentinos y extranjeros. Llevaban un detalle de cada encuentro con los números de teléfono, las características de las personas con las que se reunían, fechas, dichos. Y los guiaba una sola opinión: no iban a pedir ayuda a los organismos de derechos humanos. No iban a "mezclar" la memoria de su hermana con aquellos a los que ella habría enfrentado.

Hasta ese momento, los Holmberg no estaban al tanto de que Elena y Dupont habían conversado acerca de aquella supuesta reunión de Massera con Montoneros. Conocían el tema por comentarios de la nota que había publicado *Le Monde* en Francia, pero no sabían que Elena había dicho que tenía pruebas ni, mucho menos, si esa prueba era una fotografía o documental. Tampoco sabían si ella lo había comentado a otras personas, además de Dupont. Sin embargo, en 1981 llegaron a una traducción del testimonio que las liberadas Ana María Martí, María Alicia Millia de Pirles y Sara Solarz de Osatinsky dieron en Francia. Inmediatamente se presentaron en el juzgado y lograron que la investigación se reabriera. Cuando ellos pensaban que con esas pruebas ya no quedarían dudas y finalmente tendrían a los responsables, comenzó en realidad la peor parte de la pesadilla que vivirían durante los próximos treinta años. Un error mecanográfico en la traducción, acaso de quienes desgrabaron esos testimonios, o bien de las detenidas liberadas, provocó que durante muchos meses la Justicia buscara a dos personas que no existían en los registros: Dunda y Radizzi, cuyos nombres en realidad era Adolfo Miguel Donda Tigel y Jorge Radice. Los detenidos los habían señalado como los secuestradores de Elena.

Donda Tigel operó en la ESMA con los apodos "Palito", "Jerónimo", "Chiche" y los alias "Rubén Pellegrino", "Guillermo Ribes" y "Libstein Solía". Fue jefe de operaciones del Grupo de Tareas 3.3.2, y entre 1981 y 1982 compartió la jefatura de Inteligencia de la Escuela de Mecánica con otro marino señalado por el detective Giménez como el homicida de Elena: Miguel Ángel Benazzi Berisso. Donda Tigel fue condenado en octubre de 2011 por las torturas cometidas a Ángel Strazzeri, Arturo Barros, Ana María Testa, Carlos Lordkipanidse, Víctor Fatala, Lázaro Gladstein, Andrea Bello y Amalia Larralde, entre otros detenidos. Luego de la dictadura, se desempeñó en empresas de seguridad como Zapram, Servicios Quality Control, Brides (Brigadas de la ESMA) y Top Air Security, la compañía que se encargaba de controlar el equipaje en Aeroparque y Ezeiza. Junto a otro represor de la ESMA, Víctor

Dinamarca, estuvo al frente Tecnipol S.R.L., empresa de Alfredo Yabrán dedicada a la industrialización y comercialización de todo tipo de equipos utilizados por las fuerzas policiales y de seguridad.

Palito era hermano de José María Laureano Donda. Ambos habían estudiado en el Liceo Naval de La Plata, pero José María abandonó la carrera militar y se dedicó a la militancia política. En 1977, José María y su mujer, María Hilda Pérez, embarazada de su segunda hija, fueron secuestrados por la Armada. En la ESMA, María Hilda dio a luz en agosto de 1977 a una nena que llamó Victoria.[63] Adolfo Donda entregó a su sobrina recién nacida a un compañero de la ESMA: el prefecto Juan Antonio Azic.

Si Donda y Benazzi eran los responsables, junto con Radice, del secuestro y asesinato de Elena, el destino de Holmberg les había deparado un ascenso preponderante en la Armada. Ambos terminaron siendo jefes de Inteligencia de la ESMA.

II

De cualquier manera, aunque las tres mujeres que testificaron en Francia no supieran el verdadero apellido de Donda, ellas habían mencionado que los apodos de “Radizzi” eran Ruger o Gabriel. Recién cuando pidieron que busquen oficiales con ortografía similar en los apellidos les enviaron una nómina donde, finalmente, pudieron encontrarlos y citarlos. Ninguno de los dos dijo conocer a Elena o saber de ella ni del Centro Piloto.

Eso no los sorpendió, no podían esperar nada de los señalados como secuestradores de Elena. De los que sí podían esperar algo era de los amigos, los conocidos y todos aquellos que les habían indicado a Massera o a los marinos como los responsables.

Precisamente por esos días, Massera presentaba el Movimiento Nacional para el Cambio, un espacio creado para respaldarlo políticamente, en el que militaba, entre otros, Jorge “Tigre” Acosta.

Cuando la Justicia volvió a tomar declaraciones, los Holmberg empezaron a atravesar por otra desilusión. “No creo haber dicho eso”; “Nunca mencioné a los marinos”; “No me entrevisté con ningún hermano de la señorita Holmberg”; “No ordené ninguna investigación”, “No existe ni existió ningún Horacio Giménez”; “No recuerdo”; “No fui”; “No hablé”; “No estuve”. Los “no” se sumaban día tras día a la irritación de los Holmberg.

Por esa época los diarios publicaban extensas investigaciones sobre Licio Gelli, la logia P2 y sus relaciones y negocios con la Argentina y con Massera.

Todo empezaba a tener sentido y estaban seguros de poder hacer justicia. Por eso, Enrique y Eugenio Holmberg pidieron ser careados con todos aquellos testigos que les habían hecho comentarios o actuaciones sobre los posibles autores del crimen. Fue así como el coronel Tepedino —al frente del Batallón 601 en 1979—, que en su primera declaración negó investigación alguna del Batallón o el conocimiento de Horacio Giménez, en el careo con Enrique reconoció que sí había recibido "al teniente coronel Holmberg, pero lo hice a su solicitud y por deferencia al camarada". También admitió que existió una investigación y recordó detalles de Giménez, que era un agente del Batallón 601 y que había actuado en averiguaciones sobre los casos Hidalgo Solá y Agulla.

Entre junio y agosto de 1983, los Holmberg pasaron gran parte de sus días en los tribunales, escuchando y careándose con todos aquellos a los que habían recurrido horas después del secuestro de Elena con la convicción de que podrían ayudarlos. Más de cuatro años después del asesinato de su hermana, seguían sin saber qué había pasado y asistían a la mentira sistemática al punto de llegar a creer que la pesadilla volvía a empezar todos los días.

Enrique, Ezequiel y Eugenio se habían reunido con el ministro de Justicia de Videla, Alberto Rodríguez Varela. Habían tenido una larga charla con él y el ministro se había comprometido a trasladar la inquietud de la familia a Videla. Eugenio tuvo una segunda reunión con Rodríguez Varela y luego de eso no volvieron a saber del ministro hasta el 28 de junio de 1983, cuando fue llamado a declarar. Rodríguez Varela recordaba la audiencia con los tres hermanos Holmberg y admitió que había asumido el compromiso de "conversar con el presidente Videla para que éste estuviera informado sobre las graves preocupaciones de los integrantes de la familia de Elena Holmberg y del vivo anhelo que tenían de que se llegara a una conclusión con relación a ese grave homicidio". Lo cierto fue que admitió haberle informado a Videla sobre el caso y el deseo de la familia Holmberg de ser informados sobre los avances de la investigación.

Rodríguez Varela les hizo saber a los Holmberg que Videla estaba al tanto y les habría dicho que el ex dictador no tenía poder de acción porque el asesinato de una de sus funcionarias "era un tema de la Marina". Sin embargo, en el momento de declarar sobre

ese punto se circunscribió a una explicación técnica: “A diferencia de lo que ha ocurrido con otros gobiernos de facto, el presidente no tiene todas las atribuciones previstas en el art. 86 de la Constitución Nacional, habiendo quedado derivadas por imperio del Estatuto, algunas de ellas, a la Junta Militar o a los propios comandantes en jefe de las tres fuerzas”. El ex ministro de facto se desligó de haber imputado a la Armada porque dijo que no le constaba de ninguna manera que ese crimen fuera “un problema de la Marina”.

El 29 de junio de 1983 declaró el coronel retirado Ernesto Hugo Repetto Peláez, quien entre 1976 y 1979 había sido subsecretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, con las funciones de supervisión en la Dirección General de Personal, Dirección General de Administración, Dirección de Asuntos Jurídicos, presidente de la Junta Calificadora del Personal Diplomático y de la División General de Infraestructura y Servicios.

Repetto Peláez, que se había entrevistado en su despacho con Enrique y Eugenio Holmberg el 21 de diciembre de 1978, horas después del secuestro de Elena, también padecía cierta amnesia “dado el tiempo transcurrido” y consideraba “posible que el día posterior al secuestro Enrique Holmberg se haya reunido con él en su despacho”. “También es posible —dijo— que haya dicho que se estaba ante un caso análogo al del secuestro de Hidalgo Solá, en razón del conocimiento de la personalidad de Elena Holmberg, que podía llevarlo a la conclusión de que no tenía ninguna vinculación con la subversión”.

También admitió como “posible” que Enrique haya hablado desde su despacho con Harguindeguy, pero que no recordaba que le hubiera referido las imputaciones de Harguindeguy a Massera ni tampoco cuáles fueron los motivos por los que Elena fue transferida de la embajada en París a la Dirección de Ceremonial del ministerio. Eso sí: recordó que el embajador Anchorena le había comentado sobre algunos problemas funcionales en el Centro Piloto de París y que había recibido una nota del mismo embajador que exaltaba las “virtudes éticas y morales” de Elena.

Las declaraciones se sucedían en olvidos, posibilidades y negativas permanentes y los Holmberg hacían todos los esfuerzos factibles para no hundirse en los pozos de la memoria de aquellos militares que deshonraban a sus antepasados.

El careo con Repetto Peláez fue el más duro para Eugenio. Sabía que debía mantener la compostura pero la mentira de su

interlocutor lo desesperaba. El militar de Cancillería fue contundente en su negativa: “No existe posibilidad siquiera de que se haya enterado aun en forma no oficial de que el traslado de Elena haya sido por pedido del almirante Massera ni por tanto existe posibilidad alguna de que lo haya dicho”. Eugenio volvió a ratificar su declaración y lanzó con solidez su conclusión de ese careo: “Por lo expresado por el coronel entiende que en este acto falta a la verdad, no tiene nada más que agregar”.

El 29 de junio de 1983, los Holmberg también se enfrentaron en un careo con el ex ministro del Interior Albano Eduardo Harguindeguy, aquel que les había dicho el 21 de diciembre de 1978, apenas horas después del secuestro de Elena, que eso era obra “del Negro hijo de puta de Massera” y que no hablaran con Suárez Mason, que las cosas habían cambiado mucho y que lo mejor era tratar con Ojeda, jefe de la Federal. La familia nunca esperó que Harguindeguy negara lo que tanto Eugenio como Enrique le habían escuchado decir. Años más tarde Harguindeguy cumpliría prisión domiciliaria procesado por delitos de lesa humanidad cometidos en Campo de Mayo, luego de que el 21 de octubre de 2011 el juez federal Daniel Rafecas ordenara su detención por treinta y cuatro homicidios y más de doscientos hechos de secuestro y torturas, entre ellos la masacre de Fátima y los cometidos en los centros clandestinos Coordinación Federal y Garaje Azopardo, que funcionaron en dependencias de la Policía Federal.

Los Holmberg no se lo esperaban, aunque a esa altura nada les sorprendía.

Harguindeguy se identificó como militar retirado de 56 años y dijo que no recordaba haber asistido al sepelio de Elena. “Es posible que haya dicho una frase como ‘es indignante una cobardía así. Algún día les patearemos el nido a estos canallas’”, y que eso reflejaba “el estupor y el sentimiento” que lo embargaba al enterarse de lo sucedido con Elena, sostuvo. Claro que cuando se le preguntó a quiénes se refería con “estos canallas” señaló que hacía alusión a los autores materiales del secuestro y asesinato de Elena. Relató entonces que “presumía que los autores eran ajenos a los subversivos” por las características operativas y que pensó que se trataba de un hecho relacionado con el área de inteligencia del Estado. Y esto lo fundamentó (como lo había hecho Ojeda aquella tarde de diciembre de 1978 en la que los hermanos

Holmberg fueron a verlo) en que los “hechos subversivos se caracterizaban por la selección que se hacía del objetivo, que generalmente eran miembros de las Fuerzas Armadas, de las fuerzas de seguridad, dirigentes empresariales de nivel o dirigentes gremiales, y que era común que emitieran comunicados atribuyéndose “la autoría del hecho”. Todas ellas características que no se aplicaban al caso Holmberg.

También explicó que si se hubiera tratado de delincuentes comunes se habrían comunicado con la familia de la víctima y ninguna de esas cosas había pasado. Por lo tanto, descartados “la subversión” y “los delincuentes”, sólo quedaban dos hipótesis: el crimen pasional o alguna operación especial de Inteligencia. Sin embargo, Harguindeguy dijo ante la Justicia no haber pensando en ningún servicio de inteligencia en particular y que en ningún momento de su trayectoria como ministro del Interior individualizó a qué sector se refería. Sin embargo, puntualizó que era “público y notorio, y en más de un círculo y en más de un nivel de prensa amarilla se ha pretendido asignar la autoría de este hecho, al Servicio de Inteligencia de la Marina”. “Bajo ningún concepto puede aportar ningún tipo de pruebas ni afirmar que ello sea cierto”, consta en el expediente. El ex militar resumió que jamás pensó “semejante cosa” —en referencia a la autoría del crimen por parte de la Marina y Massera—, y como ni al Ministerio del Interior ni a la Policía Federal les competía investigar la actuación de los servicios, tampoco había ordenado ninguna actuación para confirmar o rectificar su hipótesis.

A pesar de todo, aclaró que sí instruyó a la Policía Federal para que se investigara a fondo y que “personalmente manifestó en su momento al juez interviniente, el doctor Marquardt, que estaban todos los medios de la Policía Federal a su disposición para aclarar el caso”. Terminó su declaración manifestando que nunca solicitó a ninguno de los servicios de inteligencia que se hiciera cargo de la investigación y que tampoco lo hizo con ningún sector u oficial de la Policía Federal.

Los Holmberg reventaban de indignación: o todos les mentían o todos habían tratado de usarlos para hacer pública una interna que no podían sostener y en cuya difusión Massera venía ganándole la batalla a la línea Videla-Viola y, por lo tanto, al Ejército.

Harguindeguy les había dicho que Massera estaba detrás, lo había llamado “Negro hijo de puta”. Tanto Eugenio como Enrique lo habían escuchado. ¿Por qué negarlo? Quizás porque ya era

1983, faltaban casi cuatro meses para las elecciones y los militares comenzaban a establecer la estrategia de silencio que mantendrían durante la democracia. Quizás porque aquel día, en la Cancillería, cuando los hermanos de Elena acudieron a pedirle ayuda, del otro lado del teléfono, Harguindeguy pretendió inventar en los Holmberg un enemigo civil y prestigioso a Massera. Nunca les quedaría claro, pero tampoco sería el único que diría que no sabía, que no dijo, que no vio, que no estuvo, que no era.

Enrique Holmberg enfrentó a Harguindeguy ese mismo día en un careo. El ex ministro del Interior volvió a negar haber dicho la frase que los Holmberg le atribuían con respecto a Massera y también "el haberlo al menos dirigido en la dirección apuntada por dicha frase". Sin embargo, recordó —tras la insistencia de Enrique— que después de algunas entrevistas mantenidas con la familia de Elena y de conversaciones con el embajador Tomás de Anchorena, y "en base a elementos subjetivos —sin tener por lo tanto pruebas concluyentes—", había admitido que "se trataba de una operación que pudo haber realizado el Servicio de Inteligencia de la Marina o elementos de la Armada".

El ex militar comenzaba a recordar lo que había negado, pero insistía en que no adoptó ningún tipo de recaudo o decisión para que se investigara y se probara su conclusión porque la causa "en ese momento se encontraba bajo la dirección de la Justicia, que tenía los medios y la independencia para realizar la investigación y en consecuencia había desaparecido de la órbita específica del Ministerio del Interior". También destacó que la sospecha de que se trataba de gente vinculada a la Armada "era tenida en aquel momento por diversos organismos, entre otros, la Justicia", y que ubicaba dichas circunstancias en los primeros meses de 1979.

Su remate fue dirigido a despegar a Videla de toda responsabilidad al manifestar que por "los servicios de inteligencia, por su mismo modo de operar, resulta imposible a una investigación normal penetrar en sus estructuras y esferas. Que el propio presidente de la Nación no tiene facultades dada la estructura del poder existente en el Proceso de Reorganización Nacional para investigar un servicio de inteligencia, dado que éstos dependen directamente de los comandantes en jefe".

El careo continuó con Eugenio, quien volvió a detallar aquella conversación, en la que Harguindeguy había reconocido a Elena como la que había concurrido a la recepción a la reina Sofía de España, y que la había identificado como la funcionaria de Cancillería que había estado asignada en París. El hermano de la

diplomática dijo que fue por indicación de Harguindeguy que se dirigieron a ver al comisario general Ojeda, jefe de la Policía Federal. Pero Harguindeguy volvió a negarlo.

—Con el dolor que me produce, por haber sido una persona que respetaba, debo decirle que está faltando a la verdad —le respondió Eugenio.

—Se expresa más con la pasión que con la razón —lo ultimó Harguindeguy.

III

Poco después, ese mismo día, los hermanos Holmberg volverían a encontrarse con Edmundo René Ojeda, jefe de la Policía Federal, el mismo que les había dicho que estaba seguro de que el jefe de la ESMA, Rubén Jacinto Chamorro, tenía a Elena detrás de la puerta en la Escuela de Mecánica.

Otra vez, Ojeda no recordó hasta que Enrique insistió en que si no hubiera sido por la recomendación de Harguindeguy nunca se le hubiera ocurrido preguntar en la Policía Federal por su hermana, y mucho menos en la ESMA.

Ojeda no reconocía haberse referido a la Armada hasta que la insistencia de Enrique lo llevó a un ejercicio de memoria en el que sugirió que tal vez habló con el almirante Chamorro con la única finalidad de requerirle información, y que no se había comunicado con Suárez Mason.

Ojeda describió que los “pedidos de área libre —zona liberada para los servicios de inteligencia— eran una cuestión de rutina y que por tanto no eran controlados por el jefe de Policía, eran recibidos en la Jefatura de Operaciones de la Policía Federal y que en esa dependencia se realizaban turnos”. Asimismo, manifestó que nunca pidió información acerca de si existió o no pedido de área libre la noche que secuestraron a Elena. Y, entonces, “como por arte de magia”, diría Eugenio Holmberg décadas después, admitió haber designado al falso detective. “Según le hace recordar en este momento el señor Enrique Holmberg, efectivamente designó al comisario González a pesar de pertenecer a delitos económicos por tratarse de una persona lúcida y que podía desempeñarse a cualquier nivel, lo que no siempre sucede en la Policía”.

Después de haber negado su conversación con Chamorro y

luego de haber creído recordarla o pensar que tal vez sí había hablado con el señor de la ESMA, Ojeda concluyó que no era habitual hablar con el jefe de la Escuela de Mecánica, aunque en el caso de Elena "se justificaba" y que recurrió a Chamorro en esa oportunidad porque se trataba de un caso "único". Ojeda reconoció, además, no recordar "haber intervenido durante los tres años de su gestión en un caso similar" al de Holmberg. "Es el único caso en (el que tuvo) acción directa en la cuestión, ya que normalmente comienza y se desarrolla en otros carriles y que ésa es la razón por la que llamó a Chamorro", dice el expediente.

Los Holmberg no festejaban, pero estaban convencidos de que esos careos los llevarían hasta los asesinos de Elena. Sin embargo, la cadena de negaciones y olvidos recién comenzaba.

IV

Un jueves de septiembre de 1982, Gregorio Dupont, que llevaba un par de años sin poder salir del estupor que le causó la muerte de Elena, visitó a Eugenio Holmberg para contarle de aquel encuentro que había tenido con su hermana en diciembre de 1978, unas semanas antes de que la mataran.

Cuando Eugenio escuchó el relato, reunió a sus hermanos para preguntar a Dupont si estaría dispuesto a declarar ante el juez que llevaba la causa, el doctor Zabalía. Dupont dijo que no tenía problemas en declarar, que era un hombre solo, sin hijos. No veía riesgos. De cualquier manera, y precavidos por todo lo sucedido desde el asesinato de Elena, los Holmberg sugirieron que Dupont efectuara una declaración que protocolizarían con un escribano. Así lo hicieron en ese mismo momento. Unos días después, el lunes 20 de septiembre de 1982, se haría la declaración ante el juez. Si algo sucedía, estarían cubiertos. Dupont sólo había comentado el tema con un periodista del *Buenos Aires Herald*, quien esperaba que se hiciera la presentación a la Justicia para publicar la noticia. Pero justo antes de que eso pasara, la información se filtró y fue publicada en el diario *La Voz* el sábado 18 de septiembre.

Dupont fue a declarar no sin antes discutir con su hermano Marcelo, publicista, qué era más conveniente, si hablar con la prensa antes o después de presentarse al juez. Le pareció que era mejor esperar, de manera que se presentó el lunes y las notas sobre sus declaraciones empezaron a aparecer el miércoles.

De allí en adelante, Dupont haría un intenso recorrido por todos los medios: radio, televisión, revistas y diarios. Esas apariciones ya no se detendrían. El 30 de septiembre, su hermano Marcelo desapareció. Su cuerpo fue hallado unos días después, sembrado en un escenario diseñado para simular que el publicista había caído de un edificio en construcción en la calle Ocampo, en el barrio de Belgrano. Las autopsias revelaron que, entre otras heridas, había sido torturado con descargas eléctricas. Antes de su desaparición, Marcelo había sido amenazado. En esos llamados le daban información suficiente sobre su familia para que supiera que los seguían tan de cerca como para conocer el horario y el recorrido que su hijo hacía en bicicleta hacia la escuela. Ese breve lapso entre la desaparición de Dupont y el hallazgo del cadáver fue suficiente para que los servicios de inteligencia montaran un operativo grotesco para demostrar que, en realidad, Marcelo Dupont se había escapado a Brasil por problemas financieros. Hubo testigos que aseguraban haberlo visto repartiendo tarjetas personales en un colectivo y hasta se fingió un regreso a Buenos Aires en ferry. Gregorio Dupont sabría más tarde que efectivamente eso ocurrió con un hombre muy parecido a su hermano con documentación falsa. Lejos de sentirse atemorizado, redobló su ataque, quiso llevar testigos clave a la Justicia, entre ellos un ex administrador de Fernando Branca con un testimonio contundente que implicaba seriamente al Almirante en la misteriosa desaparición del empresario esposo de la supuesta amante de Massera.

Dupont descubrió que en el subsuelo de su propio departamento alguien había instalado grabadores en las centralitas de Entel. Lo informó a la Justicia. La pericia hecha sobre estos grabadores dio como resultado que no había huellas digitales, ni siquiera las del mismo Dupont que había tocado los elementos. También en su propia investigación Gregorio pudo saber que el asesinato de su hermano habría estado a cargo de un sector del Batallón 601 que pertenecía a la línea del Ejército que apoyaba el proyecto político de Massera.

Otra vez, era un muerto el que aparecía en el centro del rompecabezas de internas que la dictadura arrastraba desde sus inicios.

Ese mismo mes, la familia del embajador Hidalgo Solá había publicado una solicitada en los principales diarios. En un texto tan

breve como contundente, exigían al presidente Reynaldo Bignone la formación de una comisión investigadora para esclarecer el caso de la desaparición del embajador argentino en Venezuela y terminaban definiendo que "ya no es tiempo de silencio como respuesta, porque nosotros no cerraremos jamás este caso porque confiamos en que un día se hará justicia".

El 23 de septiembre de 1982, los hermanos Holmberg fueron invitados al programa *Tiempo Nuevo*, que conducían Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. Allí ventilaron todo lo que venían acumulando desde la muerte de Elena. Todo, con nombres y de frente. Señalaron a Massera y a su gente e hicieron especial hincapié en el hecho de que Allara —que había estado al frente de la flota de mar durante la guerra de Malvinas— pudiera haber tenido un informe de Elena sobre las actividades y reuniones de Massera en París.

La respuesta no se hizo esperar. Massera pidió juicio de honor en el Ejército para Enrique. Allara se sintió agraviado porque los Holmberg mencionaron que habiendo estado al frente de la flota de mar no la había sacado del puerto durante la guerra de Malvinas; Dupont tuvo que enfrentar un proceso por injurias que le inició Massera, y el comodoro (R) Juan José Güiraldes, cuñado de Elena, tuvo que redactar una presentación de los hechos al comandante en jefe de la Fuerza Aérea.

Nada de eso amedrentaría a la familia de Elena. El Almirante también había publicado su solicitada para defenderse. El título era "La estrategia de la insidia" y se refería a todo lo mencionado en los medios, de Elena, de Hidalgo Solá, de la P2. Hablaba de los "antinación" y hacía constar: "1° Asumo plenamente todas las responsabilidades de la Armada durante la guerra contra la subversión, mientras fui comandante en jefe de la Fuerza. 2° No he tenido la más mínima participación en la desaparición del embajador Hidalgo Solá y de la señorita Elena Holmberg. 3° No he pertenecido ni pertenezco a la logia Propaganda Dos". Concluía con una de sus frases ampulosas que venía usando en todos sus discursos desde que estaba al frente de la Armada: "Siempre las peores guerras se desatan sobre los que quieren la paz".

Entre 1982 y 1983, Massera enfrentaría distintos casos que se ventilaban en la Justicia: el de la Logia P2 denunciada como asociación para delinquir; la desaparición de Fernando Branca; la relación con los asesinatos de Elena y Marcelo Dupont, y la investigación que se seguía por Hidalgo Solá. Quedaría libre de culpas.

Unos días después de aquellos careos, el 8 de julio de 1983, el coronel Carlos Alberto Roque Tepedino, que había sido jefe del Batallón de Inteligencia 601 del Ejército, declaró que se había desempeñado en ese organismo entre diciembre de 1977 y diciembre de 1979, y el resto de su exposición fue un manifiesto de amnesia que indignó a los Holmberg.

Tepedino dijo que en ningún momento había dispuesto a ningún miembro de su personal para que investigara o recogiera información relativa al secuestro y asesinato de Elena Holmberg. Tampoco recordaba a nadie con el nombre de Horacio Giménez ni haberle dicho a Enrique Holmberg que comisionaría a una persona de su dependencia para investigar el caso de su hermana. Dijo que sólo le había manifestado "que lo tendría al tanto por intermedio del segundo jefe del Batallón, coronel (Julio César) Bellene, de la información que su organismo recibiera de otros medios" pero que "en ningún caso se llevarían a cabo tareas de recopilación de información por parte del organismo" a su cargo.

Sin embargo, sí recordó que "aproximadamente a mediados de 1979 el coronel Bellene fue comisionado a París por cuestiones de servicio habiéndole pedido el dicente (Tepedino) que si recogía alguna información acerca del caso Holmberg se lo hiciera saber. Que el coronel Bellene hizo contactos oficiosos con agentes secretos con resultado negativo". A la vez, aclaró que su segundo no pudo haber ordenado ninguna investigación sin que él lo supiera y que no sabía de nadie apodado "Don Julio".

Tepedino se encargó de resaltar que hasta el momento en que dejó el Batallón 601, el caso Holmberg estaba catalogado como "hecho subversivo con desconocimiento de autores, en base al modus operandi utilizado". La etiqueta que usó Tepedino se oponía a todas las hipótesis de los otros funcionarios con los que los Holmberg se habían entrevistado, pero el militar lo fundamentó alegando que desconocía las consideraciones de Harguindeguy y de Ojeda.

Unos veintiún días después de ese testimonio, el 29 de julio, se presentó Julio César Bellene y su declaración dio por tierra con las afirmaciones de Tepedino, quien sería procesado por encubrimiento en el caso Elena Holmberg.

Según información oficial, entre 1975 y 1977, antes de llegar al Batallón 601, Tepedino fue director de Inteligencia Interior de la

Secretaría de Inteligencia del Estado. Entre 1980 y 1981 estuvo en la Jefatura II, Inteligencia, del Estado Mayor del Ejército. Se retiró en 1981, aunque siguió hasta terminar la dictadura como director general de Seguridad Interior, en el Ministerio del Interior.

Fue indultado por el ex presidente Carlos Menem en 1989 por las dos causas que tenía abiertas: el encubrimiento en el caso Holmberg y la destrucción de documentos sobre la represión que había en la Casa Rosada, ejecutando una orden del entonces presidente de facto Reynaldo Benito Bignone.

Durante la presidencia de Menem fue contratado como adscripto al Departamento de Informática de la Jefatura de Inteligencia del Ejército, donde tuvo a su cargo la custodia de los archivos de la represión.

Cuando en 1994 el conscripto Omar Carrasco fue asesinado en Zapala, Neuquén, Tepedino fue señalado como uno de los organizadores de la maniobra que impidió una investigación completa del caso que terminó con el servicio militar en la Argentina.

En 1997, el juez español Baltasar Garzón, que investigaba la desaparición de unas seiscientas personas en la Argentina, pidió la captura internacional de Tepedino, que el gobierno argentino rechazó. El militar siguió acumulando procesamientos y así fue como en septiembre de 2000, en Córdoba, la jueza federal Cristina Garzón de Lascano lo procesó por realizar tareas ilegales de inteligencia sobre funcionarios judiciales, periodistas, empresarios, partidos políticos y abogados de derechos humanos cuando empezaron los juicios por la verdad en esa provincia.

El juez Claudio Bonadío ordenó su detención y la de otros cuarenta y tres represores en julio de 2002. Esta vez, fue por la desaparición de unas veinte personas entre 1979 y 1980. Bonadío también lo procesó por el homicidio con alevosía de Carlos Guillermo Fassano y Lucía Adela Révora de De Pedro —embarazada con fecha de parto— ocurrido el 11 de octubre de 1978, en Floresta. Esa operación había sido ordenada por el Batallón 601, a cargo de Tepedino, y tenía el objetivo de hacerse de una valija con dólares que había en el lugar. Según testimonios, en el afán de apropiarse del dinero, los miembros de ese grupo de tareas se tirotearon entre ellos.

Fassano y Révora fueron vistos en el centro clandestino de detención El Olimpo, adonde llegaron heridos, y nunca aparecieron. También habían hecho desaparecer al bebé de Révora, Eduardo Enrique de Pedro, que unos meses después fue

devuelto a la familia. Para Bonadío, Tepedino, como jefe del Batallón 601, había participado en la ejecución de ese hecho "por acción u omisión". Por ese caso, durante el Juicio a las Juntas de 1985, Osvaldo Acosta, un abogado que se encontraba detenido ilegalmente, declaró: "Llegaron con un herido y lo interrogaron, sólo le preguntaban qué cantidad de dinero había en la casa. Torturado y herido, confesó que había 150 mil dólares. Eso generó una tremenda disputa entre los oficiales del Olimpo, algunos se fueron a las manos, otros exhibieron armas. Se armó un tremendo escándalo, y algunos amenazaron con denunciar a sus superiores la cosa, porque cuando hicieron el recuento no había más de 20 mil dólares". Como Acosta era letrado, sus captores lo forzaron a instruir un sumario y así dejar afuera a los abogados de Campo de Mayo. Los cuerpos de la pareja fueron quemados, pero antes uno de los subordinados de Suárez Mason y Tepedino le cortaron un dedo a Fassano para quitarle un anillo.[64]

Tepedino quedó detenido en 2002 con el beneficio de prisión domiciliaria, que cumplía en su departamento de Flores. Sin embargo, el 11 de febrero de 2003, Bonadío le revocó ese beneficio al comprobar, a partir de una nota con fotografías publicada por el diario *Página/12* el 3 de febrero de ese año, que el jefe del Batallón 601 violaba las normas de detención en su domicilio. El principal argumento con que Tepedino justificó haber incumplido el régimen domiciliario fue que debía sacar a pasear a su perrita porque si no lo hacía "se iba a poner loca y mordería a alguien". Bonadío consideró esos argumentos como "endebles" e "inverosímiles".

Carlos Alberto Roque Tepedino murió el 12 de noviembre de 2011. Estaba detenido en el penal de Marcos Paz cumpliendo una condena de veinticinco años de prisión por los delitos cometidos en los centros clandestinos de detención Club Atlético, Banco y Olimpo. Tepedino y otros diecisiete ex militares fueron juzgados por el Tribunal Oral Federal Nº 2.

Entre los avisos fúnebres que se publicaron tras su muerte, además de los de sus compañeros de promoción, la Unión de Presos Políticos de la República Argentina (agrupación que nuclea a los militares detenidos por violaciones a los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad) le dedicó una especial despedida: "TE-PEDINO, Carlos Alberto, coronel (R) , q.e.p.d., falleció el 12-11-2011, en prisión, víctima del odio montonero. - UPPRA, Unión de Presos Políticos de la República Argentina, lamenta su fallecimiento y ruega una oración en su memoria. Viva la Patria".

Cuando el coronel Julio César Bellene, que había sido segundo jefe del Batallón 601 del Ejército entre 1978 y 1979, presentó su declaración testimonial el 29 de julio de 1983, los Holmberg sintieron que la pesadilla a la que los habían sometido comenzaba a desarmarse.

Bellene fue específico (si eso era esperable) con respecto al caso Holmberg: "[…] A los fines de satisfacer la necesidad de saber si se trataba o no de un atentado con connotaciones subversivas, procedí a realizar, con conocimiento de mi superior inmediato (Carlos Alberto Roque Tepedino), una serie de actividades tendientes a clarificar dicho problema. Estas actividades, consideradas normales, en términos generales consistían en: -Reunión de información general referida al hecho (diarios, revistas, etc.) -Ordenar entrevistas a personas próximas a la causante. -Informar al Jefe del Batallón los resultados. Para ello conté con la colaboración del doctor Hernán González (MI Nro. 4.410.543 - CIPF Nro. 4.702.973), quien desempeñándose a mis órdenes directas debía cumplimentar las actividades generales siguientes: -Efectuar entrevistas con familiares y relaciones de la causante. -Recolección de información pública. -Informar del resultado de sus actividades y conclusiones que obtuviera".

Bellene sí recordaba que Hernán González u Horacio Giménez se había entrevistado con Eugenio en varias oportunidades y que de esas entrevistas no habían obtenido datos de valor. También declaró que González había estado en Europa "por razones de servicio" y que en París había hablado "con una serie de personas entre las que recuerdo a la señora Silvia Agulla" y que eso había ocurrido aproximadamente en enero de 1979, sin obtener datos distintos a los publicados por la prensa.

La declaración de Tepedino quedaba destrozada con Bellene: "En el mes de julio de 1979, con motivo de un viaje a Europa, el coronel Carlos Alberto Roque Tepedino me encomendó que tratara de obtener algún elemento de juicio sobre el tema en cuestión, y como consecuencia de ello establecí contacto con la señora Silvia Agulla. De la entrevista, en la que participó el doctor Hernán González, no surgió ningún elemento de juicio que aportara luz sobre el hecho en análisis. Este resultado negativo fue informado al coronel Tepedino". Bellene dijo que no se pudieron determinar connotaciones subversivas pero tampoco descartarlas y agregó

que, durante 1979, el teniente coronel retirado Enrique Holmberg había ido a “la Unidad a entrevistar al coronel Tepedino, quien circunstancialmente no se encontraba presente”, y que entonces él lo atendió.

En su declaración, Bellene resaltó que como no habían obtenido resultados “positivos en ninguna de las diligencias realizadas, no se efectuó ningún informe por escrito, y el resultado de las distintas diligencias se informaba oralmente en cada oportunidad”.

Bellene falleció impune el 19 de octubre de 2007. Cumplía prisión domiciliaria desde junio de 2003 por orden del juez federal Claudio Bonadío en la causa que investiga el secuestro, la desaparición y el asesinato de militantes montoneros durante la llamada “contraofensiva”, ocurrida entre fines de 1979 y principios de 1980.

En 2003, Bellene integraba una lista de siete prófugos por esa causa, pero al atenderse de urgencia en el Hospital Militar por una afección cardíaca quedó detenido. Cuando declaró ante Bonadío dijo que no sabía nada y resaltó que su área dentro del Batallón 601 era la contrainteligencia.

Esos meses fueron intensos en mentiras, olvidos y careos. Después del testimonio de Bellene, Enrique Holmberg enfrentó a Tepedino, quien el 3 de agosto de 1983, casi un mes después de su primera declaración, había recuperado la memoria. Ante la ratificación de Enrique, que insistía en que se había entrevistado con Tepedino más de una vez y que éste le había asegurado que investigaría el caso, Tepedino admitió que, si bien en ningún momento dijo que se iba a hacer una investigación porque el caso de Elena no era tema de competencia de su organismo, sí le había dicho que “le iba a proporcionar al Sr. Tte. Coronel Holmberg, como camarada de armas, toda la información que pudiera reunir a los efectos de ayudarle en el trance que vivía”. Aclaró también que esa información no sería de conocimiento público.

Tepedino recordó, repentinamente, que había asegurado al hermano de Elena que su segundo jefe del Batallón estaría disponible en caso de que él no se encontrara. El jefe del 601 continuó recuperando la memoria y contó que había dispuesto que Bellene se encargara de reunir los antecedentes necesarios sobre el caso para establecer una “carta de situación” y adoptar las medidas necesarias y que, dentro de los medios disponibles, Bellene designe a uno de sus asesores “el Dr. González, de nombre de pila Hernán”. Había recuperado sus recuerdos al punto que

pudo describir a González como un hombre “de estatura mediana, delgado, de poco cabello, con entradas pronunciadas, de aproximadamente 45 años en ese entonces, abogado”. Y para terminar de demostrar que no era amnesia lo que padecía, manifestó que aunque ignoraba en qué repartición prestaba servicios en 1983, creía que González tendría “que haber prestado servicios en el Batallón en el escalafón A-Profesional”.

Enrique se indignaba al escucharlo y, a la vez, se aliviaba creyendo que esta vez podría llegar a saber qué había pasado con Elena. Sin embargo, Tepedino repitió lo de Bellene: no había conclusiones de ningún tipo sobre los responsables ni sobre el móvil del crimen.

VII

La declaración testimonial de Bellene fue determinante para que apareciera el hombre que los Holmberg habían buscado por cielo y tierra, y cuya existencia todos habían negado. El 8 de agosto de 1983, cuando se estaba por publicar un identikit del investigador Horacio Giménez, compareció ante el juzgado el señor Hernán González, quien declaró que por razones de seguridad se hizo llamar “Horacio Giménez” durante unos dos años. En ese momento tenía 40 años y dijo ser abogado.

Se había presentado ante los Holmberg con una credencial del Batallón con su fotografía, un número que él había inventado y su número real de matrícula. Además, dijo que en su oficina había avisado que si alguien llamaba preguntando por Horacio Giménez lo comunicaran con él.

Contó que por órdenes expresas del entonces segundo jefe del Batallón 601 de Inteligencia del Ejército “comenzó a reunir toda la información general sobre el caso (Holmberg) a fin de determinar si había o no conexión del mismo con la subversión”. Aclaró que su dependencia era con el coronel Bellene, “lo que era habitual”. Dijo que pudo haberle dado los números de teléfono de la Jefatura de la Unidad a Eugenio Holmberg “a requerimiento de éste para que se comunicara, y que se había encontrado con él en dos o tres oportunidades”. Asimismo, relató que había viajado a París en enero y julio de 1979, que sus viajes respondían a tareas de servicio y no de inteligencia, y que allí se había reunido con Silvia Agulla y le había presentado a Bellene.

Acerca de las conclusiones sobre las averiguaciones que había hecho respondió que con “los pocos elementos de juicio que obtuvo cualquier hipótesis era válida […] es decir todas las hipótesis en las cuales un hombre en su sano juicio puede o no matar”. Recordó que supo que Elena era una mujer respetada entre sus pares, con excelentes relaciones con la prensa francesa y que en los últimos tiempos había tenido dificultades por diferencias de criterio con otros empleados del Centro Piloto, pero que de las actividades de Elena no había surgido ningún indicio que pudiera ser causa de su muerte.

Además, aseguró que no buscó información sobre Morel, Benazzi, Aranda, Vilardo o Yon. Ante las preguntas del juez Siro de Martini, contestó que también había recogido “elementos de juicio” sobre los casos de Hidalgo Solá y Agulla, pero negó haber dicho que la investigación la habían parado o incluso haberle dado conclusiones a Eugenio. Concluyó excusándose en el tiempo transcurrido, insistiendo en que de, cualquier manera, no pudo haber dicho nada porque nada sabía.

Ese mismo día, González fue careado con Eugenio y con la secretaria de Agulla. “La señorita puede haber interpretado mal alguna cosa que haya dicho” y que “cuando uno va descartando datos por no ser conducentes al esclarecimiento del caso, eso es avanzar”, se defendió el investigador.

La falta de conocimiento de ese lenguaje específico hacía que nadie entendiera lo que González-Giménez realmente significaba. El careo con Eugenio fue menos cordial, pero González seguía negando todo. Sólo admitía que tal vez había sido el coronel Bellene quien, como estaba al tanto de todo, le había dado la dirección de la oficina de Eugenio y que Eugenio también había malinterpretado sus palabras porque, en todo caso, si le dijo algo, fue que el caso le parecía una “gran nebulosa”.

Horacio Giménez/Hernán González aparece en la nómina del personal civil de inteligencia que prestó servicio en el Batallón de Inteligencia 601, entre los años 1976 y 1983, con el cargo de analista.

VIII

Durante los últimos meses de 1983, los Holmberg debieron encarar las declaraciones de los marinos con los que Elena había

estado enfrentada. La familia recuerda que cada declaración traía nuevas negaciones e intentos por ensuciar la memoria de Elena y, a la vez, despertaba otras sospechas, arrojaba pistas que hasta el momento no habían podido ver. Los hermanos de Elena estaban cada vez más convencidos de la responsabilidad de los marinos del Centro Piloto en el asesinato de la diplomática y, a la vez, se veían cada vez más lejos de poder probarlo. Sus testimonios no lograron condenarlos pero, treinta años más tarde, de las palabras de los presuntos culpables se desprenden indicios de las mentiras de los hombres de la ESMA. La Justicia no pudo o no quiso ver esas pistas, pero el análisis exhaustivo del expediente y las pruebas sobre el asesinato de Holmberg demuestran que Perrén, Vilardo y Yon, los hombres a los que enfrentó Elena en París, se propusieron desviar la investigación y atribuirle a la diplomática sus propias tareas de inteligencia en Francia para ganar la interna de poder en nombre de Massera. Lo que contarán sobre la carta del periodista Carricart, sobre la campaña para promocionar a Viola como presidente y a Anchorena como primer ministro, en el marco de una reestructuración ministerial, sobre la agudización —cierta pero no distante de lo que realmente pensaban Perrén, Vilardo, Pernías y Yon, como miembros de la patota de la ESMA— de la represión llevada a cabo por la dictadura, estaba montado por los masseristas para difamar a Holmberg y ocultar el verdadero enfrentamiento que encabezaba en París: arruinar los planes del Almirante y sus hombres.

El 30 de noviembre de 1983, a pocos días del regreso de la democracia, el subsecretario de Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores durante los primeros años de la dictadura, Roberto Pérez Froio, amplió su declaración en la investigación por el asesinato de Elena. Esta vez lo hizo por escrito, ya que había sido trasladado a Bolivia. En su testimonio, detalló que conoció a Elena Holmberg en su primer viaje a París acompañado por el almirante Gualter Allara. Fue a propósito de la reunión de embajadores en Europa, oportunidad en la que Anchorena propuso la creación de un centro de difusión. Luego, en su breve declaración, Pérez Froio contó que regresó a París después de un viaje a España, y que habló con el embajador Anchorena sobre las diferencias que existían entre los integrantes del Centro. “Estas divergencias eran fundamentalmente por procedimientos de trabajo debido a la personalidad fuerte de Elena Holmberg. Por esta razón, en esa oportunidad se planteó al embajador (Anchorena) la conveniencia del traslado de la funcionaria a

Cancillería para evitar que diferencias de ese tipo atentaran contra el funcionamiento del Centro. Dejo constancia que por lo que recuerdo las diferencias no eran de fondo sino de forma. En esa oportunidad creo recordar que le manifesté al embajador que si era necesario, también se iría el capitán Vilardo para evitar que afectara el funcionamiento de ese Centro. Posteriormente, tengo entendido que el traslado se demoró por gestiones del embajador", agregó.

Pérez Froio descartó que el asesinato de Elena estuviera relacionado con sus funciones en el Centro Piloto. Recordó también que por el trabajo que realizaba Elena le fue transferida información confidencial con "nombres de periodistas o medios que podían ser contactados o convencidos para difundir información positiva de nuestro país". "Inclusive me contactó con un periodista que tenía un boletín informativo al que se le pagó para trabajar, algo que a mi juicio podría ser comprometedor", dijo.

Esa información de carácter confidencial, así como los informes, listas de nombres, notas especiales y demás escritos que se mencionaron en la investigación han sido imposibles de hallar en los archivos de Cancillería y sólo constan algunos de ellos en el expediente que se abrió por el secuestro y asesinato de Elena Holmberg.

Pero los testimonios clave ocurrieron unos días antes. El 25 de octubre se presentó a declarar Jorge Enrique Perrén, a quien Elena había conocido como Aranda. El hombre de la ESMA dijo que había conocido a Elena a mediados de 1977, cuando se formó el Centro Piloto de París. Aclaró que había llegado a la capital francesa con un encargo específico y que por eso su "esfera de trabajo era llevar acciones de propaganda que revistieran carácter no oficial, que no parecieran como originadas en el gobierno argentino" —es decir trabajos de Inteligencia— y que, en contraposición, "el Centro Piloto accionaba en forma oficial". En ese sentido, Perrén declaró que "dada la necesidad de conciliar la acción de ambas partes, en aras de un objetivo común y de brindarse mutuo apoyo y asesoramiento", tomó contacto con el embajador Anchorena y la señorita Holmberg, los únicos "fuera de la Armada, que tenían noticia acerca de sus tareas y de su nombre".

Perrén dividió su relación con Elena en tres etapas: "Cuando llegó a París entabló una relación de trabajo en términos cordiales y fluidos en la que la Holmberg le pedía asesoramiento sobre

distintas cuestiones de trabajo". Advirtió que Elena era una persona "muy voluntariosa y muy compenetrada con la importancia de su trabajo; plenamente convencida de la necesidad de la tarea de mejorar la imagen del país e ideológicamente en contra de los grupos de exiliados que accionaban contra la Argentina". Agregó que la diplomática era vehementemente anticomunista hasta el punto que podía dar la imagen de "fascista", lo cual era comentado en diversos ambientes en París. Otros factores que notó y "que en parte eran negativos para su tarea, eran una personalidad bastante conflictiva, de carácter muy fuerte, temperamental e inestable, muy solitaria y necesitada de compañía y con algunos problemas de índole nervioso por lo cual ingería habitualmente calmantes".

Perrén incluso detalló en el expediente que "en una oportunidad, la pasó a buscar para ir a cenar con un periodista y hubo que esperarla un largo tiempo, y cuando finalmente apareció manifestó haber estado durmiendo por haber tomado calmantes". Dijo que "durante la reunión se mostró poco lúcida y algo confusa". Perrén se encargó también de resaltar que cuando mencionó su personalidad conflictiva, lo hizo a partir de "informaciones que recogía en los ambientes que frecuentaba, donde a raíz de ello era una figura poco querida y, asimismo, tenía frecuentes conflictos con personal de la embajada, en particular con el ministro Melo Ferrer, quien cada vez que quedaba a cargo de la embajada tenía problemas con Elena Holmberg y le entorpecía el trabajo en el Centro Piloto".

El marino terminó la descripción de la primera etapa de su relación con Elena con un ataque a su capacidad profesional: "Más allá de su evidente voluntad de trabajo, no estaba preparada por la formación que tenía para encarar las tareas que tenía bajo su responsabilidad llevar, lo cual admitía la propia Holmberg en manifestaciones tales como 'estoy en un terreno que me supera'. Desde el primer momento de la creación del Centro Piloto, comienza por parte del corresponsal en París del diario *La Nación*, Luis Mario Bello, la publicación de algunas notas en desacuerdo con la creación de dicho Centro en las que manifestaba no ver claro la efectividad de su misión y, en particular, la idoneidad del personal a cargo. Si bien no nombraba directamente a la Srta. Holmberg, dado que ella estaba a cargo de las tareas en cuestión, se interpretó que se refería a su persona. Y esto dificultaba aún más su trabajo".

Perrén se esmeraba en delinear un perfil de Elena que no

coincidía con ninguna declaración anterior y, mucho menos, con lo que sus familiares y amigos pensaban. Los hermanos Holmberg no terminaban de comprender la estrategia de Perrén, pero sí entendían que todo lo que decía abría un abanico de nuevas hipótesis basadas en especulaciones y mentiras. Perrén continuó con la segunda etapa de su relación con Elena: "No recuerda exactamente la fecha, pero alrededor de fines de octubre de 1977 o noviembre de ese año, en uno de los encuentros de trabajo (Elena) le manifestó que quería tener un encuentro con él para tratar algunos problemas importantes. Producido el encuentro, la halló bastante nerviosa y le manifestó aproximadamente lo siguiente: que se encontraba ante un problema personal de lealtades y que lo que ella le iba a manifestar nacía de que ella fundamentalmente era leal a la Cancillería, por ser funcionaria de carrera más allá de que la Cancillería en esos momentos estuviera a cargo directo de la Armada. Y que la delicadeza del problema nacía de su posición como subordinada al Embajador en relación a lo que iba a contar". De acuerdo con el relato de Perrén, Elena le contó, "como ya había contado alguna vez", sobre una supuesta interna entre su familia y su jefe directo, el embajador Anchorena, "por un hecho ocurrido años atrás durante el gobierno de la Revolución Argentina —como se autodenominó la dictadura de Juan Carlos Onganía, cuyo último período encabezó el general Lanusse— en el cual el Embajador, siendo secretario de Ganadería, había participado activamente de una denuncia referida al caso Swift-Deltec,[65] lo cual había involucrado a uno de sus hermanos, que era militar retirado (Enrique)". "Luego de eso las relaciones habían mejorado y tenía un excelente trato con el Embajador, mereciendo su confianza y teniendo un trato familiar y tuteándose ambos." Después de relatarle estos antecedentes, Holmberg pasó a contarle que "el motivo de la reunión era que ella apreciaba por parte del Embajador —el cual había sido uno de los gestores de la necesidad de crear un organismo para mejorar la imagen del país— una suerte de resentimiento, por entender que al ser instrumentarlo vía Cancillería, a cargo del personal de la Armada, se apartaba de su idea original, y que el Embajador, siendo oficial del Ejército retirado, y compañero de promoción de los generales Videla y Viola, tenía frecuente comunicación con personal de Presidencia o ayudantes de dichos Generales, en sus tareas de Embajador y en particular referente al Centro Piloto". "Entonces —dijo el marino—, Elena estaba particularmente preocupada por la aparición de un periodista argentino de apellido Carricart traído

al ámbito del Centro Piloto por el Embajador Anchorena, concurriendo el mismo cada vez con más frecuencia al Centro Piloto utilizando la infraestructura allí dispuesta con fines que la Holmberg ignoraba, como que no sabía qué vinculación podía tener este periodista con su propio trabajo. En una oportunidad en que el señor Carricart había dejado algunos papeles personales de trabajo y se ausentó momentáneamente, Elena le fotocopió una carta particular que le mostró a Perrén pero que, dado el tiempo transcurrido, no recordaba con exactitud los términos de la misiva en cuestión, pero sí recordaba que era dirigida a una persona en Buenos Aires y que hacía referencias frecuentes al Embajador con el apodo familiar de 'Toto', y al general Viola, con el apodo de 'Elefante'."

La carta en cuestión, aseguró Perrén, decía que el Ejército debía seguir los pasos de Massera en cuanto a la creación de un equipo paralelo al Centro Piloto en Europa "para promover frente a la Social-Democracia europea la imagen del general Viola como futuro presidente y la del señor Embajador Anchorena como probable Primer Ministro del mismo, como parte de una hipotética reestructuración de ministerios". "La carta daba la sensación de que Anchorena no estaba totalmente convencido de cumplir esa función por lo cual se insistía con la necesidad de convencerlo", aclaró Perrén.

El hombre conocido como Aranda creyó recordar, justo en ese momento, que esa información se había filtrado a la prensa y había sido publicada, pero su memoria, "dado el tiempo transcurrido", no era la suficiente como para precisar cuándo y en qué medio. Sí le sobró para acordarse de que la última frase de esa carta "se refería a una opinión del que la había redactado en contra del manejo del Centro Piloto por Cancillería y la Armada". Fue entonces cuando Elena Holmberg le recalcó el conflicto de lealtades que esto le significaba y su preocupación de verse involucrada en una pugna de intereses o manejos políticos de otro nivel. No le entregó la carta y le pidió que resolviera personalmente qué hacer con esa información, solicitándole, como favor especial para no comprometerla, que ni siquiera le dijera a ella qué trámite le iba a dar.

Ante esto, Perrén lo puso en conocimiento del agregado naval argentino en París, capitán de navío Eduardo Morris Girling, porque "así lo consideró necesario", a pesar de que el agregado naval no participaba de estas tareas. Perrén tomó "esta información como un dato más de interés a tener en cuenta sin

asignarle carácter de evidencia total por provenir de Elena Holmberg, quien tendía a magnificar los acontecimientos".

Según Perrén, Elena era inestable y exagerada. Anchorena estaba involucrado en cuestiones políticas ajenas a sus funciones, el Centro Piloto de París era una base donde la Armada y el Ejército operaban en forma paralela y Elena estaba en el medio. Además, algo de esa historia de Carricart les sonaba raro a los Holmberg, la descripción de la socialdemocracia que se hacía en la carta era casi públicamente atribuida a Massera, al igual que a organismos paralelos para reforzar su imagen. De hecho, Perrén era uno de los principales ejecutores de esa operación.

El marino no era confiable. Perrén dijo que nunca había visto en el Centro Piloto a Carricart porque iba "en forma esporádica y fuera del horario de trabajo, sólo para encontrarse con Elena Holmberg". Sobre la misiva, agregó que nunca más volvió a hablar con Elena del tema.

En cuanto a la tercera etapa de su relación con Holmberg, Perrén la situó a partir de enero y febrero de 1978, cuando llegaron a París Vilardo y Yon, quienes habían sido enviados para "darle más impulso a las tareas del Centro". Su contacto con Elena Holmberg pasó a ser poco frecuente, dado que ella dejó de ser jefa del Centro Piloto y pasó a ser la tercera en jerarquía. Entonces notó "un cambio de actitud hacia él, pasando de un trato muy amigable a un trato correcto pero absolutamente formal y frío, que en su opinión personal estimó que se debía a una actitud general hacia los oficiales de la Armada por una reacción de despecho como mujer, al sentirse desplazada por los capitanes Vilardo y Yon en su dependencia, hasta entonces directa con el Embajador y por su imagen frente a las empleadas que se desempeñaban en el Centro". Los Holmberg aguardaban en silencio mientras escuchaban la declaración del marino.

Cuando llegaron Vilardo y Yon, Perrén sólo mantuvo contacto con ellos hasta abril de 1978, momento en que regresó a Buenos Aires y perdió todo contacto con Elena. Antes de finalizar su declaración, el hombre que se hacía llamar Aranda contó que frente a una "actitud de Elena, al expresarse sobre los terroristas con mucha vehemencia y hasta (con) una actitud de odio, él le manifestó que no era ello lo adecuado como punto de vista para enfrentar el problema y que la actitud de las Fuerzas Armadas había sido la lógica firmeza que imponían las circunstancias, pero sin odio y más bien con una actitud de pena frente al oponente, que era lo que Perrén —uno de los hombres que integraba el

grupo de tareas de la ESMA— pensaba". "Al no estar preparada para estos temas, la permanente lectura de las denuncias (que se hacían en Europa sobre violaciones a los derechos humanos) la afectaron justamente a ella", dijo sobre la diplomática.

La declaración de Perrén en ese sentido coincide con la estrategia política de Massera de posicionarse como un conciliador, capaz de dar las listas de desaparecidos y en contra de cualquier medida que afectara la integridad de los seres humanos, otra mentira que Massera y su gente en el Centro Piloto se esforzaban por vender en el exterior con la esperanza de que repercutiera en la Argentina y así el "Negro" llegara a ponerse la banda presidencial.

Ya sobre el final de su testimonio, Perrén recordó que en octubre de 1977 Massera viajó a España, Italia y Francia en carácter oficial, como miembro de la Junta Militar, y que fue el mismo Perrén quien recibió las directivas desde Buenos Aires para incorporarse a la comitiva en Madrid y facilitar la divulgación periodística de esa autoridad oficial. La instrucción también era poner a disposición el Centro Piloto durante la visita del Almirante a Francia. Era lo único que recordaba sobre Massera.

Eugenio Bautista Vilardo declaró el 25 de noviembre de 1983 y dijo que había comenzado a trabajar en la Cancillería a partir del 1° de julio de 1976. Durante todo ese año se había desempeñado en la Dirección General de Informaciones "dependiendo del Capitán Pérez Froio", y en 1977 pasó a integrar la Dirección General de Prensa y Difusión, dirigida por ese mismo militar. Allí participó en la creación del Centro de Difusión Argentino en París. A fines de ese año fue enviado a París, donde operó junto al "Teniente (Enrique) Yon, Elena Holmberg, los periodistas Alfredo Bufano y Guillermo Morel (o Morell, su verdadero nombre era Antonio Pernías), cuatro empleadas administrativas y un cadete". Declaró haber tenido "diversos tipos de problemas con el embajador Anchorena y también con Elena Holmberg aunque siempre de tipo doméstico o laboral". Recordó "el caso de Dolores Bengolea, acerca de quien se discutió las funciones que debía desempeñar", o "casos que podría englobar como una suerte de competencia en la que parecía empeñada Elena Holmberg a fin de mostrar su celo y capacidad en cuanto a contactos periodísticos". "En términos generales —aseguró—, diría que el origen de los problemas con Elena Holmberg radicaban en una suerte de

despecho por haberse sentido desplazada. Con Anchorena, sus diferencias radicaban en las distintas formas de encarar el trabajo."

Vilardo dirigió el Centro Piloto hasta noviembre de 1978 y regresó a la Argentina el 1° de diciembre de ese año. En enero de 1979 fue trasladado a Ushuaia, y en marzo volvió a Buenos Aires para cursar en la Escuela de Guerra. Cuando se le preguntó por el manejo de los fondos del Centro Piloto, respondió que "los recibía la Dirección de Prensa y Difusión bajo recibo y que luego el embajador Anchorena era informado de la recepción, que se asentaba en un libro (y) para lo cual había una empleada. Luego el Embajador lo rubricaba. Una copia de los asientos era remitida al Ministerio en Buenos Aires". "El comodoro Nicotra —aclaró—, que reemplazó a Pérez Froio en la Cancillería, había inspeccionado la documentación y la había encontrado completa y satisfactoria."

Cuando lo consultaron sobre los viajes de Massera a París, recordó que en 1978 el jefe de la Armada visitó la capital francesa en dos ocasiones: una vez, "como Comandante en Jefe, oportunidad (en la) que se alojó en el Hotel George V, y que su trabajo (el de Vilardo) fue meramente protocolar; y otro segundo viaje que el almirante Massera efectuó como particular, alojándose entonces en el Hotel Plaza Atheneé, en el que Vilardo lo saludó y mantuvo una breve charla. Ignora —agregó— qué tipo de actividades pudo haber realizado el almirante Massera en esas dos oportunidades, aunque luego del segundo viaje oyó comentarios de que se habría reunido con Villalón. Recuerda que dos periodistas franceses le ofrecieron (a Vilardo) efectuar un reportaje, que sería luego difundido por la radio, al presidente Videla. Lo transmitió al embajador Anchorena, quien consultó con Buenos Aires, donde le contestaron por la negativa". Luego Vilardo, a través de Prensa y Difusión de Cancillería, solicitó que se averiguara si Massera estaría dispuesto a un reportaje de ese tipo y "el reportaje se realizó en Buenos Aires". "La emisión radial correspondiente fue propalada con reflexiones del Sr. Villalón que se intercalaron en el reportaje a Massera ante lo cual éste se mostró contrariado y molesto. Cree que esto sucedió en mayo de 1978", recordó.

Durante el mes de diciembre de 1978, Vilardo declaró haber visto a Elena una sola vez, circunstancialmente, cuando "se encontró con ella en la puerta de Cancillería, estando la nombrada en compañía de la periodista Laure Boulay y el fotógrafo Bachelet. Notó que Elena Holmberg estaba muy seria y que su saludo fue

más frío que lo habitual en ella. Asimismo quiere aclarar que pese a las diferencias que tuvo con Elena Holmberg, le tenía aprecio, la relación era amistosa y fluida" y que "Elena se había hecho amiga de su mujer y en particular de su hija de tres años".

La declaración de Vilardo apuntaba a lo mismo que la de Perrén y la de todos los marinos: no recordar, sostener la imagen de Massera y desprestigiar a Elena, confundiendo y sumando nombres y datos aleatorios como centrales para el caso. Los Holmberg sabían que Vilardo le había expresado sus condolencias a Gustavo Urrutia, quien mantenía una relación con Elena. Sin embargo, el marino lo desmintió: "Dijo que se enteró hace muy poco del vínculo que unía a Elena Holmberg con Urrutia, pero que en 1978 no tenía ni la menor idea de tal relación, por lo tanto nunca le expresó condolencias a Urrutia a quien conocía como un diplomático más de la Cancillería".

Los hermanos de Elena estaban convencidos de que se habían realizado tareas de inteligencia sobre su hermana y dieron por descontado que gente de las Fuerzas Armadas tenía conocimiento de la relación con Urrutia.

Sobre el final, Vilardo sumó también el episodio de la carta que había mencionado Perrén: "Antes de viajar a París, entre las instrucciones de sus superiores, en particular de Pérez Froio, fue advertido de la posible presencia en el Centro Piloto de un periodista de apellido Carricart con antecedentes izquierdistas y que lo vinculaban a la gestión del presidente (Héctor) Cámpora. Concretamente, se le dijo que este periodista había visitado el Centro Piloto y había realizado algunos trabajos allí. Ya estando en París, Elena Holmberg le comentó una vez acerca de una carta de ese periodista cuyos detalles no recuerda pero sí que Carricart había estado en el Centro autorizado por Anchorena, (aunque) no lo vio personalmente ni supo nunca de él".

Vilardo respaldaba el episodio de la carta comentado por Perrén aunque no recordaba el contenido de la misiva. Cuesta creer que Elena le hubiera mencionado a Perrén algo que consideraba tan sensible. Los Holmberg piensan que la historia de Carricart era ficticia o que los marinos habían descubierto la carta.

Pero Vilardo también sumó otro personaje a la escena: Guillermo Morel o Morell, a quien nadie recordaba, y no integraba la lista de personal que trabajó en el Centro Piloto. Por lo menos, no con ese nombre. Tampoco está Carricart, y cuando se solicitó una investigación sobre Morel o Morell al director general de Administración del Ministerio, el resultado fue:

> [...] me fue requerida toda información que en la Dirección General de Administración hubiera sobre un señor Morell, que habría cesado en sus tareas a tenor de lo señalado por la Embajada de la República de Francia en su cable 'S' n° 49 del 11 de enero de 1979 [...] Efectuadas las constataciones respectivas no se ha podido determinar en las rendiciones de cuentas de gastos de sostenimiento de la citada Embajada, correspondientes a los ejercicios 1977, 1978 y 1979, la existencia de algún empleado local con ese apellido. Además, en la oportunidad en que el cable fue recibido, se señaló que debía serle comunicado a la Dirección General de Prensa, en orden a la mención que figuraba en la última parte del texto, desconociéndose posteriormente toda tramitación sobre el particular, dado el carácter SECRETO que le fuera asignada.

Estos fragmentos corresponden a un documento secreto de la Dirección General de Administración, enviado al director de Asuntos Jurídicos del mismo ministerio, antes de ser referida al juzgado que había solicitado la investigación.

Nadie reconocería o recordaría a Morel o Morell ni a Carricart, los dos nombres que lograron, una vez, desviar la investigación sobre Elena.

Unos días antes de presentarse a declarar, el 18 de octubre de 1983, Vilardo había enviado un extenso informe confidencial al presidente de la Comisión de Análisis de Acciones de Combate del Personal Militar Superior. En él detallaba sus funciones en el Centro Piloto de París y justificaba su presencia allí para reforzar y reorganizar dicho Centro:

> [...] En aquella oportunidad (1978), en razón de ser la Argentina Sede del Campeonato Mundial de Fútbol, se desató una intensa campaña de propaganda negativa cuyo epicentro estaba ubicado en Europa, en la que se fomentaba el BOICOT a dicho campeonato, y se señalaba con especial atención la lucha contra la subversión que se desarrollaba en nuestro país.
>
> Durante la misma, también se incluyó una acción que buscaba el desprestigio del Centro de Difusión, único elemento idóneo para tratar de contrarrestar la abrumadora campaña desatada, complementada por algunos medios periodísticos propios en el país y grupos contrarios a la

gestión de la Armada en la Cancillería (Magdalena Ruiz Guiñazú, Diario *La Nación*, *Clarín*, etc.)

Para completar el concepto anterior cabe destacar la acción negativa dentro del frente interno de algunos periodistas como Luis Mario BELLO domiciliado en París y periodistas argentinos radicados en Francia que trabajaban en la agencia FRANCE PRESSE, quienes agregaron su cuota negativa sobre el tema y que no quisieron prestar colaboración pese a las reiteradas solicitudes de apoyo realizadas.

Esta actitud tuvo persistencia en el tiempo, lo que motivó los comentarios negativos más dispares con relación al centro, y por lógica consecuencia de sus integrantes particularmente el ahora capitán YON y el suscripto.

Esta situación se vio agravada y en la actualidad aún persiste como consecuencia del secuestro y la aparición sin vida a fines de 1978 de la que fuera subordinada mía en el Centro de Difusión, la Secretaria de Embajada ELENA HOLMBERG.

A raíz de este hecho aún no esclarecido, mi nombre y del capitán YON, fueron publicados por ciertos medios de difusión escrita y oral (*Siete Días*, *Gente*, Radio Continental, *Clarín*, etc.) donde se deja entrever la duda de nuestro compromiso en tan lamentable hecho y para justificar aún más se hace referencia a una presunta vida fastuosa llevada por los que tenían la responsabilidad del Centro.

[…]

Por tratarse de un hecho que a través de comentarios de delincuentes subversivos y de grupos de interés se ha puesto en tela de juicio mi buen nombre y mi prestigio, y el del capitán YON, quiero dejar constancia que mi tarea fue totalmente legal, según consta en los documentos que se adjuntan y por lo expuesto solicito se agregue el presente con sus anexos en mi legajo personal, para todos los efectos que sean necesarios.

Vilardo adjuntó la resolución que lo designaba tanto a él como a Yon en el Centro, junto a otra que prorrogaba la misión en París y cartas enviadas a distintos embajadores y medios internacionales con ejemplares de un libro llamado *Argentina-Europa: ¿un mismo terrorismo?*, realizado especialmente a los fines de “combatir la campaña antiargentina”.

Nunca se supo a ciencia cierta si el asesinato de Elena lo ordenó Massera personalmente o si fue una idea del Tigre Acosta, quien en su intento por demostrar fidelidad absoluta a su comandante en jefe y allanarle el camino a su candidatura presidencial decidió por *motu proprio* deshacerse de Elena. Todo indica, y la historia confirma, que resulta casi inverosímil que Massera no estuviera al tanto de los acontecimientos. Las mismas fuentes que hacen este análisis son las que creen que Acosta también decidió la eliminación de las monjas francesas y del grupo de la Santa Cruz para proteger a su jefe. Otra vez, difícil de pensar que el Almirante no supiera los planes de su principal colaborador.

El ex detenido-desaparecido Enrique Fukman, que vivió los horrores de la ESMA, explica que "todo lo que sucedía en la Escuela de Mecánica respondía a un esquema orgánico. Eso significa que las decisiones las tomaba el staff de ese momento: el Tigre, Donda, Scheller, Vildoza —nexo entre el GT y Chamorro, jefe de la Escuela—. Chamorro podía decidir si a alguien lo mataban o lo salvaban, y estos cuatros se la tenían que morfar. Massera podía decidir por sobre todos ellos. Igualmente, nada sucedía adentro de la ESMA sin que el Tigre Acosta estuviese al tanto. En un operativo, cualquier marino con grado superior a otro podía 'aplicarlo' (darle una orden), aunque no fuese su jefe directo".

Lo cierto es que después de las conversaciones que Elena sostuvo con Goyo Dupont, el subsecretario de Relaciones Exteriores, Gualter Allara, el comandante de Institutos Militares, Santiago Riveros, e incluso Videla, y en las que les habría revelado no sólo el tema de las reuniones de Massera en París sino que ella tenía en su poder fotos que podían probar lo que decía, fue secuestrada y asesinada. Según algunos testimonios, la aparición del cuerpo de Elena se debió a un "error de procedimiento". Se cree que fue trasladada al Apostadero Naval de San Fernando y allí arrojada al río. Con la Prefectura actuando en combinación con la Armada, no habría demasiados problemas, pero hasta en la muerte la Holmberg se enfrentaría a ellos y los "boicotearía". Apareció flotando apenas veinticuatro horas después de ser arrojada a la altura del Tigre Hotel. Aunque no se pudo probar,

tampoco, si hubo desidia o cooperación en el accionar de la Policía y de la Prefectura cuando se encontró el cuerpo de Elena, todo indica que las circunstancias complotaron para evitar que el hallazgo del cadáver se conociera a tiempo, y eso dificultó para siempre las posibilidades de identificar —por una autopsia que su familia considerara confiable— la forma en que fue asesinada y un móvil que los llevara directamente a los asesinos. Con el paso de los días, la responsabilidad del crimen apuntó siempre en la misma dirección: Massera, la ESMA y su gente.

En agosto de 1985, el asesinato de Elena Holmberg fue incluido entre los setecientos nueve casos que la Fiscalía presentó para ser tratados en el juicio oral y público a las Juntas Militares. Allí volvieron a declarar todos los testigos y se sumaron los testimonios de varios detenidos-desaparecidos de la ESMA que habían escuchado o sabían de la participación del Grupo de Tareas 3.3.2 en el secuestro de Elena. Se pudieron probar las gestiones de la familia ante las autoridades de la dictadura para conocer el paradero o los autores del asesinato de Elena, pero no que "a Elena Angélica Dolores Holmberg se la mantuvo clandestinamente en cautiverio en la Escuela de Mecánica de la Armada, que actuaba bajo el comando operacional del Primer Cuerpo de Ejército. En efecto, si bien en autos existen las imputaciones del testigo Lisandro Raúl Cubas en cuanto a que habría sido secuestrada por grupos de la Escuela de Mecánica de la Armada, ocupándose de señalar quién integraba el grupo ejecutor de este operativo, encargándose el mismo de aclarar que no presenció lo que relata, ya que lo supo de oídas o lo infirió a partir de las circunstancias que narra. El testigo no encuentra otros elementos de juicio que corroboren sus dichos, en cuanto a este destino, que bien pudo ser otro centro clandestino de detención".[66]

El Tribunal consideró que "independientemente de la ingente cantidad y variedad de prueba indiciaria que se ha acumulado en torno a este caso, es insoslayable la ausencia de prueba objetiva directa que relacione de manera inequívoca al hecho de mención con las fuerzas a cargo de alguno de los procesados que contemporáneamente ejercían el rol de comandante en jefe",[67] por lo que no se estimó "pertinente adjudicar responsabilidad respecto de la probada privación de libertad de Elena Angélica Dolores Holmberg, en esta causa, a ninguno de los aquí procesados".[68]

Durante los largos años posteriores a aquel juicio histórico, los Holmberg siguieron con su investigación, pero ya con menos esperanzas de ver presos a los culpables. Más tarde, quedaron atrás la Obediencia Debida, el Punto Final del gobierno de Raúl Alfonsín y el indulto del ex presidente Carlos Saúl Menem. Todas medidas que Elena Holmberg, de haber estado viva, habría apoyado. No obstante estos acontecimientos, los Holmberg siempre recibieron a todos los que pudieran aportar algún dato, información o teoría sobre el asesinato de la diplomática.

En 2003, después de décadas de lucha de las organizaciones de derechos humanos, la Corte Suprema de Justicia declaró la imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad y la inconstitucionalidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que también fueron declaradas nulas por el Congreso Nacional. Eso permitió que se reabrieran las causas por violaciones a los derechos humanos durante la dictadura. Entre ellas, todas las causas relacionadas con el principal centro clandestino de detención de la Armada, que pasaron a integrar lo que se conoce como la Megacausa ESMA. Esta megacausa no se eleva a juicio oral como un todo, sino por tramos, debido a la cantidad de casos que contiene. Hasta el momento, se trata de 719 víctimas —aunque se estima que por la ESMA pasaron unas cinco mil personas—, y 39 procesados vivos a la fecha. Entre las víctimas, con el caso número 514, se encuentra Elena Holmberg.

Tienen proceso confirmado por tormentos seguidos de muerte y privación ilegítima de la libertad en el caso 514, entre otros, Pablo Eduardo García Velasco, Raúl Enrique Scheller, Alberto Eduardo González, Néstor Omar Savio, Juan Carlos Rolón, Eugenio Bautista Vilardo, Hugo Enrique Damario, Ernesto Frimon Weber, Carlos Orlando Generoso, Jorge Carlos Radice, Jorge Eduardo Acosta, Adolfo Miguel Donda, Juan Antonio Azic, Edgardo Aroldo Otero, Antonio Vañek, Julio Antonio Torti, Antonio Pernías, Alfredo Ignacio Astiz y Rubén Omar Franco. Enrique Yon y Jorge Perrén fallecieron. Se estima que el tramo que comprende esta parte de la Megacausa ESMA llegará a juicio oral en 2012.

Se espera, como siempre, justicia.

—Antes que nada, decime quién sos y de dónde venís —me atacó Eugenio Holmberg un mediodía de agosto de 2008 en su oficina.

Le contesté que era una periodista trabajando en una tesis de

maestría sobre el asesinato de su hermana Elena.

—¿Y vos estás segura de querer investigar este caso? ¿Sabés a lo que te exponés? El asesinato de Elena tocó a gente muy poderosa y eso implicó que tuviéramos que pasar por situaciones de riesgo que no le deseo a nadie. Cuando empezamos con la investigación, porque nos parecía que la que se estaba haciendo a nivel judicial no era suficiente, no nos imaginábamos que nos enfrentaríamos a la jerarquía de las Fuerzas Armadas y que eso llegaría al extremo de poner en peligro nuestras vidas y nuestro buen nombre —me explicó Eugenio.

Ese día me reuní también con dos sobrinos de Elena que me detallaron muchas de las situaciones relatadas. Para los Holmberg llegar a conocer los motivos del asesinato de Elena y ver a los autores presos es una cuestión de honor familiar.

A medida que avanzaba en la investigación entendí que aquello que me había dicho Eugenio en la primera entrevista —y que me había parecido exagerado— tenía cierto asidero. Durante más de dos años intenté hablar con amigos y compañeros de Elena sin éxito. Llegar a muchos testimonios significó meses de llamados y encuentros secretos con el pedido expreso de absoluta confidencialidad. La gran mayoría de las personas que contacté no recordaba nada o prefería no hablar del tema porque “eso ya pasó hace mucho tiempo”. Otros se excusaron: “Yo ya declaré hace años”, y algunos de los más allegados me dejaron esperando sus respuestas hasta el momento en que termino esta historia.

El secuestro y asesinato de Elena Holmberg se ventiló en los principales medios del momento. Es un caso conocido por la opinión pública de entonces. Muchos lo confunden con otros también divulgados en esos años: ¿Esa era la amante de Massera? ¿La que salió a navegar y nunca regresó? ¿La que tiraron del balcón? Es que el caso Elena Holmberg quedó enmarcado en ese oscuro contexto en el que el terrorismo de Estado y sus víctimas se mezclaban con las estafas y los testaferros; los dobles agentes y las mafias internacionales; los traidores y los investigadores mediáticos que transitaban por casi todos los programas políticos de los 80. La estrategia de los militares, que pretendían hacer aparecer a la familia de Elena como un grupo de exaltados aristocráticos que en su desesperación por encontrar al asesino de su hermana “compraban” cualquier versión y tejían historias disparatadas que llevaban a los tribunales, parece haber dado resultado en algún sector de aquellos que conocieron a Elena. Esos que prefieren no hablar treinta años después y con un responsable

obvio.

¿Hubiese sido posible secuestrar a una funcionaria videlista sin el aval de los duros del Ejército? Los principales sospechosos del operativo montado para hacerla desaparecer son Donda y Radice, señalados por las tres detenidas liberadas de la ESMA como responsables del crimen. El encargado de dar las órdenes a los represores de la Armada, el jefe del equipo, era Jorge "Tigre" Acosta, celador del proyecto político de Massera.

Podría haberse tratado de una operación conjunta de miembros de distintos grupos de tareas de la Armada y de los duros del Ejército, que apoyaban la posición de Massera en la interna de la Junta, como Cacho Suárez Mason.

Benazzi, señalado como el responsable del operativo por el falso detective del Batallón 601, el doctor Giménez/González, tenía amplia experiencia en operativos especiales ordenados por el Tigre, como en el caso de Jaime Dri. Le habían asignado aquellos operativos "delicados", en los que no se podía fallar ni dejar al descubierto la autoría de la Marina. Los investigadores del caso nunca supieron que el periodista argentino Guillermo Morel (o Morell), que operaba en el Centro Piloto, era en realidad Antonio Pernías, otro feroz miembro de la patota de la ESMA.

Fernando Branca habría sido secuestrado por Radice y el capitán Eduardo Osvaldo Invierno. El periodista Fernández Pondal, colaborador del Centro Piloto, fue secuestrado por Perrén y Alberto González Menotti —otro hombre de la ESMA— debido a que, según los testimonios de sobrevivientes de la Escuela de Mecánica, "después de coquetear con Massera quiso pasarse del lado de Videla y Viola".

Todos quedaron en la mira de los Holmberg: Donda, Radice, Perrén, Benazzi, especialmente Donda y Radice. Y todos eran uno: el Grupo de Tareas 3.3.2 de la Escuela de Mecánica.

El caso Holmberg desnuda la historia de una víctima poco usual para la dictadura militar: era una de ellos. Pero no es un caso aislado. No está lejos de las desapariciones nunca esclarecidas del embajador en Venezuela Hidalgo Solá, el publicista Marcelo Dupont, los periodistas Pondal y Agulla.

El fatídico y renombrado "por algo será" —que la derecha y los apolíticos de clase media repetían durante la dictadura cada vez que un argentino desaparecía— tiene una respuesta en Elena Holmberg. La funcionaria, fiel al sector que representaba en el gobierno militar, y en pos de arruinar los planes de los hombres que habían destruido su trabajo en París, juntó las pruebas que

tenía sobre la labor clandestina de los marinos en Europa y su alianza con la logia P2 para encumbrar a Massera como el próximo presidente de la democracia y se las entregó a sus hombres de confianza en Cancillería y el Ejército. Sus movimientos estaban siendo controlados por la Armada desde su llegada a Buenos Aires o fue traicionada por algunos de sus confidentes. ¿Esas prueban eran meras especulaciones? Entonces, ¿por qué le costaron la vida? Si Massera no se había reunido con la cúpula montonera y no les había pagado un millón de dólares para garantizarse una alianza que terminara por destrozar a su enemigo íntimo, como sostenía Elena, ¿por qué los marinos la eliminaron luego de las reuniones de la funcionaria con sus confidentes? Si en los casos Hidalgo Solá, Dupont, Branca y Pondal, la Armada actuó para evitarle "contratiempos" a Massera, ¿qué diferencia el caso Holmberg del resto de los cómplices del Ejército asesinados por la Marina?

Elena Angélica Dolores Holmberg Lanusse era una mujer de derecha conservadora confesa. Antiperonista y contraria a cualquier manifestación de la izquierda. Comulgaba con los objetivos del conocido Proceso de Reorganización Nacional y defendía los valores que su condición social e ideológica le impartían. No conocía límites para lo que ella consideraba injusto o fuera de su sistema de valores. Tampoco tenía miedo de enfrentarse a quien debiera para cumplir con su deber porque creía firmemente que con su verdad podría ganar cualquier batalla. Ésos eran los valores que había mamado desde niña. Esas mismas ideas fueron las que la movieron a festejar el derrocamiento de Perón ("el régimen", lo habría llamado ella) o criticar abiertamente a Massera y su gente.

Elena no pertenecía a ese gran colectivo ideológico que integraban los miles de desaparecidos. Holmberg estaba del otro lado y, aun así, fueron los mismos métodos y el mismo ejecutor los que acabaron con su vida. Los motivos cambiaron, pero en el plan sistemático de exterminio de personas pergeñado por la dictadura militar no había bandos sino obstáculos a un proyecto de poder. Elena no vio o no quiso ver que ése era el objetivo final. Tal vez no lo entendió y creyó que con su verdad y su condición de empleada leal al gobierno de las Juntas bastaría para que aquellos a los que ella consideraba traidores pagaran su condena. No fue así. Fue ella quien pagó con su vida. Justo ella, que tanto había trabajado para que se conociera "la verdadera Argentina", una Argentina sin torturas ni desaparecidos, sin cuerpos flotando en los

ríos. Esos “incapaces” del Centro Piloto fueron los mismos que la marcaron y la entregaron a sus asesinos. Todos ellos eran marinos de Massera.

Elena Holmberg murió entre el 20 y el 21 de diciembre de 1978. Su cuerpo, como el de otros tantos argentinos, apareció flotando en el río. Emilio Eduardo “el Negro” Massera murió el 8 de noviembre de 2010, en la habitación 602 del Hospital Naval en Buenos Aires. No sólo se llevó a la tumba sus sangrientos secretos sino también la posibilidad de verlo condenado por los crímenes de miles de argentinos. Entre ellos, el de Elena Holmberg.

Notas

63. Victoria Donda Pérez recuperó su identidad en 2004 y actualmente es diputada nacional por el Frente Amplio Progresista.

64. Verbitsky, Horacio, *Página/12*, 9 de febrero de 2003.

65. En 1971, un fallo del juez Salvador María Lozada, de Río Negro, sentó un precedente durante la declaración de la quiebra de los frigoríficos Swift, pues extendió la quiebra a más de una docena de empresas del grupo Deltec, lo cual incluía a una entidad financiera local, Argentaria, y otra off-shore, el Deltec Banking. Como resultado, todos los acreedores de Swift, principalmente obreros y consignatarios de hacienda, terminaron cobrando la totalidad absoluta de sus créditos con indexación e intereses.

66. Juicio a las Juntas, caso 689.

67. Ídem.

68. Ídem.

Agradecimientos

A mi familia: las Basconi, los González y la Nonna, por el amor incondicional, la esperanza diaria y por estar siempre ahí para ayudarme a hacer posibles mis sueños.

A Emilia Delfino y el staff de Editorial Sudamericana, por la confianza, la paciencia y por esta oportunidad.

A Gabriel Giubellino, tutor y amigo, por su guía permanente, sus observaciones, su apoyo y por enseñarme el valor de integrar ese colectivo maravilloso de los "periodistas del montón".

A la familia de Elena Holmberg, en especial a Enrique, Eugenio, Ignacio Holmberg y a Juan Güiraldes por su generosidad incondicional en el aporte de documentos, recuerdos, detalles y largas horas de entrevistas, discusiones e intercambio de hipótesis.

A los numerosos entrevistados que prestaron sus testimonios con nombre o reservándose el anonimato. A los que colaboraron con archivos, ideas, documentos e información, en particular a Eduardo Parisse, que me acercó parte de sus colecciones y mucho de su tiempo.

A la Maestría en Periodismo de la Universidad de San Andrés.

A Carolina, Cecilia "Julie", Andrea, Paula, Noel, Lili y Andreíta porque siempre saben estar a mi lado, a pesar de todo.

A Gabriela Guerrero, lo sabés. A Lucas Luna y Lucas Pérez Breglia, también lo saben. A Florencia Bianco y Arturo Aguinaga porque vieron este libro antes que yo, por Esplugas y por las noches margueritoides de Gorriti.

A María Arce, compañera cotidiana en la búsqueda de datos, acaso sólo valiosos para nosotras dos. A Silvana Avellaneda, por su Catamarca y el ejemplo de su lucidez y honestidad. A Federico Sosa que me mostró que la suerte se podía trucar.

A María José y Luján Montiel y a Débora Aguilar, de ellas

aprendí la voluntad. A Alicia Ramírez Borges y Walter Giustozzi, con el alma. A Mariano y Martín y a Silvina que me escuchan en todo momento.

A Geraldine, Rosario y Leandro Def, por las direcciones inalcanzables. A Eliana Braier, maestra de la solidaridad. A Daniel Vilá y Ulises Muschietti, de TEA, siempre dispuestos, siempre precisos.

A mis chicos del Sanpa y de S.E., que me enseñaron todo lo que sé.

A mis amigos y compañeros, todos periodistas del montón, que prefieren el hambre antes que traicionar este oficio que es el periodismo.

A los que me acompañan de una manera u otra y que olvido en estas palabras. A la lucha de los familiares de detenidos-desaparecidos.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Capítulo I. Un rapt
Capítulo II. Ces gorilles
Capítulo III. Les durs et les mous
Capítulo IV. Les durs et les mous
Capítulo V. Une annonce
Capítulo VI. Trop tard
Capítulo VII. La confrontation des témoins
Agradecimientos
Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Basconi, Andrea
Elena Holmberg. - 1a ed. -
Buenos Aires :
Sudamericana, 2012
(Investigación periodística)
EBook.

ISBN 978-950-07-3923-8

1. Investigación Periodística.
I. Título
CDD 070.44

Edición en formato digital: mayo de 2012
© 2012, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-3923-8

Conversión a formato digital: libresque

www.megustaleer.com.ar

RANDOM HOUSE
MONDADORI

Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar